Luna de Sangre

Fernando González Triviño

Luna de sangre

Discreto lector, encontrándome ocioso y consagrado a las livianas preocupaciones de esa edad que constituye la antesala de la muerte, he pensado que podría ser de utilidad o entretenimiento narrar las andanzas que mi zarandeado pellejo sobrellevó por las diversas tierras que pisó. No tardará mucho la Parca en cortar el hilo invisible de la vida y, de no figurar impresos en papel, todos mis recuerdos acabarían varados bajo la arena de estos luminosos confines.

Te ruego que seas indulgente, pues mi memoria envejeció a la par que mi cuerpo y es muy posible que determinados hechos nunca hayan existido fuera de mi imaginación.

Vale.

Granada

Después de diez largos años de guerra, el dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos Boabdil entregó las llaves de Granada y la fortaleza de La Alhambra a los reyes Isabel y Fernando; poniendo fin con ello al último señorío musulmán que quedaba en la Península. Con toda seguridad debió de constituir la decisión más difícil de su vida; pero el rumbo de la guerra, las intrigas internas y las promesas hechas por sus Católicas Majestades, movieron al sultán a firmar la rendición y renunciar a su reino. Los acuerdos de capitulación establecían la tolerancia religiosa, así como el respeto de las costumbres y tradiciones de la población musulmana; sin embargo, desde el mismo instante de su ratificación, El Chico dudó de que los Reyes Católicos fuesen a cumplir lo pactado. Buena prueba de ello fue su cambio de opinión con relación a establecerse en el feudo que le habían prometido en La Alpujarra, pues acabó atravesando el Estrecho con la mayoría de la aristocracia nazarí. La llegada del Cardenal Cisneros a la ciudad algunos años más tarde mostró con claridad cuáles eran las intenciones reales en materia de política religiosa. Escondiendo la zanahoria y mostrando el palo, impuso toda una serie de medidas represivas destinadas a evangelizar a los mahometanos, llegando incluso a quemar públicamente los libros que encontró escritos en algarabía. Todo ello desembocó, coincidiendo con el advenimiento del nuevo siglo, en una revuelta en el Albaicín que se extendió rápidamente por las serranías y que dio lugar a la primera guerra de La Alpujarra. Tras ser sofocada, la rebelión se convirtió en la excusa perfecta para obligar a los musulmanes a abjurar de su religión y convertirse en cristianos nuevos o moriscos, so pena de ser expulsados del reino.

Y es aquí donde, de alguna forma, comienza mi historia, o más bien la de mi familia; ya que mis dos abuelos, amigos desde la infancia, decidieron abandonar su terruño aprovechando la oportunidad que surgió tras la conquista de Granada. Ambos eran de humilde condición y en su tierra natal apenas si podían sobrevivir por la escasez de la misma. Al igual que otros muchos desheredados, marcharon hacia el sur en busca de una vida mejor que les permitiese escapar de la pobreza; si bien, en su caso, la razón más poderosa fue la de evitar una condena por la práctica del bandolerismo a la que se habían visto abocados. Se enrolaron en el ejército y estuvieron sirviendo bajo las órdenes del Gran Tendilla, alcaide de la Alhambra y capitán general del Reino de Granada. Desempeñaron el oficio de soldado durante bastantes años; pero las copiosas guerras en las que se vio envuelta la monarquía acabarían malogrando sus vidas: mi abuelo paterno falleció en la batalla de Pavía cuarto de siglo más tarde y el materno durante el Saco de Roma, para mayor gloria del Emperador y menoscabo de mi familia. Lo único ventajoso del asunto, si es que tiene sentido llamarlo así, fue que fruto de su amistad y de la cercanía existente entre las dos familias, con el paso del tiempo se produciría el matrimonio de mis padres.

Ambos se criaron juntos y desde chicos siempre mostraron una especial complicidad en cualesquiera circunstancias. Cuando la adolescencia hizo acto de presencia en sus vidas, su amor terminó de fraguarse.

Con una mano delante y otra detrás, sin dineros ni medios para ganarse la vida, mis progenitores consiguieron, tras un sinfín de cartas de recomendación y misivas en las que se hacía mención a los servicios prestados por los finados, que Doña Mencía de Mendoza, entonces Marquesa del Zenete, hija de D. Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, a la sazón sobrino del II Conde de Tendilla, les ofreciera la posibilidad de administrar un molino en Dólar, un pequeño pueblo del Marquesado que se encontraba bajo su jurisdicción.

Cuando llegaron hacia mediados de mil quinientos cincuenta, las escasas viviendas de la población se apretaban contra las laderas de un cerro coronado por un castillo a cuyos pies corría una acequia que servía al mencionado molino y a unos baños que se encontraban en los límites del pueblo. Con excepción del cura, varias familias leonesas y manchegas que habían ocupado las viviendas de moros que habían decidido marcharse al norte de África antes que apostatar de su religión, y la del vigilante de los baños, que curiosamente era cristiano viejo, el resto de los habitantes eran moriscos. Éstos habían decidido convertirse para no ser expulsados y vieron siempre con recelo la llegada de gentes que suplantaban a sus antiguos vecinos, sabiendo que aquello significaba el fin de su modo de vida; porque, aunque la prohibición de usar su lengua e indumentaria habitual, así como la de vivir según sus costumbres había quedado en suspenso de manera provisional, se sentían vigilados por unos testigos incómodos recién llegados. De entre todos los forasteros, el que más desconfianza suscitaba era el Padre Anselmo; ya que todo el mundo era consciente de que los sacerdotes que llegaban a este lejano mediodía, hasta hacía poco tiempo sometido al Alcorán, tenían por misión no sólo cuidar de su grey; sino espiar la sincera conversión de los cristianos nuevos, en colaboración con la Inquisición y sus aterradores procesos.

Yo nací en el año del Señor de mil quinientos cincuenta y cuatro, en tiempos del glorioso Emperador Carlos, durante un temporal que sepultó bajo la nieve los pinsapos y carrascas que tapizaban las faldas de la sierra. Lo sé, porque siempre que hacía alguna trastada, mi madre se encargaba de recordármelo: *¡Si ya sabía yo que lo de la tormenta era una premonición, zascandil!* Mis padres habían estado intentando tener familia durante largo tiempo, pero como no se producía ninguna novedad, llegó un momento en que dieron por hecho que no podían tener hijos; de modo que cuando mi madre quedó encinta, ya nadie me esperaba y supuso una sorpresa mayúscula. Mi padre, siguiendo una curiosa tradición cuyo origen nunca fui capaz de averiguar, subió conmigo a la montaña y tras desnudarme me hizo rodar sobre la nieve tres veces para procurarme buena suerte. No sé si esta práctica es muy efectiva, porque, aunque puedo decir que la vida me sonrió las más de las veces, no es menos cierto que muchos recién nacidos fallecieron de pulmonía merced a la

misma. Me bautizaron con el nombre de Luis en honor de mi abuelo paterno, el de Pavía; y aunque siempre me pareció un apelativo un tanto tildado de gabacho, sigo agradeciendo a los cielos que decidiesen no llamarme Próculo, pues ese era el apelativo del mártir que figuraba en el santoral el día de mi nacimiento.

Mis primeros recuerdos me trasladan a la lumbre del hogar, a las manos de mi madre trajinando con la comida, al quejido áspero de la piedra volandera mientras muele el grano y a los campos cubiertos de amapolas y jaramagos bajo la intensa luz de la mañana.

Nuestra casa no era muy grande, pero sí luminosa. Se encontraba unida al molino y poseía una entrada independiente desde un callejón lateral que daba a un zaguán, desde el que se accedía a la sala de molienda de la aceña, a un establo (que hacía las veces de corral) y a un pequeño huerto. Una escalera conducía a la planta alta, en la que se encontraban la sala principal, la cocina y varías habitaciones más pequeñas. Por su parte, el molino constaba de un vestíbulo de acceso desde la calle principal, la sala de moler ya mencionada y las habitaciones destinadas a almacenar el grano y la harina.

Entre las múltiples tareas propias de su nuevo empleo como molinero, mi padre se encontraba a cargo del mantenimiento del ingenio, al que la Señora Marquesa quería como a las niñas de sus ojos, pues no en balde le reportaba, junto con los baños, pingües beneficios. Todos los habitantes del pueblo pagaban un canon por acudir a moler sus trigos y cebadas; razón por la que a mi padre se le conocía como El Maquilero.

A mí me encantaba contemplar el trajín diario de la aceña y siempre estaba de un lado para otro, ya fuese barriendo o llevando de acá para allá las herramientas que me pedían; sin embargo, no se me permitía acercarme al mecanismo, porque resultaba muy peligroso, tal y como atestiguaba la falange que le faltaba a mi padre en el meñique de la mano derecha fruto de un descuido. Todos los días se dejaba caer por el molino algún que otro vecino con su grano y mientras el mecanismo procedía lentamente a su molturación, la clientela intercambiaba noticias y mantenía conversaciones que, a veces, resultaban de lo más interesante. Normalmente se hablaba del tiempo, de mulas, de simiente…; pero había ocasiones, siempre que la concurrencia estuviese formada sólo por hombres, en las que las charlas se volvían más picantes, derivando hacia temas de mujeres y lances amorosos.

Al margen del ajetreo en el molino, y al igual que el resto de los chiquillos, yo ayudaba en las tareas de la casa. La pereza o la excesiva tardanza en obedecer era castigada esporádicamente con un coscorrón o capón pedagógico, propinado las más de las veces por mi madre. Iba a la fuente a por agua, hacía los recados, traía forraje para los conejos… En materia de hierbas me convertí en un experto, y observando a los animales aprendí a distinguir las que eran saludables, como la verdolaga o el ballico,

de aquellas que, como la sangre de cristo, les reventaba por dentro. De lo que más disfrutaba, no obstante, era de llevar las mulas al abrevadero para que aplacasen la sed, porque me hacía sentir mayor.

Yo siempre me entendí bien con los animales y aprendí desde chico que no conviene maltratarlos. Estando en una ocasión dando de beber a Leocadia, la mula de mi padre, en el pilón del barrio de la Umbría, llamado así porque se encontraba a la sombra del castillo moro abandonado, pude observar cómo mi amigo Patrañas iba incordiando con una vara a una burra, a la que golpeaba entre las patas traseras mientras caminaba. El animal, cansado de que le fuesen hurgando, acabó cogiendo al muchacho por el pecho y lo tiró dentro del abrevadero. En ese momento pensé que le habría arrancado medio torso, pero el perillán tuvo suerte de que la pollina mordiese sólo la camisa, quedando todo en un susto.

Había otras muchas tareas que realizar, sobre todo en el campo. Mis padres, como el resto de los moradores de la población, recibieron varios lotes de tierra en suerte. A cada familia se le habían concedido algunos terrenos de regadío y varias fanegas de secano, con los que obtener el sustento necesario para vivir.

Las huertas se encontraban situadas en la falda de la montaña. Allí la tierra se había moldeado en terrazas separadas por paredes de mampuesto entre las que circulaba un cauce que parecía una larga culebra de plata. Este se dividía a su vez en canales de riego más pequeños que permitían distribuir el agua que bajaba de la cordillera. Mi amigo Juan, al que su madre llamaba Juani en público y Ahmed en la intimidad (como la sorprendí en alguna ocasión); y al que yo apodé cariñosamente Giti, diminutivo de gitanillo, por su pelo ensortijado y lo tostado de su piel, me contó que los canales, al igual que la balsa en la que nos bañábamos, eran antiquísimos y que los habían hecho sus antepasados hacía tanto tiempo, que ni siquiera los abuelos de sus abuelos recordaban el nombre de sus constructores.

Giti y yo vivimos muchas aventuras juntos; aunque la que siempre me viene a la memoria es la de la exploración de los túneles que atraviesan el roquedo sobre el que se sitúa el castillo que domina la población. De pequeño me encantaba escuchar las historias de moros y tesoros escondidos que contaban los mayores. La del paisano que rompió una olla de barro escondida en un paredón que estaba arreglando y que resultó estar llena de oro en polvo, la del que encontró una armadura bajo el empedrado de una era… Muchos relatos tenían que ver con los pasadizos secretos que habían construido los antiguos moradores de la fortaleza para escapar en caso de asedio. Se contaba que había galerías que te sacaban incluso más allá del pueblo y que estaban llenas de trampas; si bien nadie conocía al que las había sorteado para contarlo. Hablando del tema un día, Giti me comentó que en el corral de su casa, ubicada en el Barrio del Castillo (llamado así porque rodea la parte alta del risco en torno a la atalaya), había una mina que se adentraba en la tierra y que era utilizada por su familia como bodega. Lo interesante es que el túnel estaba apenas cegado

por algunos carrales y cuatro tablones al final del área destinada a almacenamiento, y que continuaba penetrando en el subsuelo, sin que nadie se hubiese metido nunca en él para comprobar hasta dónde llegaba. Aquello sonó en mis oídos a música celestial. A la mañana siguiente me presenté en su casa pertrechado con velas, palos y cuerdas; y, aprovechando que sus padres se habían ido a trabajar, nos encaminamos hacia la cueva del Averno. Tras apartar barriles, espuertas, hierros oxidados y tablones mal colocados, franqueamos la entrada y nos introdujimos por el corredor. Olía a humedad y las zapatillas se mancharon con el légamo que cubría el suelo nada más entrar. Las paredes estaban cubiertas por las marcas dejadas por la piqueta, pero no se veía nada salvo la roca desnuda. Anduvimos un buen trecho descendiendo por el angosto camino a la luz de los hachones hasta que llegamos a un punto en el que éste desaparecía en la orilla de un charco enorme. No supimos si se trataba de agua que se había ido acumulando por filtración o si era un viejo aljibe. Al alzar la luz vi que el techo se curvaba formando una cúpula. Giti comenzó a decir que el silencio que reinaba allí le daba mala espina y que podía tratarse de la guarida de algún jin malvado. Al principio me hice el valiente; pero, tras comprobar que no tocaba el fondo del agua embalsada con el palo, me acabó invadiendo el temor y decidimos darnos media vuelta.

En primavera todos los balates se volvían rosas, cuajados de almendros en flor, y durante el estío vivíamos una época de abundancia de hortalizas, perseguíamos a las lagartijas y vigilábamos las higueras para que nadie las despojase de sus frutos; pero, con todo, el otoño y el invierno eran mis estaciones preferidas, porque los críos nos atracábamos de zarzamora, la campiña parecía flotar entre luces fantasmagóricas y mi alma se inundaba de paz.

Saliendo del pueblo se extendía un llano en el que se encontraban las tierras destinadas al cereal. La mayor parte del año permanecían en soledad, porque, exceptuando los periodos que se dedicaban a darle la vuelta a la tierra con el arado y a la siembra, la gente estaba más pendiente de escudriñar el cielo en busca de buenas o malas señales para la cosecha, que en deambular por ellas. Sin embargo, cuando llegaba el tiempo de la siega, el campo se llenaba con el bullicio de las personas que se afanaban en recoger el trigo y la cebada antes de que la lluvia hiciese de las suyas. Los hombres empuñaban hoces y zoquetas, las mujeres amontonaban las mieses al compás de sus risueñas canciones y los de menor edad corríamos sin cesar, llenando botijos, cumpliendo los encargos de los manijeros y peleándonos por subirnos a los trillos.

Los domingos yo ayudaba al Padre Anselmo como monaguillo en las misas que se celebraban en una construcción de aspecto triste y oscuro levantada sobre los restos de la antigua mezquita. El sacerdote, aprovechándose de su autoridad, había persuadido a los vecinos para que le ayudasen a adecentarla; por lo que los sábados, a pesar de los reniegos de algunos, que hubiesen preferido pasar el rato charlando con un vaso de vino entre las manos, echaban una mano reparando la fábrica;

aunque, todo hay que decirlo, con más predisposición de ánimo que efectividad, debido a la carencia de los materiales precisos.

Don Anselmo era un hombre de mediana edad, calvo y grueso; aunque el exceso de peso no le impedía moverse con agilidad. Inteligente, sanguíneo y un tanto impredecible, uno nunca adivinaba cómo iba a reaccionar frente a una situación cualquiera. Nunca le vi beber en público, pero observé que le daba al morapio cuando finalizaban los oficios, excusándose en que no había que malgastar la sangre de Cristo. Si bien no puedo asegurar que le tuviese excesiva afición al alcohol, lo cierto es que fui testigo de que constituía un remedio eficaz para acabar con los temblores que le sacudían de vez en cuando.

En una ocasión le pregunté al páter por qué se hacía la ceremonia en latín, si nadie lo entendía, y él pasó un buen rato riendo a propósito de mi ingenuo comentario. Cuando cesó el rato de jocosa hilaridad, me contestó que era posible que algún día lo entendiese. Debió de llamarle la atención mi observación y quiso saber si me gustaría aprender a leer y escribir. Yo me mostré contento; así que, después de hablarlo con mis padres, que al principio se mostraron algo recelosos, el párroco dedicó parte de su tiempo a mi educación, una vez que yo terminaba toda mi retahíla de tareas.

Siempre le estaré agradecido a aquel cura riojano, pues, además de enseñarme a descifrar lo que decían los textos y a manejarme con la escritura, también me instruyó en las cuatro reglas junto con algo de latines e historia; y, sin constituir una educación propia de un bachiller, no digamos ya de un estudiante de Salamanca o Alcalá, supuso una herramienta de incalculable valor para mi porvenir.

Debíamos de estar en septiembre la primera que los vi, porque recuerdo haber acompañado a mi padre a las paratas que se encontraban sobre la Rambla del Castañar para injertar unos almendros. Navaja en mano, él estaba concentrado en amarrar bien las estaquillas con la rafia a las varas más propicias y no reparó en las sombras hasta que se lo indiqué. Tras levantar la vista y mirar descuidadamente, me regañó por no prestar atención y distraerme con lo que sin duda debía de ser un rebaño de cabras montesas que se habría acercado en busca de hierba; pero mi aguda vista de niño percibía con claridad los bultos pardos y grises de hombres que reptaban sigilosamente por entre los riscos cubiertos de retamas que marcaban la linde natural de la sierra. De vuelta en casa se lo contamos a mi madre durante la cena, y aunque pude ver en sus ojos que aquello no auguraba nada bueno, mi padre se mostró reacio a que lo divulgásemos, porque pensaba que la gente del pueblo no nos creería y nos empezaría a tachar de temerosos y pusilánimes. Además, no estaba claro que se tratase de bandidos o gente de toda broza.

Conforme fue transcurriendo el tiempo, el episodio descrito se fue difuminando en mi memoria y acabé por no pensar más en él; pero a finales de año empezaron a correr todo tipo de rumores sobre arrieros asesinados, mujeres violadas, curas crucificados… A pesar de que con la llegada del nuevo año tuvimos conocimiento de que los moriscos de la Alpujarra se habían alzado en Navidad, como consecuencia de la pragmática promulgada un año antes en contra de sus libertades, la gente prefirió seguir pensando en aquello como algo lejano y ajeno a su realidad; entre otras cosas, porque tampoco había ningún otro lugar al que ir. No se tenía noticia de que ninguna partida de monfíes hubiese abandonado sus atalayas en la serranía; sin embargo, la víspera de la fiesta de Reyes de 1569 mi mundo se evaporó como la ceniza barrida por el viento.

Cuando me levanté, mi madre me dijo que la Luna había estado iluminando la noche con un resplandor carmesí y que no le parecía buena idea que me fuese a cazar pájaros. Según ella, se trataba de un signo de mal agüero, porque nunca la había visto tan grande y rojiza. Yo llevaba planeando aquella salida mucho tiempo y no estaba dispuesto a renunciar por mucha apariencia de granada brillante que hubiese adoptado el astro; así que salí de casa con las primeras luces llevando conmigo algo de pan y tocino para desayunar por el camino. Era una de esas preciosas mañanas de invierno, queda, sin viento, con olor a primavera precoz. Me sentía feliz, porque no tenía cometidos pendientes y podía disponer del tiempo a mis anchas. En mi morral de cuero, que he conservado hasta el día de hoy, llevaba envuelto en un trapo un manojo de espartos impregnados con liga. Había pasado la tarde anterior preparándola con pegotes de ajonje que había ido guardando para la ocasión y que fui derritiendo con un poco de aceite en un cuenco sobre una fogata. Tenía visto un rodal que se me antojaba perfecto para cazar pájaros y me encaminé hacia el sitio. El camino de la sierra se mostraba de color violáceo y olía a resina. Al principio caminé con rapidez, pero después de un rato me faltaba el aliento y comencé a

sentirme incómodo, porque me había abrigado en demasía pensando en el frío y con el esfuerzo sudaba copiosamente. Me senté en una piedra a la orilla del camino a descansar un momento y tuve una sensación extraña. No sabía de qué se trataba hasta que de pronto caí en la cuenta: no se oía a las aves. Yo estaba acostumbrado a subir al monte de noche, pero me sobresaltó la quietud de aquel amanecer. Pensé que quizás algún animal salvaje, un jabalí o un zorro, habría pasado cerca no hacía mucho y habría espantado a los pajarillos. Seguí subiendo por una senda que se iba estrechando hasta morir en un lugar al que llamábamos Las Juntas, debido a que allí confluían varias torrenteras que bajaban crecidas con el agua procedente de los neveros del Chullo. Enseguida me puse manos a la obra. Dividí el manojo de atocha en dos y lo froté con energía para que el pegamento impregnase bien las puntas. A continuación, me agaché junto a los álamos y dispuse los berceos cruzados entre sí a lo largo de la orilla, de modo que los pájaros se viesen forzados a introducir la cabeza para beber y acabasen pegándose en las finas cañas. Me senté a esperar en una roca desde la que podía observar el riachuelo, mientras el sol calentaba mi rostro. No había capturado más de dos o tres avecillas cuando un sonido amortiguado llegó hasta mí, algo parecido a un chasquido lejano. Al levantar la cabeza y mirar en dirección al pueblo, pude observar una humareda sucia que se elevaba en el horizonte desde varios lugares. El corazón me empezó a latir con fuerza y dentro de mí supe que algo no marchaba bien.

Corrí desbocado hacia el pueblo, y conforme me iba acercando al caserío, fui perdiendo la visión de conjunto de la que disfrutaba desde lo alto; pero las columnas negras se volvían cada vez más anchas y el tufo de la humareda impregnaba el aire. Al llegar a las primeras casas, decidí salirme del camino y meterme por entre los huertecillos que lo flanqueaban, de modo que pudiese ver lo que ocurría a resguardo de las tapias. Sonaban disparos, el fuego consumía varias de las viviendas que se levantaban junto a la plazoleta del pilar y alguien chillaba desde un punto que me resultaba imposible de identificar. Sin pensarlo, crucé la calle y me apresuré en dirección a mi casa. Al doblar una esquina quedé paralizado al ver en el suelo el cuerpo del Zocato, el herrero, hecho un guiñapo sobre un charco de sangre. Eché a correr de nuevo y, conforme me acercaba a toda prisa, las lágrimas nublaban mi vista y el aire me quemaba al entrar en los pulmones. La puerta estaba desvencijada y el interior era un amasijo de maderos negruzcos y ascuas que reposaban sobre una sopa formada por el agua de los cántaros rotos y los restos de los escasos enseres de que disponíamos. El suelo de tierra prensada mostraba un aspecto grumoso bajo el vapor caliente. No hallé a nadie dentro y busqué en la cuadra; pero allí tampoco había ni rastro. Las casas aledañas ardían por los cuatro costados y no tardarían en venirse abajo. Con el corazón saliéndoseme del pecho y sin saber qué hacer, oí arcabucería que sonaba en la plaza de la iglesia. Eché a andar rápido en esa dirección y al introducirme en un callejón que conducía a la parte trasera del templo, me resbalé con las vísceras desparramadas por el suelo de un puerco que yacía desjarretado y caí de bruces contra el suelo. Al incorporarme, vi al lado del cerdo el

cuerpo exánime de un hombre. Se trataba de Pedro Cegrí, el padre de mi amigo Giti. Le habían introducido una pata del cochino por la boca, en clara referencia a que se trataba de un renegado que había dado la espalda a la ley musulmana y que no merecía entrar en el paraíso. Cuando llegué al muro de la sacristía, intenté meterme por el ventanuco, pero como estaba embadurnado con la grasa del marrano muerto de la cabeza a los pies, me resbalaba y no conseguía afianzarme sobre el alféizar. Por fin, haciendo un esfuerzo titánico, me colé por la abertura con tal estruendo, que los de dentro, pensando que era un moro, estuvieron a punto de ensartarme. El padre Anselmo se asustó al verme aparecer hecho un eccehomo, pringoso, con churretes de hollín y sudor, y las ropas cubiertas de sangre; aunque se tranquilizó al comprobar que no era mía. Le pregunté si sabía algo acerca del paradero de mis padres. Él se encogió de hombros y levantó las manos, dándome a entender que resultaba imposible conocer lo que había sucedido. Según comentaban los que se encontraban presentes, los insurrectos habían llegado al alba, aprovechando la oscuridad de la noche, y le habían prendido yesca al pueblo. En medio de aquella confusión, muchos vecinos habían buscado refugio en la iglesia; aunque hubo también quienes se sumaron al alzamiento.

Varios hombres vigilaban la puerta y las ventanas armados con horcas, mielgas y hoces, en tanto que las mujeres, los niños y los ancianos ocupaban las zonas menos expuestas. Mientras Amador, un muchacho mayor que yo, disparaba con un mosquete desde el campanario ayudado por alguien más, cuatro hombres se turnaban junto a las ventanas que daban a la plaza, para cargar y abrir fuego con arcabuces. Cuando el sol se encontraba en su cénit cesaron los disparos y los de la torre nos dijeron que la partida de agarenos estaba abandonando el pueblo y se encaminaba al Portachuelo para llegar a Huéneja.

Nadie parecía tener una idea clara de los planes de los moriscos. Era probable que se hubiesen coordinado para atacar al mismo tiempo varias poblaciones, repartidos en cuadrillas, y juntarse posteriormente. Alguien señaló que cabía la posibilidad de que volviesen si encontraban refuerzos, y que lo más juicioso era marcharse en dirección contraria, hacia el castillo de La Calahorra. La gente se mostraba dubitativa. Tan malo resultaba abandonar la protección de aquellos cuatro muros y encontrarse con los monfíes en campo abierto, como quedarse allí sin saber si volverían. Al final, y a falta de un líder al que seguir sin vacilar, el párroco asumió la dirección y organizó a la muchedumbre con rapidez. Poco después nos encontrábamos saliendo de la población por la vereda que partía de la ermita de San Andrés y conducía hacia Ferreira. Aquella elección, que nos volvía invisibles gracias a las tupidas moreras que tapizaban el valle, nos salvó la vida; ya que, de haber intentado escapar por la llanura de Los Atochares en dirección a Guadix, habríamos sido un blanco extremadamente fácil. Zamarriche, el juez de paz, dispuso a varios oteadores por delante del grupo y dejó a otros tantos en la retaguardia con las pocas monturas que se encontraron, con la orden de avisar inmediatamente si observaban algún movimiento. Aunque no

disponíamos de animales, todo el mundo marchó a uña de caballo, incluidas las criaturas de corta edad, y poco antes del ocaso, tras haber pasado por una Ferreira fantasmal, humeante y en estado ruinoso, entramos en La Calahorra. Para nuestra sorpresa, la gente había abandonado también sus casas y sólo se percibía actividad en la fortaleza, por lo que pusimos rumbo a la misma con objeto de acogernos a su protección.

Al franquear la barbacana que rodeaba la fortificación, un disparo a bocajarro estuvo a punto de llevarse por delante al Rubio. Tras el malentendido inicial y una vez se aclaró quiénes éramos y de dónde veníamos, nos dejaron pasar al interior. Allí no cabía un alma y tuvimos de acomodarnos en los huecos que quedaban repartidos por el patio. Después de aguardar mi turno en una fila interminable, conseguí llenar una bacía con agua del pozo. Bebí como no recuerdo haberlo hecho jamás y me limpié la roña de la cara y las manos; aunque hube de seguir llevando las ropas andrajosas y cubiertas de sangre seca que olían a entrañas. Pasé buena parte de la noche en vela, preguntando a los conocidos por mis padres, pero nadie supo darme ninguna noticia. Estaba agotado, hambriento y no cesaba de llorar pensando en mis progenitores. Al alzar la vista repentinamente, fui consciente por primera vez, desde que habíamos ingresado en el recinto, de la majestuosidad del patio. Nunca antes había estado dentro del castillo y resultaba difícil de imaginar que su interior albergase aquella sublime arquitectura de columnas, galerías y escaleras de mármol.

El día de Reyes amaneció con un cielo desvaído y unas nubes bajas de aspecto amenazador. El padre Anselmo me despertó tocándome el hombro y me ofreció unas gachas aguadas. Le di las gracias y me fijé en el hombre que se encontraba a su lado. Me observaba con curiosidad y un gesto amable. Me fue presentado como D. Juan de la Torre, el alcaide del castillo, y yo le saludé inclinando la cabeza. Ellos siguieron hablando, y por lo que pude inferir de la conversación entre ambos, debían de haber estado hablando sobre mí previamente, porque se hacía alusión a cuestiones relativas a mi persona que ya conocía el caballero.

> —*Está bien, páter* —dijo el alcaide—. *Puede quedarse aquí para ayudar con las cuentas y las cuestiones epistolares. Que pregunte por Mateo, el contable, y se ponga a su disposición*.

Dicho lo cual, se fue repartiendo órdenes y apremiando con los trabajos para preparar la defensa del sitio.

El padre Anselmo me cogió por el brazo y llevándome aparte me comentó que, cuando cesase la revuelta, volveríamos al pueblo y trataríamos de averiguar lo sucedido con mis padres; pero que, en previsión, y dado que yo contaba con la ventaja de saber leer y escribir, había hablado con el señor del castillo para que, en el supuesto de que las noticias no fuesen todo lo halagüeñas que deseábamos, pudiese quedarme en la fortaleza y labrarme un futuro.

En estas pláticas estábamos, cuando comenzamos a notar mucho movimiento de hombres de armas por el patio y agitación en el adarve. Aunque los críos teníamos prohibido subir a las almenas, ningún militar me recriminó por ascender hasta allí, posiblemente, porque mi estatura era mayor de la que correspondía a mi edad o porque aquella era la menor de sus preocupaciones en ese momento. Desde la altura que proporcionaba la crestería del alcázar podía apreciarse una turbamulta que se aproximaba hacia nosotros en todas direcciones, con mucha algarabía y banderas al viento. El cuerpo principal bajaba por el camino que cruzaba la sierra por el Puerto de La Ragua; pero llegaban columnas desde todos los puntos cardinales, mostrando a las claras que muchos moriscos del llano habían engrosado las filas del ejército insurgente. Calculé que debían de sumar varios miles de hombres. La horda había dejado atrás el villorrio que se encontraba a los pies de la fortaleza y parecía querer ponerle sitio a ésta sin dilación; aunque no se apreciaba a primera vista que trajese consigo la artillería necesaria para ese menester. Los rebeldes más aguerridos comenzaron a subir apiñados por el cerro hacia el revellín que rodeaba la plaza fuerte; ocasión que aprovecharon desde las torres para disparar los cañones, haciendo gran mortandad en la vanguardia. Viendo la desventaja de asaltar una posición elevada y las descargas a las que se vería expuesta, mucha morisma se dio la vuelta, situándose a lo largo de la parte inferior del altozano, para cerrar cualquier vía de escape y hacer fuego de escopetería desde media distancia. No obstante, unos cuantos asaltantes, los más bragados, se quedaron parapetados tras el muro exterior, intercambiando tiros con los soldados apostados del otro lado. Tras una descarga cerrada, éstos abandonaron su posición e ingresaron en la fortaleza. Al darse cuenta los rebeldes de que uno de los defensores había quedado fuera, corrieron hacia él y lo acuchillaron contra la pared. Sus gritos quedaron ahogados por el ruido incesante de los disparos, pero pude ver la mueca de dolor en su rostro. A continuación, dos renegados comenzaron a forcejear con el portón del redil, con la idea de espantar a las monturas y el ganado que se encontraba dentro. En ese momento, el soldado que se encontraba a mi lado les enfiló para hacer blanco, pero justo antes de disparar, profirió un grito al recibir un balazo en las costillas. Me dijo que tomase el arcabuz e intentase darles. Me apresuré a coger el arma, apunté y cuando apreté el gatillo, el retroceso del arma me tiró de espaldas. Pensé que me había dislocado el hombro, me dolía la cabeza y mis ojos no cesaban de lagrimear como consecuencia de la pólvora que me había saltado a la cara. Desde entonces, siempre que tiro con un arma sonrío recordando aquel funesto bautizo de fuego.

Para desbaratar la puntería de los de dentro, los sitiadores dirigían las bocas de sus fusiles y espingardas hacia las ventanas y troneras del castillo en tal cantidad, que se transmitió la orden de permanecer a cubierto sin gastar munición.

Gelimer, el soldado al que le habían acertado, se apoyó en mí y le ayudé a bajar. Su coselete rezumaba sangre como un odre roto y el dolor apenas le permitía moverse. Al llegar al patio le acomodé lo mejor que pude y me fui en busca del barbero. Le

busqué denodadamente por todos lados, pero el barullo era tal, que no di con él. Cuando volví al lado del herido con un pichel lleno de agua como único alivio, había muerto. Cerré sus ojos y le hice la señal de la cruz sobre la frente.

Poco después, mediado ya el día, comenzó a jarrear con violencia y los sitiadores se vieron forzados a detener el ataque. No cesó de llover hasta que se disiparon las últimas luces y entonces se hizo el silencio.

No había sentido hambre en todo el día; sin embargo, mis tripas empezaron a sonar reclamando algún sustento. Me acerqué a la cocina en busca de algo para comer y me di de bruces con el alcaide. Me sonrió a la vez que me daba una palmada en la espalda y me sentí orgulloso cuando me dijo que le habían informado de cómo había auxiliado a su hombre y que me estaba agradecido por ello, comentario que agradecí con una leve inclinación de la cabeza. Mientras me acomodaba al amor del fuego para devorar una torta de chicharrones que había conseguido, oí al castellano ordenar que prendiesen la almenara para advertir de la amenaza y solicitar el socorro del corregidor, que era el representante del rey, el cual se encontraba en Guadix, a unas tres leguas de distancia. La noche se hizo larga. A la tensión propia de la situación en la que nos encontrábamos, con los nervios a flor de piel, se añadía el trasiego constante de la guardia doblada y el frío intenso que no podíamos combatir, porque se había difundido la orden de no prender fuego y reservar la leña para las señales de la torre.

Con la llegada de la aurora comenzaron a llegar los balazos del asedio. Sonaban a intervalos irregulares, como si se disparase con desgana y conociendo de antemano que no se acertaría al objetivo. De no ser porque sabíamos que los campamentos que se habían levantado fuera del alcance del castillo tenían por objeto rendir la plaza por hambre, se podría haber pensado que nos encontrábamos de fiesta. A pesar de la prescripción, alguno de los defensores, como respondiendo al desafío, devolvía de vez en cuando algún tiro suelto hacia el llano, más por una cuestión de orgullo castrense que por herir a algún ofensor. Pasó el día sin más distracción que la columna de humo que ascendía por el cielo desde la almenara, a la espera de que fuese captada por algún ojo avizor, y alguna que otra detonación artillera. Comoquiera que en cualquier circunstancia de la vida la risa suele ser un bálsamo para los nervios, hubo un momento de regocijo general cuando dos soldados, que subían por la escalera del patio con un caldero de brea para ennegrecer el humo de la torre, trastabillaron y fueron dando tumbos con la pez hasta acabar convertidos en una masa palpitante más negra que un portugués embozado.

Ya empezábamos a pensar que nunca llegarían los refuerzos, cuando al tercer día vimos en lontananza una enorme nube de polvo que se dirigía hacia nosotros. Por lo que supimos más tarde, don Pedro Arias de Ávila, cansado de perder el tiempo discutiendo con los notables del cabildo acerca del envío de ayuda para levantar el cerco, había tomado la decisión de dejar en Guadix parte de la tropa acantonada en

la ciudad para su defensa y traer consigo una compañía de infantes, medio centenar de jinetes, más el refuerzo de los civiles armados que se adhirieron a la expedición. La caballería se había dispuesto en la retaguardia del pequeño ejército e iba arrastrando por tierra ramas que se habían sujetado a las grupas de las monturas, provocando una polvareda descomunal que aumentaba conforme la tropa se acercaba a nuestra posición. El engaño dio sus resultados y desde el almenaje pudimos ver que una parte de los hombres que nos rodeaban, amedrentados por lo que creían que se les venía encima, formaron una larga columna y volvieron grupas camino de La Alpujarra. Otros, indecisos y no sabiendo qué hacer, le prendieron fuego a las casas abandonadas y a la iglesia de la aldea antes de desperdigarse por la llanura. Los más arrojados, no obstante, decidieron plantar cara al ejército libertador y se juntaron atropelladamente entre el cerro en el que se encontraba la fortaleza y la alquería en llamas; pero de una manera tan descuidada, que se dieron de bruces con la vanguardia enemiga al tiempo que recibían desde la fortaleza, por la espalda, los impactos de nuestros arcabuces, esmeriles y una bombarda colocada muy a propósito. Al ser consciente de la trampa en la que se había metido, el pánico cundió entre la hueste enemiga, que, convertida en una turba desorganizada en la que cada cual buscaba su salvación, propició que, antes de que muchos amotinados pudiesen encontrar refugio en zonas impracticables para los caballos, más de cien pagasen con su vida el haber retrasado la huida.

Los del interior, con la alegría de vernos liberados, empezamos a abrazarnos y a vitorear a las tropas que, tras el baño de sangre con el que se habían solazado a propósito de la desbandada enemiga, se acercaban con paso cansado hacia nosotros. El alcaide ordenó que se retirase el alamud y se abriese la puerta inmediatamente, y que un grupo de hombres saliese para apoyar a las tropas, por si los moriscos decidían darse la vuelta con algún ardid.

Ambos capitanes se abrazaron con vehemencia al encontrarse frente a frente, mientras los demás recibíamos amistosamente a los hombres con los que nos topábamos. Tras reponer fuerzas y comer a sus anchas, D. Pedro Arias pensó que lo mejor era regresar a Guadix antes de que cayese la luz, para evitar emboscadas y dar cuenta lo antes posible de la victoria; no obstante, percatándose del aspecto castigado que presentábamos, decidió dejar en el fuerte al capitán Mellado con algunos arcabuceros y gran cantidad de munición.

Los días transcurrieron lentos y tediosos. La rutina sólo se interrumpía con la vuelta de los exploradores que eran enviados regularmente para conocer el estado en que se encontraban los pueblos en derredor y observar los movimientos de tropas rebeldes. Nada más recortarse en la distancia, la gente se agolpaba en la puerta del castillo para preguntarles por sus familiares y haciendas, y yo no era una excepción. Pregunté por mis padres a todos y cada uno, tanto a los que pasaban por Dólar como a los que enviaban a otros lugares, pero ninguno supo decirme nada.

A mediados de mes un oteador informó de que un nutrido grupo de moriscas se había refugiado en Aldeire bajo la égida de Jerónimo el Maleh, uno de los alguaciles sublevados que había participado en el sitio y que hostigaba al ejército del Rey desde las posiciones que ocupaba. Las mujeres, cansadas de pasar todo tipo de penalidades siguiendo a sus maridos, habían decidido poner fin a aquel deambular sin sentido y afincarse en el poblado, confiadas en la protección que les brindaba el comandante monfí. El capitán Mellado, conocedor del asunto, mandó a un mensajero de su confianza para que informase a D. Pedro, y cuando éste tuvo noticia de lo que sucedía, marchó hacia el lugar en el que se concentraban los moriscos, no sin antes mandar rastreadores por delante, pues tenía la certeza de que los correligionarios de los insurrectos que vivían en Guadix informarían a El Maleh de sus movimientos. Y ciertamente, antes de que apareciesen las tropas reales por el llano, una muchedumbre abandonó la plaza en la que se guarecía y puso pies en polvorosa hacia el puerto de La Ragua.

A varios hombres, junto con algún que otro mozalbete como era mi caso, se nos dio permiso para unirnos al ejército perseguidor. Yo llevaba tiempo acumulando en mi interior la rabia por todo lo sucedido hasta ese momento y, aun cuando no era capaz de identificar con claridad a los culpables, la sangre bullía en mis venas reclamando venganza. A lomos de una mula torda y armado con un chuzo que me agencié y una navaja, salí sin mayor reflexión en pos de aquella caterva, sintiendo fugazmente la mirada reprobatoria del padre Anselmo que se cruzó con la mía. Nuestra partida alcanzó a los aliados cuando se disponían a iniciar la persecución de los enemigos que ascendían por el puerto. Al cabo de un par de horas la distancia que nos separaba de ellos comenzó a menguar y se oyeron los primeros disparos. Los soldados de a pie sudaban y boqueaban, pero redoblaron esfuerzos teniendo a los fugitivos casi al alcance de la mano. De repente se hizo la confusión. El sendero estaba bloqueado por mujeres y niños agotados que no podían dar un paso más y las milicias urbanas, como si se tratase de delincuentes sin entrañas, carentes de mando ni disciplina, se abalanzaron sobre ellos tratándolos con crueldad. Volví a ser testigo de las calamidades de la guerra, del griterío ensordecedor, de los hombres que arrastraban a mujeres por el pelo y maniataban a niños, de las riñas de la soldadesca por quedarse con las ropas y las escasas pertenencias de aquellos desgraciados. Los soldados miraban con envidia a los desalmados que se hacían con el botín, pero los oficiales ordenaron seguir y dar alcance a los rebeldes, dejando atrás caos y pesadumbre. Sin entender el porqué de mi decisión; quizás, por la aflicción y el pavor que me producía lo que estaba viendo, me sentí empujado en una huida hacia adelante tras las huellas de los soldados. Podíamos ver las miradas aterrorizadas de los perseguidos cuando volvían sus rostros hacia nosotros. En ese momento, varios jinetes me pasaron como una exhalación y acuchillaron a varios hombres de la retaguardia enemiga que se habían quedado rezagados. Salvo por lo escandaloso de la sangre, me pareció, al pasar junto a los cuerpos aún calientes, que se trataba de una farsa; como si en cualquier momento se fuesen a levantar retornando a la vida.

Al coronar el puerto, fuimos recibidos por una descarga de fusilería que hizo que mi mula se encabritase y yo diese en tierra con mis huesos. Me oculté tras una roca algo dolorido por el costalazo, y desde donde me encontraba, podía ver gente armada tras un parapeto ornado con pendones verdes, colocado sobre un escarpe que cerraba la planicie en la que desembocaba la subida. Los moriscos se habían hecho fuertes en ese punto para frenar nuestro avance y ganar tiempo, con el objeto de que la mayoría de su gente pudiera ponerse a salvo del otro lado de la sierra. La caballería cargó contra la barricada en la creencia de que los defensores huirían; pero los monfíes pelearon con valor, matando a un par de hombres y repeliendo el asalto. Hubo que esperar a que llegase la infantería y se fuese desplegando por el terreno, para que desapareciese la ventaja con la que contaba el enemigo. La lucha se extendió por vaguadas y cerretes, convirtiéndose en una pelea sorda de pequeñas emboscadas. Al final, la superioridad numérica y la solvencia del contingente de arcabuceros que llegó de refresco hicieron que la victoria se inclinase de nuestro lado.

Al levantarme para celebrar la huida de los moriscos y unirme a las tropas, percibí de reojo una sombra que caía sobre mí. Instintivamente levanté el chuzo y la moharra penetró en el cuerpo de un hombre con un golpe seco que sonó como cuando tiras una piedra contra la superficie del agua. Me quedé inmóvil, sujetando con fuerza el asta del arma clavada en el abdomen del morisco hasta que una mirada incrédula acabó por apagarse en sus ojos. Los nervios me hicieron tratar de extraer el venablo. Tiraba sin éxito removiendo las tripas, y el pago por mis esfuerzos baldíos fue un hedor acre a intestinos que me hizo arrojar lo poco que llevaba en el estómago. Abandoné el lugar despacio, aturdido, sin entender lo que acababa de ocurrir. Ni siquiera me percaté en ese instante de que iba desarmado, pues había perdido la lanza, y, de haberme salido al paso otro enemigo, no habría podido defenderme. Aquella jornada se cobró la vida de cientos de hombres y gran cantidad de mujeres y niños fueron capturados para ser vendidos como esclavos, en represalia por la costumbre similar que practicaban los agarenos con los prisioneros cristianos. El camino de vuelta al castillo se me hizo interminable, sombrío y pesaroso. Llegamos con el ocaso y mi desánimo contrastaba con la viva alegría de los que me rodeaban.

Tras la pacificación de la comarca y con La Alpujarra cercada por el Marqués de Los Vélez desde oriente y por el de Mondéjar desde poniente, tocaba retornar a los lugares de origen. A pesar del profundo dolor por todo lo padecido, había que reconstruir casas, reparar corrales y cercas, y darle labor a la tierra. Con la autorización de D. Juan, que ahora era mi superior, volví con mis paisanos a Dólar con la única idea de intentar averiguar qué había sido de mis padres; aunque albergaba pocas esperanzas. Pasé una semana buscando, preguntando y removiendo hasta la última piedra, pero no encontré ni una sola pista de lo ocurrido. Me encontraba pensativo sentado en el poyo de la plaza de la iglesia, cuando noté la presencia del padre Anselmo junto a mí. Se sentó a mi lado y, consciente de mi desesperación, me pasó el brazo por encima de los hombros y me apretó con fuerza.

> *—Luis —*me dijo*—, aquí ya no hay nada que te ate y sólo encontrarás desdicha. Creo que va siendo hora de que te vuelvas con el Señor de la Torre. Si se supiese algo, te haría llegar recado.*

En ese momento me puse a llorar. Sabía en el fondo de mi corazón que tenía razón, pero también presentía que una vez que abandonase el sitio en el que había nacido, no volvería nunca más. Asentí largamente con la cabeza, dándole a entender que tenía razón, y después de dedicarle una larga mirada y una sonrisa, me despedí de él con un fuerte abrazo. No volví la mirada en todo el camino. Salí por la vereda del cementerio; pero los sucesos recientes me habían hecho más cauto y receloso, por lo que opté por abandonarlo y atravesar el monte y los campos preñados de almendros, para quitarme de la vista. De esa caminata no tengo más recuerdo que el sabor del polvo mezclado con las lágrimas.

A pesar del ir y venir de las tropas que seguían utilizando el castillo para pernoctar o desplazarse por la región, la tranquilidad se fue adueñando de nuestro día a día. Me parecía mentira poder contemplar el patio vacío, sin el gentío que lo atestaba hasta hacía poco tiempo. Aparte del alcaide, su mujer e hijas y la guardia, residíamos allí una docena de personas que constituíamos el servicio. Los quehaceres diarios se convirtieron en la mejor medicina para olvidar los sinsabores recientes. Además, a los trece años la vida te sonríe con facilidad. Basta un poco de sol, la mínima broma y algo de camaradería para que te sientas feliz.

La administración corría a cargo de Mateo, un muchacho de dieciocho años, hijo de un notable de Guadix y pariente, según le gustaba afirmar a él, de Pedro de Mendoza, el fundador de Santa María del Buen Ayre. Al parecer, el padre estaba cansado del carácter refractario del muchacho y le había buscado acomodo en la fortaleza para alejarle de sí. Tenía tres hermanos, y sus padres, no sé si por devoción o, como ahora sospecho, por cierta simpatía hacia las ideas de la Reforma, le habían puesto a los hijos los nombres de los Evangelistas: Marcos, el mayor y heredero de la hacienda familiar; Juan, que ya se distinguía en la carrera de las armas; Lucas, estudiante de leyes en Salamanca; y Mateo, que estaba destinado a tomar los hábitos, pero que

había dado al traste con esta previsión por su negativa a convertirse, según sus palabras, en un capón.

Mateo se encargaba de la contabilidad, de la intendencia, de la correspondencia y de cualquier actividad que requiriese dos dedos de frente. Se convirtió en mi profesor, en un maestro imprevisto y desinteresado que, merced a su espíritu pedagógico, hizo que se ampliase mi comprensión del mundo. No había día que yo no descubriese alguna cuestión nueva, y todas y cada una se acompañaban de anécdotas y ejemplos escogidos muy a propósito. Cuando le preguntaba por algo que desconocía o no sabía hacer, dejaba la pluma con un gesto de afectación que debía de haber aprendido de algún preceptor, y me daba toda suerte de explicaciones. A veces, me arrepentía de consultarle, porque decía que sólo se aprendía con la práctica y me tenía toda la mañana repitiendo el mismo ejercicio. Sea como fuere, con él asimilé algunos rudimentos del oficio; desde el tratamiento y el tono que había que emplear en los escritos, hasta las añagazas empleadas en la teneduría de libros.

A cambio, yo le prestaba mis servicios como correveidile de sus intercambios epistolares con Clara, la hija mayor del alcaide, a la que podía acercarme sin levantar sospechas gracias a mi edad. Se trataba de una muchacha enclenque y más bien feúcha de la que estaba prendado mi tutor y por la que pasaba las horas muertas componiendo versos que ocultaba, cuando yo me encontraba cerca, celoso de su autoría. Confieso, con algo de sonrojo, que pasé muy buenos ratos leyendo las misivas que se cruzaban los dos enamorados. Mateo me entregaba sus cartas selladas por precaución; aunque huelga decir que yo me las ingeniaba para leerlas y volver a cerrarlas recomponiendo el lacrado antes de dárselas a la damisela. Se trataba de mensajes escritos con buena caligrafía y con tal profusión de citas, que seguramente la galana se perdía a partir de la segunda línea. Resultaban, según mi modesto parecer, bastante pedantes, con todo aquel Beatrice, mi Señora Oriana, Dafne por aquí, Flérida por allá… Más de una vez me presenté ante la hija del alcaide con los ojos húmedos de la risa, temiendo que acabase descubriendo la razón. Por su parte, los billetes de Clara eran pésimos, con borrones y casi ilegibles; pero cuando se las daba a Mateo, éste parecía entrar en trance.

Aquel afecto fue ganando pólvora y acabó con el secuestro consentido de la amada por parte del protegido del castellano. A pesar de los juramentos de éste y las ansias por ahogar al perillán, acabó consintiendo, merced al buen juicio de su mujer, que se celebrara la boda en la capilla del castillo.

El tiempo pasaba y la guerra no terminaba. Como todo el mundo sabía, uno de los principales escollos de la campaña radicaba en que los comandantes que la dirigían estaban enfrentados entre sí y actuaban de manera contradictoria, más pendientes de que otros capitanes no consiguiesen hacer méritos ante los ojos del Rey que de pacificar el territorio. Buen ejemplo de todo ello fue el incidente protagonizado por

Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, durante el estío de aquel año. Cabeza de Hierro, como le apodaban los soldados, se encontraba en Adra, por la parte de Almería. Por lo que me contaron tiempo después algunos veteranos de los tercios que se alojaron en el castillo, no había dejado de quejarse por la falta de tropa y bastimentos hasta que el Rey, cansado por la pérdida de tiempo provocada por su inactividad, mandó traer parte de los tercios de Italia y desplazar tropas irregulares y compañías de soldados bajo el mando de otros comandantes para reforzar su ejército. Se le proveyó además de suministros y munición en abundancia y se le ordenó allanar la tierra. El Marqués se dirigió hacia Ugíjar evitando los desfiladeros escabrosos y estrechos que salpican el camino que se interna en la serranía. La primera jornada asentó sus reales en Berja, donde permaneció tres días. El cuarto prosiguió la marcha y hubo de hacer frente a los moriscos en el llamado Paso de las Vacas, siendo preciso enviar varias mangas de arcabucería para despejar el terreno y a un pequeño contingente de caballería barranco arriba para encontrar un paso holgado para la columna. Franqueada la garganta, el ejército continuó hasta Lucainena y de allí a Ugíjar. Una vez acampados, el Marqués supo que Abén Humeya estaba concentrando abundantes tropas en Válor; por lo que decidió, en contra de las recomendaciones de los guías conocedores de aquellos andurriales, acometer de frente al Rey de los Moriscos. Aquella decisión puso el campo en condiciones de perderse; sin embargo, las circunstancias se conjuraron en favor del Marqués. La veteranía de los soldados viejos y la sorpresa de la caballería, apareciendo por la retaguardia del enemigo tras escalar de manera inverosímil por los riscos de una garganta, desbarataron la defensa y pusieron en fuga a los moriscos, y con ellos a su Rey; el cual, viéndose perdido, escapó internándose en la fragosidad de una quebrada en dirección a Mecina. El Marqués perdió la oportunidad de capturar a Abén Humeya; pero, además, en lugar de reafirmar la presencia real en la zona después del esfuerzo realizado, optó por abandonar la comarca y atravesar la sierra para acuartelarse en el castillo de La Calahorra. Allí pude comprobar de primera mano la naturaleza colérica que le caracterizaba y el maltrato que daba a los hombres, cuya principal consecuencia era el elevado número de deserciones que se producían constantemente entre sus filas. Su llegada supuso la escasez de alimentos, porque no era posible mantener a todo el ejército con las reservas almacenadas en la fortaleza, y el incremento de nuestro trabajo, pues Mateo y yo no parábamos de dirigir correos solicitando las vituallas y aprovisionamientos que ordenaba el de Los Vélez. Aquellos hechos irritaron en grado sumo al Rey Felipe, haciendo que decidiese transferir el mando absoluto de los asuntos de la guerra a su medio hermano, D. Juan de Austria.

Durante el escaso tiempo libre del que disponía, me aficioné a leer los libros que atesoraba Mateo en la notaría. Los tenía de muchos tipos, pero la niña de sus ojos era *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, cuyo ejemplar le había sido entregado por el propio autor y pariente suyo, Diego Hurtado de Mendoza, durante su paso por La Calahorra camino del frente. Mateo lo pasaba en

grande con las desgracias que padecía el pobre protagonista; aunque a mí, que conocía lo que era la miseria, me provocaba un sentimiento de lástima. El escribano disfrutaba asimismo con la poesía, en especial con los sonetos de Garcilaso de la Vega; así como con diversos libros de caballerías. Uno de sus volúmenes más manidos empero era el de Los Siete Libros de Diana, pues había constituido su principal fuente de inspiración durante el trapicheo epistolar mantenido con la que más tarde sería su cónyuge.

Me recomendó que leyese a los grandes maestros toscanos; pero, con la excepción del Decamerón, tengo que reconocer que fui incapaz de terminar el resto, incluida la Divina Comedia. Mi obra favorita, sin embargo, era la *Suma de Geographia* de Martín Fernández de Enciso. Su lectura hacía volar mi imaginación y me permitía recrear el Nuevo Mundo descubierto al otro lado del océano; si bien es cierto que echaba en falta alguna ilustración, porque el ejemplar era un cúmulo continuo de conjeturas. Aquellos relatos sobre tierras misteriosas habitadas por salvajes y rebosantes de maravillas dejaron en mí una huella duradera que determinaría el rumbo de mis pasos. Cuando salía a cazar por los alrededores con mi ballesta, fantaseaba con la idea de que me encontraba en medio de una selva. Cualquier aprisco se convertía en un templo pagano, y cuando abatía un conejo o una perdiz, no eran tales, sino tigres y tarascas.

Después de cenar los soldados acostumbraban a jugar a los naipes o a los dados. Los hombres sentían verdadera adoración por la descuadernada y apostaban normalmente dinero y baratijas. Aprendí las mil fullerías que cometían los tahúres, desde marcar las cartas hasta los envites en los que andaban conchabados varios cofrades, y eso me hizo escarmentar en cabeza ajena, pues siempre aborrecí los juegos de azar. La mayoría de las veces, los que perdían lanzaban algún juramento y se marchaban refunfuñando, dando, todo lo más, una patada a la pobre silla que se encontraba de por medio; pero en otras ocasiones las cosas pasaban a mayores. Una noche, que pintaba como cualquier otra, los grupos se distribuyeron por las mesas para solazarse con la baraja. Los ánimos se fueron calentando conforme iba avanzando la velada gracias a la eficaz contribución del morapio que se trasegaba en abundancia. En un momento dado, un veterano al que llamaban Follagatas, vete tú a saber por qué, se levantó de la mesa con un traspié y amenazó con un cuchillo a uno de los jugadores que seguía sentado a la misma. Contrastaba vivamente el aspecto del Follas (diminutivo por el que atendía), ebrio, descamisado y balbuciente, frente a la impasibilidad que mostraba el otro, que seguía sosteniendo sus cartas en la mano como si no fuese con él la cosa. Incluso para mí resultaba evidente cuál sería el resultado de la disputa. El azumbrado comenzó a ofender al impávido personaje, tratándole de tramposo y ventajista, instante que aprovechó su antagonista para erguir un brazo con la velocidad del rayo y ponerle la punta de la ropera en la nuez. El Follas, pasmado, tiró la daga al suelo y volvió a tomar asiento. Las aguas volvieron a su cauce, se oyó de nuevo el murmullo de la concurrencia, y la fortuna, como era

de esperar, siguió dándole la espalda al borracho, que no paraba de aumentar la postura con objeto de recuperar lo perdido. Apostó la paga de seis meses, la medalla de su madre que llevaba al cuello… y, al final, el juego se transformó en demencia y acabó ofreciéndole su mujer al otro para que se acostase con ella. Esa noche aprendí lo necios que pueden a llegar a ser los hombres.

En lo que a mí respecta, durante las reuniones vespertinas practicaba ajedrez con Gurrupina, la cocinera. Se trataba de una mujer analfabeta dotada de una gran inteligencia, una de esas personas cuya opinión te hace reconsiderar tu punto de vista sobre las cosas. Sólo sabía de fogones y de escaques, y no conocí nunca a nadie que fuese capaz de darle jaque mate. Yo me afanaba en conseguirlo con la vehemencia que proporciona la juventud, llegando incluso a estudiar el libro escrito por Ruy López que poseía Mateo; pero todo fue en vano, porque cualquier estrategia resultaba estéril frente a aquella mente portentosa. Mi única recompensa llegaba al finalizar las partidas; momento en el que mi contrincante, como para hacerme olvidar las constantes derrotas, me agasajaba con dulces de su propia cosecha, pues como solía decir, la miel aviva los sesos.

Todos los años, por septiembre, se hacía acopio de grano y harina. Habitualmente bastaba con acudir al pósito del pueblo o a los molinos de la comarca para cubrir las necesidades, pero aquella añada las cosas eran diferentes, porque no se había sembrado el cereal de primavera y se habían malogrado muchos cultivos con las razias llevadas a cabo por los moriscos. Estas circunstancias, a las que se añadía la costumbre secular de molineros, tahoneros y arrieros de sisar parte de la mercancía, determinaron que se encargase a Mateo, y a mí con él, supervisar personalmente la adquisición de provisiones. Partimos del castillo con dos gañanes, cuatro hombres de armas, dos carromatos y seis mulas que se iban alternando en el tiro. Los letrados, como nos llamaban a modo de chanza al secretario y a mí, íbamos sentados cada uno en un carro a la diestra de los mayorales, pero a los pobres soldados les tocaba andar con el calor sofocante, para no cansar a las acémilas, haciendo que fuese preciso ralentizar el paso de las carretas de vez en cuando para no perderles. Años después, viendo una tortuga descomunal en las Indias Occidentales, me vendría a la memoria la imagen de aquella parsimoniosa comitiva. Cuando parábamos para descansar, acumulábamos más mugre que el travesaño de un gallinero, porque, aun cuando los peatones llevaban la peor parte, la polvareda que levantaban las carretas se nos adhería a las ropas sudadas haciendo que pareciésemos almas en pena. La escasez de cereal nos forzó a recorrer más lugares de los que habíamos previsto en un principio, durmiendo a veces bajo techado y otras al raso. Fuimos hasta Baza buscando grano por todos los pueblos que había entremedias y desandamos camino después en dirección a Guadix, donde pudimos rematar la transacción.

Era ésta la población más importante de la región y donde residían muchos notables, entre los que se encontraban los padres de Mateo. Tras la boda de éste con la hija del alcaide del castillo de La Calahorra, la relación con su progenitor había mejorado

ostensiblemente y nos brindó su hospitalidad para pasar la noche. La cuadrilla se instaló en uno de los patios traseros de la hacienda, para que no perdiese de vista las mercancías tan fatigosamente obtenidas; si bien a mí me cupo en suerte alojarme en el interior de la casa.

Los padres de Mateo me parecieron de lo más dispar. D. Juan Díaz Rivas-Espigares, era un hombre alto y afable, con una prominente nariz sefardí; mientras que Doña María Teresa de Mendoza y no sé qué más resultaba menuda, rechoncha y tenía voz de grajo. Al presentármelos, Mateo se hizo lenguas de mí y le contó a su padre mis progresos en los estudios y el heroísmo que había demostrado durante el asalto al Puerto de la Ragua. El hombre alabó mi valor y, aunque yo sentía culpabilidad y tristeza al rememorar los mencionados hechos, le vi tan entusiasmado, que le hice creer que había sido una experiencia provechosa.

> —*Mi hijo Juan* —dijo él— *es uno de los capitanes del tercio que está reuniendo Lope de Figueroa en Granada para D. Juan de Austria. Estoy convencido de que se sentiría complacido de contar con un paje instruido y valiente como tú. Si estás interesado en la vida castrense, sólo tienes que decírselo a Mateo para que me lo haga llegar*.

Le di las gracias por el ofrecimiento y no supe decir nada más en ese momento; pero sus palabras provocaron en mí cierto desconcierto y de regreso en el castillo no paré de darle vueltas a aquella conversación. Aquello sonaba peligroso; pero, a la vez, me parecía un ensueño formar parte de los tercios. Fruto de la inmadurez y de algunos grabados que había contemplado, me veía vestido elegantemente, con calzones y jubón de raso, portando la bandera o tocando el tambor. Por otra parte, sabía que mi permanencia en el castillo tenía un carácter provisional. Primero, porque Mateo se bastaba a sí mismo para llevar la administración; y segundo, porque en cuanto yo creciese algo más, desaparecería la razón que justificaba el amparo del que gozaba. Mateo me miraba de hito en hito, presumiendo lo que rumiaba en mi interior. Si me preguntaba algo, mi respuesta delataba que andaba distraído, atolondrado, y él se sonreía. Cuando me dijo que, si era mi deseo, podía hablar con su padre para indicarle que estaba interesado en su propuesta, se lo agradecí de corazón y sentí como si me hubiesen quitado un peso de encima.

Acudí a Juan de la Torre para comentarle la decisión que había tomado y él se mostró muy ufano. En su opinión, no existía oficio más digno en el mundo que el de profesar en la milicia y, como muestra de su liberalidad, me regaló una daga de misericordia de buen acero toledano.

> —*Llévala siempre encima* —me aconsejó—*, vestido o desnudo, de día o de noche. No encontrarás una amiga como está. Te lo puedo asegurar.*

La comunicación de mi incorporación a filas llegó a mediados de noviembre. Guardé mi exigua hacienda dentro de la mochila de cuero, postrer vestigio de mi infancia, y

me despedí de las personas con las que llevaba conviviendo casi un año. D. Juan me dio un apretón de manos y, enarcando una ceja, se llevó el dedo índice de la mano derecha a la sien y a la cintura, en un gesto que quería decir: ten siempre presente la daga. Mateo me abrazó con fuerza y me puso en la mano el tomo de geografía del que yo estaba prendado.

> —*Para cuando necesites evadirte un poco de las asperezas de la vida* —me dijo.

La última fue Gurrupina, la pobre me estampó un par de besos y se echó a llorar. Conforme me alargaba unos dulces envueltos en un paño y se sonaba la nariz, se puso a bromear diciendo que ya no encontraría un rival digno. Con un nudo en la garganta, algo que empezaba a convertirse en una costumbre, me uní a una partida de arrieros que trajinaba con bestias para el ejército, a la que ordenaron mi traslado por coincidir la ruta. El camino hasta Purullena me era conocido; pero a partir de ahí resultó novedoso. Al llegar a la altura del Puerto de La Mora era tal la cantidad de nieve acumulada, que el camino se volvió intransitable y tuvimos que hacer noche en una venta que se encontraba al borde del mismo. El interior olía a tocino rancio y al humo que revocaba el tiro obstruido de la chimenea. Tanto el ventero como su familia se mostraban zafios y desconfiados, e intuí que no les hacía gracia que los caminantes entrasen en busca de resguardo y no gastasen más que una mísera blanca en dos vasos de costa. Me acurruqué en un rincón sobre mis pertenencias y habría continuado durmiendo hasta bien entrada la mañana si no me hubiesen despertado antes del alba para continuar camino. Llevaba las piernas congeladas porque la manta no alcanzaba para cubrirlas, tenía el cuerpo dolorido por la postura en la que había dormido y el hambre empezaba a apretar; pero todo aquel malestar se disipó cuando Granada apareció ante mí espléndida y luminosa, como un jardín inmenso engastado entre las sierras, y vi la roja ciudadela de La Alhambra recortada contra las nieves perpetuas. Cuando llegamos al campamento, situado en las afueras de la ciudad, la actividad era incesante. Algunos soldados marchaban, otros hacían ejercicios con las picas o practicaban tiro, los oficiales gritaban sin cesar, las fraguas hacían un ruido ensordecedor, todo el mundo iba de acá para allá en medio del barrizal transportando tablones, ganado, calderos... Me resultó increíble que el soldado ante el que me presenté fuese capaz de llegar a la tienda del Capitán Díaz sin perderse. Nada más verle supe que se trataba del hermano de Mateo. Aunque los rasgos resultaban más enérgicos, ambos compartían un aire familiar, una forma peculiar de gesticular. Por el número de asistentes que le rodeaban deduje que las obligaciones a las que debía atender crecían sin cesar; sin embargo, en cuanto le comunicaron mi llegada, se apartó del resto y se acercó para saludarme. Tras darme la bienvenida, me informó de las tareas que tendría que llevar a cabo. Estas incluían, a vuela pluma, hacerle la cama por la mañana, bruñir las armaduras y herramientas del oficio, acompañarle en todo momento portando la rodela y la jineta, revisar la correspondencia y preparar los borradores de contestación, y, la más importante de

todas, asistirle en el campo de batalla. De no haber sabido que la deserción estaba castigada con la pena capital, me habría marchado sin dilación. Por último, me indicó que preguntase por el cabo Rossi, para que me buscase alojamiento. La primera impresión que me produjo el sujeto fue la de una persona hosca y de pocas palabras, pero con el tiempo resultó ser un napolitano burlón que había huido de su tierra por asuntos relacionados con la Ciega. Me acomodaron en una tienda que tenía que compartir con otros tres pajes. Dos eran hijosdalgo, no unos simples fámulos, y se encontraban allí para hacer méritos y aprender los rudimentos de la oficialidad. Se trataba de un par de lindos que miraban por encima del hombro a los que, como en mi caso, eran plebeyos. El otro resultó ser un zagal aproximadamente de mi edad con el que enseguida trabé amistad y cuya camaradería duró hasta el fatídico día en que la Parca se cruzó en su camino cuando arribamos a unas islas perdidas del Mar del Sur. Gajes del oficio, fueron sus últimas palabras. La naturaleza había dotado a Garduña, pues así se llamaba, con una mirada perspicaz a la que no escapaba nada y unas manos todavía más rápidas que la vista. Yo daba gracias al cielo constantemente de que fuésemos compadres, pues no he conocido a nadie que se mostrase tan amigo de lo ajeno. El abecé del oficio, solía decir refiriéndose a nuestra condición de asistentes, consiste en decir amén a todo y hacer lo que te da la gana, porque lo que peor llevan los que te ordenan no es que no hagas lo que deciden, sino que discutas lo que te mandan; y no le faltaba razón.

No habían transcurrido ni dos meses desde mi incorporación al Tercio de Granada, cuando llegaron las noticias de la sublevación de los moriscos que habitaban en la comarca del río Almanzora. Por una carta que recibí de Mateo, donde me informaba de que iba a ser padre, me enteré de que El Maleh, con refuerzo de berberiscos y turcos, había alzado con éxito varias plazas y se había hecho fuerte en Galera. Muchos moriscos de la región, bien porque se encontraron sin comerlo ni beberlo entre la espada y la pared, bien porque, después de que hubiesen ardido las casas de los cristianos, de poco les habría servido no haber participado en la algara, se acogieron a la protección del adalid. *¿A que no adivinas quién se ha alojado aquí otra vez?* Cuando leí aquello se me pusieron los pelos de punta imaginando la figura grasienta del Marqués de Los Vélez. *No te preocupes* —continuaba Mateo a modo de chanza—*, que Cabeza de Hierro partió del castillo a finales de noviembre para ponerle cerco a Galera y a estas horas ya la debe haber rendido por hambre, porque él solo se basta para consumir toda la pitanza del contorno.*

La predicción de Mateo no se cumplió y el sitio del Marqués estaba resultando tan inútil como lo había sido el asalto de Válor. La amenaza aumentaba cada día; ya que los moriscos controlaban muchas localidades entre las que se encontraban Serón, Purchena, Caniles o Gérgal, y se corría el riesgo de que la rebelión se extendiese por tierras de Murcia y Valencia. Por ese motivo, a finales de diciembre de aquel año de mil quinientos sesenta y nueve, el Tercio, como parte del ejército comandado por Juan de Austria, recibió la orden de levantar el campamento y ponerse en marcha

hacia Galera. Los puertos de la Sierra de Huétor no se podían cruzar en esa época del año y salimos en dirección norte por el camino que se dirigía a Jaén, para virar hacia el este y atravesar la llanura que se abría a espaldas de Sierra Arana. El primer día de marcha el contingente se detuvo para hacer noche en un olivar cercano a Iznalloz, una aldea a la sombra de un castillo arruinado que era utilizado por los gitanos como cubil. Garduña, que era considerado como el rey del forrajeo, decidió que había que incrementar la despensa, porque no sabíamos si más adelante pintarían bastos. Estaba terminantemente prohibido sustraer nada en terreno amigo bajo pena de muerte, lo que nos obligaba a aguzar el ingenio. Nos levantamos con las primeras luces y anduvimos dando vueltas por las afueras del pueblo hasta que mi amigo escuchó el cloqueo de las gallinas tras la pared alta de un corral. Los ojos se le iluminaron y yo empecé a sentir un punto de desasosiego, sin saber a ciencia cierta lo que le estaba pasando por la cabeza. Me pidió que le ayudase a trepar por la pared y que vigilase por si venía alguien, desapareciendo en el interior de un salto sin hacer el menor ruido. Yo sólo oía un cacareo sordo y el sonido de vuelos cortos que se alternaban con las carreras amortiguadas por el estiércol. Pasado un rato me empezó a correr un sudor frío por la espalda y estaba ya a punto de abandonar la vigilancia para encaramarme al muro y ver lo que ocurría, cuando Garduña se descolgó a mi lado. Me sentí aliviado y sorprendido a un tiempo, porque no traía ningún ave consigo. A continuación, me hizo señas para que le siguiese y nos dirigimos a la puerta de la casa paredaña de la corraliza, mientras se sacudía la broza de la chaquetilla. Golpeó el portón con la aldaba repetidas veces y tras unos instantes que se me hicieron eternos, asomó por la ventana del piso superior la cabeza de un hombre macilento y calvo, con guedejas canas sobre las orejas, cuyos sonidos guturales no acerté a discernir. Garduña, mostrando mucha autoridad, desenrolló un pliego de papel, que no era más que una cédula que había tomado prestada de la correspondencia del capitán, e hizo sonar unas monedas en la mano, diciéndole al hombre con desenvoltura que abriese raudo, que veníamos en nombre de su Majestad a comprar viandas para el ejército. No tardó mucho el infeliz en aparecer en el quicio de la puerta descalzo, con un camisón pringoso y quejándose, mientras se frotaba los ojos, de las horas que nos gastábamos y de no entender qué transacción era aquella de la que le hablábamos. Garduña le volvió a soltar la consabida perorata, añadiendo que la falta de cooperación sería considerada como un delito de desobediencia a la Corona que podía ser castigada incluso con la condena a galeras. El hombre, entre incrédulo y asustado, pero rememorando con toda seguridad el aviso que se había pregonado por todos los pueblos antes del inicio de la campaña para que se facilitase aprovisionamiento a las huestes, nos hizo pasar de mala gana y nos condujo a la puerta interior que daba al gallinero. Al ingresar en el recinto, el hombre se quedó paralizado.

> —*¡Dios santísimo!* —dijo despertándose súbitamente y poniendo cara de loco—*; ¿pero qué cojones es esto?*

Yo miraba espeluznado el tropel de gallinas sin plumas y con aspecto de alimañas de otro mundo que corrían como seres funestos por todo el corral, mientras escuchaba a mi camarada gritar: —*¡Herejía, herejía! ¡Esto es obra del diablo!* El hombre cayó de rodillas suplicándole que callase, que lo de las galeras iba a ser un paseo si el asunto llegaba a oídos de la Santa Inquisición. Garduña no paraba de gritar que se trataba de súcubos y que había que sacarlos del gallinero antes de que endemoniasen su morada. El desdichado se retorcía las manos no sabiendo qué hacer, y acabó mostrándose conforme, más temeroso por lo que estarían escuchando los vecinos, que por los espíritus malignos; agradeciéndonos que sacásemos de allí a las cluecas del demonio con unas varas. Nos alejamos de allí a buen paso, riendo y arreando a las pobres gallinas que Garduña había desplumado unos instantes antes, y a las que dimos la extremaunción antes de ingresar en el campamento.

Durante las siguientes jornadas la rutina se fue adueñando de nuestro día a día. Nos levantábamos al clarear, se desmontaba el campamento y se cargaba en los transportes, marchábamos hasta mediodía, almorzábamos, se continuaba hasta media tarde y se descargaba y montaba todo de nuevo para vivaquear. El camino nos condujo a Guadix, después a Gor, donde habían encerrado en el castillo a las moriscas del lugar para evitar el alzamiento de sus maridos; y, por último, a Baza.

A lo largo del trayecto me crucé en varias ocasiones con el hermanastro del Rey, al que todos nos referíamos como Jeromín cuando no había superiores delante, y mi primera impresión fue la de encontrarme ante un mozalbete de mediana estatura, semblante tudesco y mirada miope. Juan de Austria tenía la intención de dirigir las operaciones de guerra desde Huéscar y ordenó que se trasladasen allí toda la maquinaria, munición y aprovisionamientos. Se le encargó a Luis de Mármol, que escribiría tiempo después una crónica sobre lo ocurrido durante aquellos tristes años, que llevase la impedimenta a dicha localidad, pero el trabajo resulto dificultoso porque, como el Marqués de Los Vélez se sentía agraviado por habérsele relevado del mando en el asedio de Galera y había alzado el campo cuando supo que Jeromín se encontraba en las inmediaciones, los moriscos habían aprovechado para abrir las acequias e inundar la vega, convirtiéndola en un cenagal.

Poco antes de que llegásemos a Huéscar salió el Marqués a recibir al hermanastro del Rey. Tenía la cara congestionada por la ira y era incapaz de disimular el malestar que sentía. Resultaba un ser grotesco con tanto fajín, banda de colores y plumas ornándole la celada. Estaba tan gordo, que pensé que el caballo que montaba doblaría las patas. Apenas llegamos a su altura, se volvió hacia D. Juan, y, tras despedirse de él y del resto de capitanes, que se vieron forzados a taparse las narices para evitar oler sus adiposos efluvios, se dio la media vuelta y abandonó la villa con la gente de su casa. Aquella descortesía habría supuesto el fin de cualquier otro, pero creo que D. Juan respiró aliviado al verse libre de aquel inepto. Enseguida comenzaron la actividad y los preparativos, y Huéscar se convirtió en el enjambre ensordecedor que yo recordaba de los cuarteles de Granada. Al día siguiente de

nuestra llegada el capitán me reclamó de madrugada porque teníamos que acompañar a Juan de Austria a inspeccionar Galera. Pasamos la mañana circunvalando la población y durante todo ese tiempo el comandante en jefe estuvo observando, moviéndose y discutiendo con los miembros de su estado mayor con una flema pasmosa. Marchaba erguido a lomos de su caballo despreciando el peligro y paraba de vez en cuando para mirar desafiante hacia la población. Yo no hacía más que observar de soslayo mientras me protegía con la rodela del capitán, cuyo acarreo justificaba mi presencia en el séquito, temiendo que en cualquier momento nos saludasen con plomo. El caserío se asentaba a resguardo de una pared rocosa orientada de norte a sur que corría perpendicular al río del mismo nombre. En la parte meridional se alzaban los restos de un antiguo castillo alrededor del cual se había ido extendiendo la villa, en tanto que la zona oriental resultaba inexpugnable merced a los escarpes rocosos. Hacia el norte, atravesando el río, se accedía a Huéscar; siendo el de poniente el lado más accesible con diferencia, ya que se abría en un pequeño llano, aun con la desventaja de tener que enfrentarse nada más ingresar con la mole maciza de la iglesia y su alta torre.

Para cerrar la villa y evitar que los del interior pudiesen recibir ayuda, se levantaron varios campamentos y tres fortines artillados. Uno encarando la salida sur, el segundo protegiendo el valle hacia levante y el tercero y principal dominando el frente. Cerca de este último se estableció el cuartel general del ejército, protegido de la vista de los defensores por un otero; aunque el tercio de D. Pedro de Padilla recibió el encargo de adelantarse hasta una posición cercana a la iglesia para bloquear el paso. A Garduña y a mí nos asignaron a un pelotón que debía levantar a destajo una empalizada. Desde la zanja en la que trabajábamos paleando tierra, se veía una infinidad de casas apiñadas, dispuestas unas sobre otras de tal manera, que no se distinguían los límites entre terrados, pórticos y zaguanes. En muchas partes sólo se apreciaban las puertas con emparrados, porque se trataba de casas cueva, como las que había visto en Guadix o en Purullena, que se adentraban en las entrañas de la tierra. También era posible divisar obstáculos que se habían levantado en las dos calles principales y muros y paredes recrecidos por doquier. Aprovechando mi distracción, mi compañero me tiró una palada de tierra a la cara, dando comienzo así a una batalla en la que acabamos todos mascando tierra entre risas.

A pesar de las precauciones que se habían observado, los hombres de Padilla recibían fuego de escopeta desde el campanario de la iglesia, porque la ubicación no era adecuada. Ello movió a Jeromín a ordenar que se acelerase el traslado desde Huéscar de la artillería que había llegado de Cartagena.

Me encontraba haciendo la segunda guardia nocturna cuando apareció un cuerpo de artilleros arrastrando dos grandes bombardas. Pasaron mucho tiempo asentándolas sobre tierra y paja prensada y calibrando el tiro con cuñas de madera. Poco después llegó mi relevo y volví a mi tienda para dormir; pero no había despuntado el día, cuando, con la sensación de haber cerrado apenas los ojos, me despertó el cañoneo que daba comienzo sobre la iglesia. Los disparos buscaban

demoler la torre, pero se quedaban cortos y acabaron golpeando la parte inferior del templo. Al abrirse una brecha, la gente de Pedro de Padilla, que llevaba tiempo aguantando las descargas de la fusilería, se lanzó al asalto, consiguiendo acabar con los hombres que les hostigaban desde arriba y estableciendo una cabeza de puente excepcional mediante la conexión del campanario con el cuartel avanzado a través de una trinchera cubierta. Al mismo tiempo, al sur de la villa también habían comenzado a cavar trincheras para aproximarse al castillo, pero la posición dominante del enemigo impedía que las obras avanzasen, haciéndose preciso el uso de la artillería para su distracción.

Varios días más tarde se produjo una reunión del estado mayor a la que fue convocado Juan Díaz, mi capitán. Yo me encontraba sacándole brillo a su coraza, cuando regresó de mal humor y soltando juramentos. No estaba de acuerdo con la decisión que se había tomado de asaltar el pueblo desde la posición conseguida en la iglesia, porque sería un fracaso. Según él, ya había visto a los moriscos utilizar la misma estrategia en otros asedios, consistente en hacer creer que la posición que ocupaban era más débil de lo que resultaba en realidad.

Al día siguiente, tras perforar con varios falconetes los muros de tapial de las casas que se encontraban frente a la iglesia y que formaban un primer recinto defensivo, los soldados del tercio de Pedro de Padilla penetraron confiados en las mismas, con el ánimo de desalojar a los que allí resistían e ir empujándoles hacia la zona alta del pueblo; sin embargo, el asalto se convirtió en una trampa, porque tras las frágiles paredes los rebeldes habían creado unas estructuras más sólidas conectadas por galerías, desde las que podían disparar a placer y arrojar piedras a los hombres que entraban. La artillería resultaba inoperante y muchos soldados, acorralados y desorientados en aquel laberinto sombrío y polvoriento, fueron masacrados. Los que fueron hechos prisioneros corrieron peor suerte: los alaridos de los torturados podían oírse desde la posición en la que estábamos.

A la vista del fracaso que supuso la acometida desde la zona baja del pueblo, se optó por hacer una mina en el lado sur para desplomar el roquedo en el que se asentaba el castillo y conseguir así que la infantería pudiese introducirse en la villa. Los soldados destinados en el cuartel de mediodía, apoyados por refuerzos enviados desde otros campamentos, estuvieron trabajando sin descanso en los túneles durante días. Se trataba de una tarea compleja y sin garantía de éxito. En el mejor de los casos, pues a veces la cuestión se complicaba y era necesario picar la roca madre, había que extraer la tierra en espuertas y llevarla a rastras por las trincheras para evitar el tiroteo. A la vez, se hacía preciso entibar las galerías excavadas para que no se desplomasen sobre los trabajadores, con el consiguiente transporte de la madera por las zanjas; y, por último, se tenía que introducir la carga explosiva. Los trabajos de minería estaban a punto de concluir, cuando la lluvia hizo acto de presencia, convirtiendo de súbito el terreno en un barrizal que obligó a interrumpirlos y el conflicto en algo lejano. Los hombres pudieron disfrutar de un

poco de paz, y al cante y al rasgueo de guitarra que salía de las tiendas se sumaba el sonido de las zambras de intramuros y la ocasional oración del almuédano.

Tras el breve paréntesis, la guerra retomó su curso y los sujetos volvieron a reptar por los fosos para rellenar la zapa con barriles de pólvora, estopa, sacos de sal y costales de trigo, cuya detonación debía tirar abajo el bastión y facilitar la irrupción en el interior. Los tres gastadores encargados de prenderle fuego a la mina abandonaron el campamento temprano y sin luz que les delatase, llevando consigo, protegidas de la vista y la humedad, varias mechas encendidas. Antes de salir se tiznaron la cara con carbón, se cubrieron el cuerpo con sacos que desdibujaban su figura y celebraron un curioso ritual que supuse serviría para darles suerte. Uno de ellos, al que llamaban Gocho, porque tenía la costumbre de incluir cerdos en las zapas para que la grasa de los animales favoreciese la combustión, rodó el fruto de una chumbera por el suelo para quitarle las espinas y comenzó a pelarlo, mientras sus compañeros entonaban: —*Dios te guarde jigo chumbo. Con la navaja en la mano te corto corona y culo, y con la boca te espanchurro.* Dicho lo cual, cada uno se comió un trozo de fruta, internándose acto seguido en la oscuridad.

Cuando empezó a amanecer, se nos ordenó a varias compañías avanzar en dirección al castillo, de modo que los de Galera creyesen que daba comienzo un asalto por ese lado y, al acumularse los defensores en lo alto, la explosión hiciese el mayor daño posible. Los moriscos comenzaron a acudir y a disparar desde las casas del espolón sin percatarse de la inminente tragedia. Tras confirmar que los zapadores se encontraban en su posición, un alférez agitó una bandera y los hombres comenzamos a movernos por las trincheras y a disparar con mucha algarabía, pero hurtando el cuerpo a los defensores. En ese momento los tres hombres se internaron por la boca, para reaparecer al cabo de un rato y volver hacia donde estábamos como alma que lleva el diablo.

La violenta explosión sobrevenida voló por los aires parte de la peña y buen número de casas, arrastrando en la caída a todos los que se refugiaban dentro de ellas. Tras el aturdimiento inicial generado por el estruendo, las tropas gritaron de júbilo y se lanzaron a través del amplio corredor caliginoso que se había abierto, trepando y sorteando piedras, maderos y tierra del derrumbe, pensando que sería sencillo arremeter contra el castillo a través de una brecha que se había abierto en sus muros; sin embargo, muchos moriscos acudieron en su defensa y comenzaron a disparar y a arrojar todos los materiales que encontraban contra los asaltantes, haciendo que éstos tuviesen que retroceder, lo que les permitió taponar el portillo. Se intentó un segundo asalto; pero, tras ser frenado de nuevo y viendo el daño que estaba soportando la vanguardia, se tocó retirada en aquella jornada aciaga que se saldó con unas doscientas bajas, entre muertos y heridos.

De entre los diversos trabajos que se me encomendaron, uno de los más ingratos fue el de recuperar los cadáveres de los soldados caídos. Por uno de esos acuerdos tácitos que se suelen observar en la guerra, ambos bandos fueron retirando las

víctimas del campo sin incordiar al contrario. Por parte de los sublevados, no sé si por desconfianza o por la escasez de hombres, veía a muchas mujeres llevándose a sus muertos mientras nosotros sudábamos la gota gorda arrastrando los cuerpos de nuestros camaradas a través de una tierra de color carmesí y zanjas que rezumaban sangre. En el camino que recorría la linde del campamento esperaban rodales improvisados sobre los que amontonábamos los cuerpos antes de trasladarlos a un secarral que había en el camino de Orce para darles sepultura. A pesar de lavarme a conciencia, el olor a sangre y muerte perduró en mis manos durante todo el tiempo que duró la campaña.

La primera mina no había tenido el éxito esperado; pero, dado que su confección conllevaba menos daño que exponer a las tropas con asaltos insensatos, D. Juan de Austria ordenó que se iniciasen otras dos para proseguir con el cometido de la preliminar. Las esperanzas del ejército se depositaron en el capitán de artillería y sus hombres: ingenieros, zapadores, soldados… y todos arrimaron el hombro para conseguirlo. Hubo algún que otro sobresalto, como la salida que protagonizó una noche una partida de moros para obstaculizar las obras; pero el alto precio en hombres que tuvieron que pagar les debió de quitar las ganas de realizar nuevas incursiones. Tampoco trabajaron en hacer contraminas, quizás por la dificultad que entrañaba taladrar el roquedo en vertical, o porque les parecía impensable que se pudiese demoler la recia peña.

La despensa que Garduña y yo nos habíamos ido procurando menguaba sin cesar, y como las raciones de cocina también mermaban, se hacía necesario tirar de ingenio para no pasarnos el día, como decía mi compañero, con el molino picao; o sea, con el estómago vacío y pasando gazuza.

Todas las viandas existentes en muchas millas a la redonda habían sido consumidas por el ejército y dependíamos para nuestro sustento de los bastimentos que llegaban desde Baza y Huéscar. La rapacidad del cuerpo de intendencia había llegado a tal extremo, que, a pesar de los decretos y ordenanzas reales, había localidades en las que los habitantes habían escondido víveres y animales en las serranías cercanas a las mismas. Se contaba el caso de una patrulla de guardia que, siguiendo a un joven sospechoso, encontró un escondrijo en el que hallaron costales de harina, tocino y orzas llenas de lomos en aceite. Más de una vez soñé con que formaba parte de la mencionada patrulla.

Escudriñando vega abajo en busca de algo comestible, topé con unas matas de pimientos que habían crecido espontáneamente en un terreno resguardado cercano a las junqueras del arroyo. Para mi sorpresa, por la época del año en la que nos encontrábamos, todavía colgaban algunos frutos, aunque faltaban bastantes y pensé que alguien se me había adelantado. Sin reparar en las consecuencias, cogí uno, mordí la punta y comprendí la razón de que aún estuviesen allí. La boca entera se me durmió, picaba a rabiar, y, como además me había frotado los ojos después de haberlos tocado, no paraba de lagrimear. El escozor me hizo sumergir la cabeza en

el agua del riachuelo. Me senté en un pedrusco esperando que desaparecieran las funestas secuelas y fue entonces cuando me di cuenta de unas pequeñas marcas. Se trataba de huellas de pezuñas que desaparecían entre los arbustos. Ningún hombre se había comido los malditos pimientos, habían sido los jabalíes. Además, se podía ver claramente la dirección que habían tomado los cochinos por los surcos que iban dejando al hozar la tierra. Me encaminé hacia el campamento dándole vueltas al asunto y se me ocurrió una idea. En la tienda del capitán había visto varias botellas de ojén que les habían requisado a unos soldados durante una borrachera, y como la guardia estaba acostumbrada a verme entrar y salir de allí habitualmente, me resultó fácil hacerme con un par de ellas. El siguiente paso me llevó algo más de tiempo, porque pasé media tarde hasta que encontré una caña suficientemente fina cuyo extremo corté en bisel. Sabía por experiencia que los marranos salvajes se mostraban más activos a la caída de la tarde y que era probable que retornasen al lugar para alimentarse; así que, poco antes de la puesta del sol, volví al lugar y fui rellenando los pimientos con el alcohol. Para ello, taladraba los pimientos con la caña por la parte superior y, tras tomar un trago de la botella, expelía el líquido a través de la tubería que había preparado. Aprendí que es necesario hacer dos agujeros en cada hortaliza, porque, de lo contrario, ni el aire del interior puede salir, ni el fluido entrar. Cuando regresé al campamento me encontré con Garduña y le dije que esperaba poder darle una sorpresa al día siguiente. Me miró extrañado y acercando su nariz a mi cara, me preguntó si había bebido. Después de todo el tiempo que había pasado llenándome la boca de aguardiente, mi aliento debía de olerse a una legua. Sí y no, le dije entre risas. Quedé con él bien temprano, advirtiéndole que necesitaríamos dos cuchillos y una parihuela, y me fui a dormir agotado. Al día siguiente mi camarada amaneció igual de receloso y no paraba de preguntarme mientras arrastraba la camilla. Yo me reía y le hacía gestos con las manos para indicarle que tuviese calma. Al cabo de una media hora llegamos al paraje y para su sorpresa, y la mía, encontramos dos cochinos adultos y varios rayones tirados por el suelo, indefensos y resoplando, con una cogorza monumental provocada por la ingesta de pimientos henchidos de anís. Dejamos vivir a la hembra y a los jabatos, y acuchillamos al macho. Tras destriparlo y limpiarlo allí mismo, acoplamos la res sobre la improvisada angarilla y ensartamos la cabeza como trofeo en una vara vertical que le añadimos. Nuestra llegada al cuartel causó un revuelo tremendo y todo el mundo nos felicitaba, esperando que les invitásemos a probar un bocado.

Un brumoso día de febrero se ordenó asalto general. Todos los hombres ocupamos nuestros puestos y al toque de marcha ejecutado por cajas y pífanos, echamos a andar hacia la línea de trincheras y empalizadas, mientras las baterías comenzaban a escupir fuego. Yo iba junto al capitán embrazando el pequeño escudo con el que debía cubrirle, un trasto que resultaba inútil salvo cuando permanecíamos inmóviles, pues resultaba complicado no separarse de él cuando nos desplazábamos. Un cañón reventó a nuestras espaldas y con el estruendo llegó un trozo de hierro humeante que estuvo a punto de impactar contra nosotros. Al volver la vista, contemplé un charco de sangre sobre el que se dibujaban dos bultos informes a cuyos pies yacía una sola pierna tirada por el suelo. Las bombardas de los otros flancos hacían su

trabajo, pero las que se encontraban detrás de nosotros se quedaban cortas, llenando el campo de hoyos. Por su parte, los artilleros que manejaban las culebrinas intentaban hacer blanco en un lienzo del castillo sobre el que el enemigo había clavado la cabeza de León de Robles, un capitán cristiano capturado durante el fracasado cerco del Marqués de Los Vélez. A mi derecha un sota se puso en pie y comenzó a mover una bandera e imaginé que estaría haciéndoles señales a Gocho y sus hombres. Por desgracia para el abanderado, un disparo le acertó en la cabeza matándolo en el acto; pero los zapadores se apercibieron de la indicación y prendieron fuego a las minas. La primera produjo un estrépito monumental, volando parte del roquedo con sus casas; sin embargo, el destrozo de la segunda superó con creces a todas las anteriores, provocando un terremoto cuya vibración notamos bajo los pies. Los defensores abandonaron la zona alta tras la primera explosión y no regresaron, porque no sabían cuántas voladuras más se producirían. Cuando los hombres vieron a un soldado de reconocimiento subir sin daño hasta la fortaleza y agitar una bandera roja capturada al enemigo, el griterío y la locura se adueñaron de todos y nos lanzamos al unísono hacia la población.

Me faltaba el resuello cuando penetré por la brecha del castillo entre un alud de morriones y coseletes y el repiqueteo que producían las escarcelas al golpear contra el metal de las armas. El capitán Díaz ordenó que se fuese empujando al grueso de moriscos armados hacia una placeta que se encontraba en la parte baja, donde se concentraron de tal modo, que fueron batidos a quemarropa por la artillería y los hombres de Pedro de Padilla que les estaban esperando. Al principio los soldados mantuvieron el orden y seguían a sargentos y cabos, pero conforme fue transcurriendo la acometida, se fueron creando grupos dispares que tiraban las puertas de las casas en busca de gente que degollar y objetos para saquear, transformando el combate en una orgía de sangre. Se podía contemplar un hormiguero de hombres plateados circulando por los terrados, subiendo por escalas, horadando los techos de launa y caña a golpes y arcabuceando sin parar. El pueblo se convirtió en una abominación bermeja atestada de muertos.

Me ordenaron acompañar al cabo Rossi y a un puñado de hombres para registrar unas casas del barrio bajo. Me temblaba el brazo izquierdo de sujetar la rodela, pero decidí seguir llevándola y empuñar mi daga con la mano derecha, que era lo mejor en espacios estrechos y cerrados. Ingresamos en un zaguán oscuro y el cabo me hizo un ademán con la cabeza para indicarme por donde quería comenzar. Nos movíamos con cautela a través de las estancias, temiendo que alguien se nos echase encima al menor descuido, pero no había nadie y la casa exhalaba una serenidad interrumpida sólo por el sonido del exterior. Al final de una crujía llegamos a una sala grande bañada por la luz de un patio interior y encontramos una menorá sobre una mesa y gran cantidad de libros en una pared cubierta de anaqueles. Para mi acompañante aquello carecía de interés, ya que no había nada que mereciese la pena robar; pero yo estaba maravillado, porque en comparación con la biblioteca que tenía delante, la colección de Mateo resultaba insignificante. Cogí un libro encuadernado en azul con letras doradas en el lomo, pero antes de abrirlo, Rossi me hizo un gesto, juntando

los dedos de la mano hacia arriba y moviéndola en vertical, que venía a significar: *Déjate de estupideces, que no podemos perder el tiempo*, y salió de la habitación. Iba a devolver el libro a su estantería, cuando oí un ligero siseo que procedía de la pared del fondo. Dejé el broquel sobre la mesa sin hacer ruido y me acerqué despacio al muro. Noté que había unas marcas curvas en el suelo que se habían producido al arrastrar un facistol contra la pared y me sorprendió la facilidad con la que cedía al atraerlo hacia mí. Al tirar de él, fue girando sobre un eje lateral y un panel de madera adosado al atril se fue desprendiendo del revestimiento que cubría la pared, dejando progresivamente al descubierto una oquedad. Estaba tenso, el corazón me latía con fuerza y me dolía la mano de apretar la daga. Frente a mí aparecieron cinco pares de ojos atemorizados, una familia compuesta, según supuse, por los padres y sus tres hijas. Nadie hacía el menor ruido y el hombre me miraba suplicante mientras se retorcía las manos y tragaba saliva. Levanté una mano y me guardé la daga en la parte posterior del cinto para que entendiese que no tenía intención de hacerles daño. Después me llevé un dedo a la boca, indicándoles que guardasen silencio y volví a empujar el atril contra la pared para que permaneciesen ocultos. Poco antes de que el hueco desapareciese tras el ingenioso trabajo de ebanistería, pude ver la mirada de agradecimiento en los ojos del padre. Cuando salí de la habitación, tropecé con el cabo. Venía maldiciendo porque no había encontrado nada de valor en el piso superior y me recriminó por perder el tiempo con lecturas, en lugar de ayudarle a registrar la casa. Una vez fuera, el aire y el sol me ayudaron a salir del estado de aturdimiento en el que me encontraba. Me sentía feliz y después de echarle un último vistazo al humilde portal, me despedí mentalmente de sus inquilinos deseándoles buena suerte.

No hubo ningún honor en la catarsis que se desencadenó tras la conquista de Galera. Se asesinó a casi todos los habitantes, ya fuesen hombres, mujeres, ancianos o niños. Los pocos que sobrevivieron, algunas jóvenes y niños menores de doce años, fueron encadenados y arrastrados para ser vendidos como esclavos. El ejército se incautó de gran cantidad de trigo y cebada, y se obtuvo un cuantioso botín compuesto por oro, joyas y productos lujosos, que acabó, en su inmensa mayoría, en los bolsillos de los oficiales; es decir, de aquellos que menos lo necesitaban.

Cuando llegó la noche se permitió que los hombres se relajasen y organizasen timbas para compensarles por la costosa victoria. Por aquí y por allá se podían ver las luces de los garitos improvisados y las risas de hombres ebrios. De uno de aquellos antros salían unos berridos en italiano, y al acercarme, vislumbré la figura del cabo Rossi junto a unos tipos rubicundos con aspecto de mercenarios valones. Estos le señalaban y se quejaban de que les había hecho trampas; pero el napolitano juraba por todas las madonnas que conocía que había ganado limpiamente. La discusión fue en aumento y, mientras los valones le insultaban llamándole *porc italien*, Rossi soltaba toda suerte de blasfemias indescifrables. Después de un rato de bravatas, el italiano los invitó a un trago de orujo para hacer las paces y los valones parecieron considerarlo. Con cierto punto de rencor y para no ponérselo excesivamente fácil, comenzaron a pavonearse de la elevada graduación de las bebidas alcohólicas que

se tomaban en su país y retaron a Rossi a beber. Éste, más ladino que la madre que lo parió, les dijo que no creía que fuesen capaces de aguantar la cazalla que se consumía en su país. Los dos rubiales se mostraron muy ofendidos, porque aquello suponía poner en entredicho su hombría y le replicaron que beberían lo mismo que se tomase él; así que Rossi llenó varios vasos de aguardiente y puso en un plato un puñado de pimientos verdes a modo de aperitivo, indicándoles que así era como se tomaba en su tierra. Rossi tomó uno, lo masticó y a continuación se echó el aguardiente al coleto. Los valones no daban crédito. ¿Eso era todo? Cada uno agarró un pimiento, se lo tragaron y se soplaron el ojén sin parpadear. De repente se pusieron más colorados que si hubiesen pasado un día entero con el rostro expuesto hacia el sol y echaron a correr en dirección al río. El resto de los presentes miró al ganador de aquel insólito duelo en busca de una explicación. Rossi, muerto de risa y con mucha sorna, les comentó que él sí se había comido un pimiento; pero que lo que se habían tragado los dos verderones eran parte de las guindillas rabiosas que yo había recogido varios días antes junto al río.

Cuando partimos de allí por el camino de Huéscar, se podía ver un pueblo de casas negras calcinadas y calles blancas cubiertas de sal que me recordaban el tablero de ajedrez de Gurrupina.

Las noticias que llegaban sobre Serón resultaban preocupantes; así que, para evitar un episodio como el vivido en Galera, se decidió intervenir lo antes posible, convirtiéndose aquel en el siguiente objetivo de la campaña. El tercio estaba a medio camino del pueblo cuando D. Juan Díaz comenzó a sentirse febril. Durante el sitio de Galera había recibido un disparo en el hombro. La bala no se había alojado en el interior y a simple vista se trataba de una herida limpia; sin embargo, y a pesar del cuidado que había puesto el sacapotras en su desinfección y sutura, tenía un aspecto feo y hubo que sajar para prevenir que se gangrenara.

Una de las cosas más enigmáticas de esta vida es la costumbre que tiene de hacer coincidir las desgracias; aunque visto desde el presente, nunca sabremos si lo ocurrido supuso un golpe de suerte para nosotros. Juan Díaz se encontraba convaleciente en el catre, recién intervenido, cuando ingresó en la carpa Lope de Figueroa con el gesto descompuesto. Yo me apresuré a acercarle una silla al maestre de campo y, tras tomar asiento, le comunicó al capitán que acababa de llegar un correo con la noticia de que su padre había fallecido. Sentí pena por el venerable anciano y no pude evitar pensar en lo desagradable que resultaría oír la estridente voz de su mujer en tono plañidero. D. Lope le dio el pésame y le informó de que tenía permiso para asistir a los funerales. Después, levantándose y cogiendo al capitán por el hombro sano, se despidió de él diciendo: —*Juan, no quiero verte de vuelta hasta que la herida esté bien del todo*. Las circunstancias descritas y la convalecencia a que se vio sometido el capitán significaron el fin de la guerra de la Alpujarra para nosotros; una guerra que se prolongaría todavía un año más, hasta la primavera de 1571, y que culminaría con la expulsión de todos los moriscos del Reino de Granada.

La distancia más corta entre dos puntos casi nunca suele ser la línea recta, y, en efecto, eso fue lo que ocurrió con el retorno a Guadix. El Capitán pensó que tardaríamos más si nos dirigíamos a Baza y bordeábamos la serranía, que si cogíamos el camino de Gérgal. Sus cálculos habrían sido acertados de no ser por un pequeño detalle: para llegar al camino de Almería había que atravesar primero la Sierra de los Filabres. El día amaneció con un cielo panzaburra y a eso de media mañana, cuando ya llevábamos recorrido un buen trecho, comenzó a oscurecer y los primeros relámpagos iluminaron nuestro camino. La lluvia, que había comenzado suavemente, se transformó en pedrisco y tuvimos que soportar la granizada extendiendo las mantas sobre nuestras cabezas y las de las monturas. Por fortuna encontramos un pequeño abrigo bajo unas peñas donde permanecimos el resto de la jornada, porque la tormenta no nos dio tregua. El día siguiente amaneció con niebla. Juan Díaz tenía el hombro hinchado y lo más sensato habría sido darle descanso; pero, como no estaba dispuesto a reconocer que había cometido un error con la elección del camino y deseaba llegar cuanto antes, iniciamos la marcha. Después de pasar horas subiendo y bajando por aquel pedregal infinito, acabamos desorientados y vagando sin rumbo. El silencio sobrecogía y la aparente falta de vida sólo se veía compensada por el intenso olor que desprendían el tomillo y la jara. Lo único bueno del yermo trayecto era que, por no haber, no había ni bandidos. Hicimos noche entre los restos de una majada, donde pudimos encender un fuego y secar las ropas ahítas de humedad. A la mañana siguiente no había ni rastro de la bruma y el cielo estaba raso. Con las primeras luces intenté encontrar el Calar Alto, el punto que servía de referencia; pero no lo encontré y después de un rato comprendí que estábamos cruzando transversalmente el sistema montañoso y que nos encontrábamos en la cara sur, más cerca del llano de lo que pensábamos.

De pronto los primeros rayos de sol nos acariciaron la piel y a mí me entró una risa floja que hizo que Juan Díaz me mirase como si yo hubiese perdido el juicio. La vastedad del llano se extendía bajo nosotros y justo enfrente, hacia el sur, se podía ver El Chullo, el pico a cuyos pies duerme Dólar.

> —*Capitán* — le dije—, *aquella cumbre que parece un cono de merengue se encuentra encima del pueblo donde nací. Conozco este territorio como la palma de mi mano. Debemos estar a unas siete u ocho leguas al este de Guadix.*

A Juan Díaz se le iluminó el rostro y yo sentí como si me quitasen un enorme peso de encima; pero el descenso se tornó difícil, porque el terreno nos obligaba a meter los caballos por canchales empinados unas veces y otras por zonas cubiertas de maleza que les herían el pecho a las bestias. En un recodo del camino el caballo del capitán Díaz se encabritó y estuvo a punto de tirar al jinete al suelo. Tras examinar al animal, se percibía con claridad una mordedura de serpiente en la mano derecha. En seguida se le empezó a hinchar la pata delantera y el color de la piel se tornó oscuro. El pobre animal sufría, se paraba, movía la cabeza. El camino se hizo muy penoso hasta que

llegamos a la Rambla del Agua, una pequeña alquería habitada por pastores que yo había visitado con mi padre en alguna ocasión.

Aquellas gentes nos brindaron su hospitalidad y pusieron a nuestra disposición los escasos medios de que disponían. Siempre he pensado que debe de existir una relación inversamente proporcional entre la riqueza y la generosidad, porque cuanto más opulenta es una persona, más egoísta resulta. No he conocido a ningún rico que mostrase una humanidad semejante a la de los humildes, a la de aquellos que subsisten a duras penas y para quienes la solidaridad se convierte en una costumbre imprescindible.

Las primeras en vernos fueron unas mujeres vestidas con jaiques negros que andaban quemando las zarzas de los balates. Se sobresaltaron al percatarse de nuestra presencia y se alejaron a una distancia prudente para observarnos mejor, pero nuestro pésimo aspecto no resultaba amedrentador en absoluto. Tan sólo éramos dos personas con pinta de forasteros perdidos y agotados. El capitán iba montado en mi caballo, con el cuerpo reclinado sobre el cuello del animal y aspecto enfermizo, y yo caminaba llevando su penco del ronzal. Al llegar a la plazuela, tres hombres se acercaron a nosotros. Sin intercambiar palabra, dos de ellos ayudaron al capitán a desmontar del caballo y lo introdujeron en una de las casas, mientras el tercero se agachó y comenzó a examinar la pata del caballo herido. En ese momento alguien me tocó el hombro y al girarme reconocí al Tío Genserico, un hombre mayor que ejercía de patriarca en la aldea y con el que mi padre acostumbraba a intercambiar grano por cabras u ovejas. Me saludó y me preguntó por mi familia, extrañado de no habernos visto en tanto tiempo. Le conté lo más resumidamente posible que pude lo ocurrido durante el último año y su rostro se entristeció, mostrando su pesar.

El hombre que se había acercado al caballo desapareció y volvió al cabo de un rato con una frasca que contenía una víbora en su interior. Mientras yo observaba cómo le aplicaba el ungüento al animal, volví a escuchar la voz del Tío Genserico.

> *—El día está en to su golfo y debes de andar desmallao —dijo—. Pasa anca Indalecio y toma algo de precudio. Y pierde cuidao, que Juan de Dios tiene que salir esta tarde pa Guadix a comprar lienzo moreno y dará aviso a la familia de tu señor pa que no tengan regomello.*

Se lo agradecí y me dirigí hacia un galpón que hacía las veces de cocina y comedor para los cabreros. A la entrada había dos muchachas recostadas en la pared. Una retiraba la farfolla de las mazorcas y la otra hacía gurullos que arrojaba en un panero. Conforme me acercaba, se miraron y empezaron a reírse por lo bajini arrebujándose con sus mantones. La más descarada me sonrió con sus ojos haciendo que me sonrojase y acabase como la grana. No había entrado aún, cuando salió a mi encuentro La Dulce limpiándose las manos en el mandil y abrazándome sin parar. Dulcenombre de María era la mujer de Farrago, un pariente de mis padres que se

metió a pastor cuando se enamoró de la ramblera. La amistad entre mis progenitores y la pareja fue creciendo con el tiempo. De vez en cuando se reunían y se visitaban siempre por las fiestas. En más de una ocasión nos habían ayudado a recoger la cosecha y recuerdo el año que acompañé a mi padre hasta La Rambla con un carro repleto de cereal, porque una enfermedad había matado a casi todo el ganado y allí sólo disponían de calabazas para comer.

Con el hambre que tenía, el guiso de trigo pelao y el atascaburras me supieron a gloria; aunque habría disfrutado más de la comida si no hubiese tenido que referir mis peripecias a La Dulce, que, a pesar de conocer más o menos lo que había pasado, no paraba de llorar y de nombrar a mis padres. Tenía una cara parecida a la de las imágenes que había visto de la Virgen y me vino a la memoria la broma que le gastaba mi padre cuando le decía que no parecía una pastora, sino una huenijera, con aquella piel tan blanca. A las mujeres de la comarca se les atribuían, dependiendo de la localidad, unas cualidades que no eran más que tópicos; así las ferrileras, de la vecina Ferreira, eran un poco casquivanas, mientras que las dolorías tiraban a machorras. Por otra parte, las mujeres de La Rambla, en su mayor parte pastoras, solían tener una tez percudida y atezada, que contrastaba con la de las muchachas de Huéneja, para quienes la piel blanca era un signo de belleza e iban siempre tapadas y hurtándole el cuerpo al sol. La Dulce me obsequió con unas talvinas hechas con miel de caña y salí a la calle para comérmelas con la esperanza de cruzarme de nuevo con las chicas, pero ya no se encontraban junto al quicio.

Fui a ver al capitán y el Tío Genserico me indicó que estaba durmiendo. Había empezado a delirar y le habían suministrado adormidera para que estuviese tranquilo. En cuanto a la úlcera, la habían abierto para extraer el pus y la habían lavado con vino. Ahora tocaba esperar a que el emplasto de cantueso y zahareña realizase su función y, si todo iba bien y desaparecía la infección, le aplicarían tela de araña sobre la herida para ayudar a que cicatrizase. Juan Díaz se encontraba, sin duda alguna, en manos de dios.

Para pasar el tiempo empecé a recorrer los campos cercanos, pero el erial ofrecía poca distracción aparte de alguna conversación ocasional o el fisgoneo del ordeño de los animales. Me sentí interesado por el funcionamiento de un telar que habían montado en unos corrales abandonados. Hasta ese momento sólo elaboraban su ropa, pero una tal Frasquita tuvo la idea de ampliar la instalación para producir tejidos con los que mercadear. Resulta singular que casi todas las ideas las tengan las mujeres. Es posible que ello se deba a que están acostumbradas a observar el mundo; mientras que los hombres, arrogantes y más pendientes de disputas, solemos ignorar cuanto acontece en el mismo. Si se depende en exclusiva del ganado, puede ocurrir que, ante cualquier eventualidad, como una peste o una epidemia, el hambre haga acto de presencia; sin embargo, si se desarrollan otras actividades, siempre hay más oportunidades de sobrevivir. Con el escaso dinero que juntaron entre todos, compraron tela e hilo para confeccionar lenzuelos, toallas,

alcatifas y otras prendas bastas que después vendía Juan de Dios, ahora convertido en buhonero, por toda la comarca.

Pasaron algunos días sin que se produjesen novedades, pero una mañana varias manchas se recortaron en la lejanía. Poco a poco sus perfiles se fueron haciendo más nítidos y pude distinguir las figuras de tres hombres a caballo. Se encontraban todavía lejos, pero enseguida identifiqué a Mateo como uno de los integrantes. Al llegar a mi altura, mi amigo se bajó del caballo y me abrazó efusivamente. A continuación tuvieron lugar los saludos y presentaciones de rigor y fuimos hasta la estancia en la que se encontraba Juan Díaz. A Mateo le acompañaba su hermano Marcos, un hombre de tupida barba, mirada penetrante y poco amigo de las palabras, más un sirviente que yo recordaba haber visto en casa de sus padres. Se sintieron aliviados tras comprobar los cuidados que estaba recibiendo su hermano y les agradecieron a los asistentes el auxilio que le estaban prestando. Por lo que me dijo Mateo durante el almuerzo al que fueron invitados antes de partir, al conocer la noticia del paradero del hermano, la intención de su familia en un principio había sido la de llevarse cuanto antes al capitán a Guadix; pero, tras haber visto las atenciones de que era objeto, habían decidido hacer caso al Tío Genserico y dejar a Juan Díaz allí el tiempo preciso para que sanara la herida y pudiese montar a caballo. Los huéspedes se despidieron de todo el mundo antes de irse y Marcos le rogó al anciano y cabeza de aquella comunidad que aceptase una faltriquera con dinero y, volviéndose hacia el resto, declaró que las puertas de su casa siempre estarían abiertas para ellos.

Diez días después de aquella visita, el Capitán y yo entramos en Guadix por la puerta de San Torcuato y nos dirigimos a la hacienda de su familia, donde fui acogido como huésped de honor.

Tras el tiempo transcurrido en el frente, la vuelta a Guadix supuso un periodo de serenidad, de días primaverales llenos de colores y fragancias, ensombrecidos tan sólo por algún que otro episodio protagonizado por la matriarca. La muerte de su esposo la había trastornado y actuaba de manera irracional. En algunas ocasiones reía histérica, en otras te estrechaba llamándote hijo y te besaba clavándote unos pelos duros como cerdas que le salían de la barbilla; aunque las más de las veces se tiraba al suelo y lloraba desconsoladamente. Un día hubo que llamar al físico, porque le sobrevino un ataque de alferecía y, tras sufrir convulsiones, acabó perdiendo el conocimiento.

Juan Díaz mejoraba a ojos vistas y era objeto de cuidados y mimos por parte de todos los criados de la casa, especialmente de su ama de cría, que le quería como si fuese su propio hijo. Juntos disfrutábamos de las rutinas diarias. Por la mañana, con la fresca, practicábamos esgrima. El capitán me adiestraba en el manejo de la espada y de paso fortalecía su hombro con el ejercicio. Si se terciaba, salíamos a cazar; si no, paseábamos por la ciudad o visitábamos la catedral para conocer el progreso de las obras. Le contentaba recibir y visitar a parientes y amigos. Un día le escuche lamentarse por no poder ver a su hermana. La primera vez que lo mencionó creí haber entendido mal. ¿Hermana? Nunca había oído hablar sobre ella a ningún miembro familiar; pero poco tiempo después, precisamente durante uno de nuestros paseos, vi por primera vez a su hermana Inés. Estábamos observando el trabajo que realizaban los canteros en la catedral, cuando percibí la mirada petrificada que Juan Díaz dirigía a una dama que había descendido de una litera y se dirigía al templo para escuchar misa. Iba acompañada de una dueña vestida de riguroso negro además de dos guardias que permanecieron en la puerta. El capitán pareció darse cuenta de los interrogantes que circulaban por mi cabeza y, antes de que yo pudiese preguntarle, echó a andar en dirección a la alcazaba y me fue contando la historia que yo llevaba tiempo queriendo conocer.

El difunto D. Juan, el padre del capitán, a quien el señor acoja en su seno, acordó el matrimonio de Inés con D. Alonso Dávalos Venegas, un rico terrateniente de la ciudad que, según me enteré más tarde por boca de un criado, llevaba décadas haciéndose cargo de las deudas que arrastraba el finado y que puso como condición para saldar las cuentas la concesión de la mano de la joven. La filiación de D. Alonso había estado siempre envuelta en el misterio y conocí a más de uno que aseguraba que era hijo del mismísimo obispo. Fuera por el motivo que fuese, ya se tratase de un capricho o de la búsqueda de mayor reconocimiento social, se desposó con una muchacha de dieciséis años cuando frisaba la cuarentena. Parece ser que poco después de contraer matrimonio, las relaciones familiares se deterioraron como consecuencia de una discusión acalorada en la que la familia política le había mostrado su menosprecio al yerno, y éste, humillado por la afrenta, le había prohibido a su esposa que tuviese trato con sus padres y hermanos.

La historia acrecentó mi curiosidad y estuve dándole vueltas al asunto largamente. Se me ocurrió que, si podía hacer que se comunicase con su hermana, le prestaría

un gran servicio al capitán; así que, ni corto ni perezoso y previendo que Inés asistiría a los oficios matinales, el domingo acudí a misa. Necesitaba conocer su modo de actuar, dónde se sentaba, si su acompañante le permitía estar a solas… Elegí un banco lateral en la parte posterior desde el que poder observar sin llamar la atención y esperé. El tiempo transcurría y el sopor hacía presa en mí. Alguna santurrona pasaba cerca husmeando y unos monaguillos me recordaron los tiempos en los que yo ayudaba al padre Anselmo con los servicios. Justo cuando iba a abandonar el templo y a dejar mi tentativa para mejor ocasión, apareció Inés seguida por la corneja de la criada. Caminaba muy erguida y digna a lo largo de pasillo central, sin mirar a nadie, y se acomodó en uno de los sitiales delanteros destinados a los notables, cerca del coro, tras colocar un cojín sobre el mismo. El aya, por su parte, tomó asiento unos bancos por detrás y adoptó una actitud de recogimiento. La gente se fue congregando para la ceremonia de las doce y cuando finalizó, Inés salió en último lugar. Yo permanecí sentado en mi banco esperando para divisar su rostro, pues la primera vez que la había visto me encontraba lejos y sólo la contemplé de espaldas. Al pasar junto a mí, alzó la vista y me miró de manera inquisitiva. Sus enormes ojos verdes me hipnotizaron de inmediato y sentí una especie de latigazo interno que me impidió articular movimiento alguno hasta que bastante tiempo después se me acercó un sacristán para preguntarme si me encontraba bien. A partir de aquel día en mi cabeza no hubo espacio para otra cosa que no fuese Inés. Si en un primer momento había actuado con la pretensión de hacerle un favor al capitán, desde aquel domingo el único interés que me movía a encontrarme con ella obedecía al deseo que sentía por verla de nuevo.

D. Juan se daba cuenta de que yo andaba constantemente distraído, ya fuese practicando con las armas, durante los paseos o al mantener cualquier conversación. El domingo siguiente al del primer encuentro con Inés, le pedí al capitán que me excusara de acompañarle en su paseo matinal, aduciendo que tenía que acudir a misa. Él no pareció darle mayor importancia y en tono de mofa me reconvino por estar volviéndome muy beato. Ese día no hubo suerte e Inés no apareció. Por la tarde el capitán me pidió que le acompañase. Deambulábamos de acá para allá y cuando me quise dar cuenta nos hallábamos en el barrio de la Judería, donde se ubicaban las mancebías a las que acudían los hombres al atardecer.

> —*Luis* —me dijo—, *he estado dándole vueltas al asunto y me parece que lo que te hace falta es estrenarte con una mujer; así que te voy a llevar con una que es de mi entera confianza*.

Entramos en una tasca sórdida y cochambrosa sin nombre y con las mesas dispuestas en la penumbra. El tabernero se acercó con celeridad esgrimiendo una amplia sonrisa, y, tras saludar cordialmente al capitán, depositó una jarra de vino y dos vasos sobre la mesa y desapareció. Resultaba evidente que D. Juan había frecuentado el garito en ocasiones anteriores. El capitán estaba escanciando el vino cuando una mujer morena se acercó contoneándose y se sentó sobre sus piernas. No paraba de prodigarle caricias fingidas y de estrecharse contra él. Entonces, Juan Díaz le

cuchicheó algo al oído y ella me miró divertida. Se levantó hacia mí y estiró el brazo para que le diese la mano. A continuación me llevó hacia un pasillo oscuro que se adivinaba en la parte posterior. A ambos lados de la crujía se abrían habitaciones separadas por cortinas cuyas rendijas dejaban escapar la tenue luz de velas. Se escuchaban gemidos apagados y risas. A mitad de pasillo se paró, descorrió el cortinaje y me invitó a pasar. Se acercó a mí lentamente y me empujó hasta que quedé sentado en la cama. Después deshizo el lazo de su blusa y atrajo mi cabeza contra sus pechos. A esas alturas yo estaba tan excitado, que la tumbé sobre la cama y la penetré bruscamente, experimentando una ola de placer que embargó mis sentidos y me hizo eyacular de manera instantánea. Permanecí un rato indefinido tendido sobre ella, oliendo el perfume de canela que desprendía su cuello mientras mi cuerpo tomaba conciencia de sí y comenzaba a obedecerme. De repente experimenté una vergüenza súbita y mil sensaciones se agolparon en mi interior: hastío, tristeza, el sentimiento de que había engañado a Inés... Quise salir lo más rápido posible de allí; pero la mujer me retuvo y me rogó que permaneciese un rato más.

*—Si sales tan rápido —*comentó*—, D. Juan va a pensar que no ha pasado nada y se negará a pagarme.*

Me mostré conforme y caí en la cuenta de que ni siquiera había tenido la delicadeza de preguntarle su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Zoraida. Bueno, ese no es mi verdadero nombre, lo que ocurre es que aquí tenemos prohibido usar ningún nombre cristiano.

—¿Y cómo …? Perdona si…

—¿Que cómo acabé aquí? Pues tiene corta explicación. Mi marido, o por mejor decir, el hombre con el que me amancebé, no tenía oficio ni beneficio y se hizo soldado; con tan mala pata, que le mataron en San Quintín, la primera batalla en la que participó. ¡Qué ya es mala suerte, con lo bien que le pintó al Rey, según dicen! Después de aquello, sin casa, sin trabajo, sin soldada ni pensión; pues los soldados sólo poseen valor mientras tienen sangre que derramar, digamos que la vida me empujó hasta este rincón.

Después de un corto silencio, me preguntó si alguna vez había visto sacar una solitaria. Me quedé perplejo, sin saber qué decir. Me tomó de la mano sonriendo y nos dirigimos a través de un dédalo hasta llegar a una cocina que hacía igualmente las veces de establo. A la luz de un candil una maritornes gruesa sujetaba sobre sus piernas a un crío colocado bocabajo con los calzones bajados, mientras una vieja demacrada hurgaba en el ano del crío con unas pinzas. La moza se giró e interrogó con un gesto a Zoraida sobre mí.

—*Es de confianza* —dijo mi acompañante, haciéndole un gesto como para indicarle que se centrase en lo que estaba haciendo y se desentendiese de mí.

—*¿Estás segura* —dijo la anciana dirigiéndose a la más joven— *de que le has dado suficiente caldo de cadena?*

—*¡Pues claro! Preparé una tisana con la más oxidada y cubierta de cagadas de mosca que encontré en esa viga* —indicó la joven apuntando a un madero— *y le hice tragar al crío tres tazas colmadas.*

—*Pues la muy ladina no asoma. Sólo he podido sacar algunos trozos* —dijo la trotaconventos mirando un balde ensangrentado—*; así que… ya le estás preparando más condumio.*

A la vista de que la intervención médica tendría que posponerse hasta más tarde, optamos por volver a la parte delantera. Mientras atravesábamos un caos de cámaras, galerías y corredores, yo no podía apartar de mi mente la escena dantesca que acababa de presenciar. Encontramos al capitán contento y beodo, con al menos un azumbre de vino entre pecho y espalda.

—*¡Ay, belitre!* —me espetó, guiñándome un ojo—. Después, dirigiéndose a Zoraida le preguntó qué tal me había portado.

—*Podéis estar orgulloso del joven, Capitán* —le contestó mirándome—. *Es un potro fogoso.*

—*Por tu bautizo de guerra, amigo mío* —dijo el capitán, alzando el vaso y echándose hacia atrás con la silla hasta apoyarse tan sólo en las patas traseras.

El impulso le hizo perder el equilibrio y el batacazo fue monumental. En un primer momento pensé que se había roto la crisma, pero el líquido oscuro que fluía por el suelo resultó ser vino y no sangre.

Los domingos por la mañana asistía a misa. Después del primer encuentro con Inés, decidí colocarme en un costado de la catedral, cerca de una de las puertas laterales, desde donde podía verla y permanecer al mismo tiempo fuera del alcance de la criada. Todo se reducía a intercambiar miradas, hasta el día en que, al finalizar la ceremonia, la vi depositar un trozo de papel sobre el asiento al coger la almohadilla para marcharse. Mi corazón empezó a latir con fuerza y después de esperar un tiempo que presumí razonable, me acerqué hasta el asiento y lo recogí. Ansiaba conocer el contenido, pero me contuve hasta alejarme lo suficiente como para evitar la muchedumbre que se agolpaba ante las puertas y que acostumbraba a usar aquel espacio como mentidero al finalizar la eucaristía. No sé por qué imaginé que se trataría de una declaración más o menos amistosa o afable; sin embargo, resultó de lo más lacónico: *¿Quién eres y qué quieres?*

Pasé toda la semana dándole vueltas a la redacción, dudando entre mostrarme cortés sin más y pedirle disculpas por los posibles malentendidos, lo que me convertiría a sus ojos en un mentecato apocado; o hacerle partícipe de mis sentimientos, lo cual constituía una idea descabellada e insensata. Además, había otras cuestiones que resolver. La primera tenía que ver con el tamaño del texto. Debía de ser escueto, pues no podía exceder de una breve esquela que permitiese ser ocultada con facilidad. En segundo lugar, tenía que evitar que Inés pensase que yo era un mandado y que todo aquello lo había tramado su hermano, porque a esas alturas era más que seguro que ya sabía quién era yo; y, por último, había que salvar un inconveniente final: cuándo y cómo colocar la nota. Tras visitar asiduamente el recinto sagrado, pude acercarme al sitial para examinarlo a conciencia cuando no había feligreses alrededor y decidir lo que haría. Pasé mucho tiempo escribiendo y rompiendo notas, y acabé optando a la postre por una contestación ambigua: *Me llamo Luis y sirvo como soldado en el Tercio Viejo de Granada bajo las órdenes de vuestro hermano (aunque imagino que eso ya lo sabéis). Desearía poder contemplar vuestros ojos esmeralda todos los días de mi vida.*

Durante los días que transcurrieron hasta el siguiente encuentro tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. Si hubiese podido, habría empujado las manecillas de aquellos artilugios que servían para medir el tiempo cuya ilustración había visto en un libro de Mateo. Llegó el día y me apresuré a entrar en el templo para dejarle la nota a Inés. Había tan sólo tres almas concentradas ante las velas que habían encendido por sus difuntos y pude actuar con tranquilidad. Sujeté la nota bajo el brazo exterior del acostumbrado banco con hilo negro, de modo que resultase invisible para cualquier persona excepto para quien se sentase en él, y me acomodé en mi lugar habitual a la espera de que llegase. Pude ver como levantaba una ceja cuando me vio, como si hubiese estado dudando hasta ese instante de que yo volviese a aparecer por allí tras el tono intimidante de su misiva y estuviese valorando si era un osado o un loco. Mediada la misa me miró y sonrió, mientras hacía desaparecer con discreción mi escrito entre los pliegues de su ropa. Su gesto me supo a promesa y me sentí transportado al cielo; aunque la respuesta a mi atrevimiento no llegaría hasta el domingo posterior.

Soy una mujer casada (aunque imagino que eso ya lo sabéis). Me gusta contemplar las estrellas.

A partir de ese día, con independencia de la regularidad con la intercambiábamos mensajes los días del señor, adopté la costumbre de dar un paseo después de cenar. Muchas veces acompañaba a D. Juan hasta la Judería para proseguir después mi camino hacia el Barrio de Santiago, donde residía Inés en un caserón de aspecto aristocrático. Había seguido en más de una ocasión a la comitiva cuando volvía de misa y conocía a la perfección cuál era su casa, porque había visto desaparecer su silla de manos numerosas veces tras el portón del patio de acceso. Al llegar a la placeta de Santiago, me dedicaba a pasear con aire distraído por la misma mientras observaba la galería superior de la casa. Había momentos en los que Inés se encontraba rodeada de otras personas, ya fuese la dueña, algún criado o su marido; pero también había otros en los que se encontraba a solas, y que yo aprovechaba para pasar por debajo del mirador a la espera de que ella se asomase. A veces dejaba caer un clavel o una breve nota; pero, sin duda, el mayor regalo fue un pañuelo bordado con sus iniciales que cayó sobre mí como llovido del cielo y que, después de toda una vida, sigue oliendo a ella.

A través del intercambio de misivas dominicales fui conociendo poco a poco el modo de vida y las costumbres del matrimonio, desde las horas a las que acostumbraban a comer hasta detalles más íntimos, como el hecho de que durmiesen en habitaciones separadas. Al principio me sorprendió la noticia, pero después comprendí la razón. Decidí ir tras los pasos de D. Alonso y pude comprobar que solía ausentarse por las noches para acabar irremediablemente, al igual que el capitán, en la Judería. Tras haber satisfecho sus deseos iniciales, debía de haber perdido interés por una mujer que no era más que una niña, y gustaba de encontrarse con busconas que ofrecían todo tipo de servicios.

La parte trasera del palacio de los Dávila poseía un jardín a resguardo de las miradas del exterior que lindaba con las tapias de una zona de huertas. Una noche, tras seguir al marido y cerciorarme de que no volvería hasta bien entrada la madrugada, decidí volver y colarme en la casa por la parte posterior. Estaba nervioso y era consciente de lo arriesgado de mi plan, pero la reciente visión del rostro de Inés me empujaba hacia adelante. Temía que me delatasen los perros; aunque, por fortuna, sólo escuché el ladrido lejano de uno. Recuerdo que sonreí para mis adentros al rememorar la historia de Calixto y Melibea que acababa de leer, esperando que el final se produjese de modo diferente. Aterricé en el jardín tras saltar el muro. Tenía la sensación de haber provocado un estruendo, pero la paz y el silencio extendían su manto alrededor. En el piso noble se podía ver luz en una habitación que salía por el ventanal abierto y que proyectaba su claridad a través de los balaustres del balcón. Imaginé que sería la de Inés, porque sólo alguien que desea leer por la noche enciende velas, y los criados, amén de no saber leer, economizan las suyas y no las queman sin una buena razón. Hacía calor y trepar por el emparrado intentando no

hacer ruido me hizo sudar. Me encaramé al mirador y pude ver a Inés tumbada boca abajo en la cama como si fuese una estatua. Estaba tan absorta que, en cuanto ingresé en la estancia, y antes de poder ponerla sobre aviso, dio un alarido que despertó la casa entera. Inmediatamente se oyeron pasos por la escalera, abrir de puertas, cuchicheos, y la urraca de su aya comenzó a aporrear la puerta.

—Señora, ¿os encontráis bien?

—Sí, Úrsula. Un sueño… no pasa nada.

—¿Queréis que os traiga una tisana?

—No, no hace falta. Tan sólo ha sido una extraña pesadilla —dijo mientras volvía la cara y me miraba a los ojos.

—Está bien. Procurad descansar, señora. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Inés permaneció un rato escuchando tras la puerta y cuando se convenció de que se había restablecido la calma y la quietud, vino a mi encuentro. Por un instante pensé que iba a arañarme y a echarme de allí con cajas destempladas, pero se abrazó a mí, me beso en los labios y apagó las velas. Mi honor de caballero me impide describir con mayor detalle lo que ocurrió. Tan sólo diré que, a diferencia de lo acontecido con Zoraida, hicimos el amor de forma lenta, larga y dulce; y que el amanecer nos sorprendió entre caricias y abrazos.

Era feliz, más dichoso de lo que jamás hubiese imaginado; e Inés, ya fuese durante nuestros encuentros por la calle, en la iglesia o en su dormitorio, se veía radiante, jovial, con sus ojos de gato proyectando una de esas auroras boreales de las que oí hablar a un soldado. Pero como suele suceder, la vida nos tiene reservadas sus sorpresas y sus trampas, y nos hace bailar al son que más le place.

Una mañana D. Juan me despertó temprano. Acababa de recibir un recado en el que se le informaba de que debíamos unirnos a nuestro Tercio que se encontraba de camino hacia Cartagena para una nueva campaña. Salió exultante de mi cuarto agitando la carta que conservaba en la mano, levantando en volandas a su ama de cría y ordenando al servicio que preparase un desayuno opíparo para celebrar nuestra reincorporación a filas. Su euforia contrastaba vivamente con mi pesar y lo primero que pensé es que no sabía de dónde iba a sacar el valor necesario para decírselo a Inés. La última noche antes de nuestra partida acompañé a D. Juan a la Judería. Quería despedirse a lo grande de su amada ciudad; porque cabía la posibilidad de que no volviese a verla nunca más. Tras dejarle entre risas femeninas y jarana, me encaminé demorando mis pasos hacia la casa de Inés. Había ensayado muchas veces lo que le diría, pero, ahora que estaba a punto de encontrarme con

ella, mi discurso resultaba embrollado y balbuciente. Desde la tapia que daba a los huertos vi dos velas en el balcón de Inés, la señal que habíamos acordado previamente y que significaba que el marido permanecía en casa. Por una parte me sentí aliviado, aunque fuese un acto de cobardía, porque la situación me brindaba una excusa perfecta para no tener que ver cara a cara a Inés; pero por otra, sabía que si me marchaba sin despedirme de ella me sentiría culpable hasta que pudiese volver a verla. Salté el murete y me introduje en el jardín a pesar de lo arriesgado de la apuesta, y justo en ese momento algo pasó volando cerca de mi cabeza y estuvo a punto de descalabrarme. Alcé la vista y vi a Inés de pie en el mirador. Gracias a la luz de las velas pude distinguir un gesto de despedida antes de que las apagase. Después ingresó en su estancia y cerró los ventanales. Deambulé por las calles como si un leproso estuviese a punto de darme alcance, llevando en la mano el papel que envolvía la piedra que me había arrojado Inés. Nada más llegar a mi habitación, encendí una vela con impaciencia y me puse a leer. Recuerdo las palabras exactas, porque releí el texto cientos de veces:

"Adiós, amor mío.
Sabía que esta noche vendrías a verme, pero no deseo una despedida triste. Piensa en mí, mantente vivo y vuelve.
I."

Había estado dándole vueltas y más vueltas al tema de la despedida y al final no había servido para nada, pues se hacía evidente que las noticias volaban y que Inés se había enterado de mi partida mucho antes que yo.

En la primavera de 1571 D. Juan y yo partimos de Guadix por el camino de Murcia. Con excepción del tramo que discurría cerca de la Serranía de Baza, durante el que no dejamos de observar recurrentemente las cumbres, recordando la infausta travesía que había estado a punto de mandarnos al otro barrio, la marcha fue agradable y distendida. Al llegar a la altura de Lorca, la polvareda que se elevaba en el horizonte nos anunció que no tardaríamos en encontrarnos con el ejército en marcha, cosa que ocurrió mediado el día. D. Juan fue retenido por parte de otros oficiales que, nada más verle, le pararon para saludarle efusivamente e interesarse por su estado de salud; al tiempo que yo proseguí mi camino, saludando con la cabeza a algunos conocidos con los que me cruzaba mientras buscaba al furriel para que me informase de nuestro alojamiento.

> —*¡Cazzo di Dio!* —escuché a mi espalda—, *pero si sigues vivito y coleando, ragazzo*.

La voz era inconfundible y al girarme me encontré con la sardónica sonrisa del cabo Rossi que me guiñó un ojo al tiempo que retorcía hacia arriba las puntas de su bigote.

Me llevó toda la tarde poner las cosas en orden y, aún no había acabado de colocar mis pertenencias, cuando vi la cabeza de Garduña asomando por la entrada de la tienda. Nos abrazamos con fuerza y empezamos a bromear y a reír, atropellándonos al hablar mientras nos poníamos al día sobre todo lo que había sucedido desde que nos separamos. No paramos de charlar y contar bromas hasta bien entrada la noche.

Echaba de menos a Inés. Durante el día, las tareas y el trajín hacían que mi mente estuviese entretenida, pero las noches se hacían largas, muy largas.

Al cabo de algunas jornadas atravesando el Campo de Cartagena, llegamos a la ciudad portuaria. En las Casas del Rey, como llamaban al cuartel que se encontraba dentro de la urbe, no cabía ni un alfiler y el Tercio fue acantonado extramuros en la parte oriental, junto a los arrabales que habían surgido por doquier ante la creciente importancia de la ciudad. Entre el campamento y la ciudad vieja se vislumbraba un enjambre de tenderetes levantados por buhoneros, proxenetas y rufianes. Antes de abandonar el campamento, los sargentos reunieron a los hombres para advertirles de que se castigaría con severidad toda fechoría y de que quedaba terminantemente prohibido acercarse al puerto militar. Se comentaba que los alguaciles del corregidor habían prendido recientemente a una persona con dibujos o planos de las defensas y que había sido acusada de pasar información a enemigos de la monarquía; por lo que no parecía un buen momento para todo aquel que tuviese ínfulas de artista. Yo no había contemplado nunca el mar y la primera visión del mismo me sobrecogió y me enamoró al mismo tiempo. El sonido de las olas me hipnotizó como el canto de las sirenas a Ulises. Desde las alturas cercanas, la ciudad vieja presentaba un aspecto soberbio e intimidante, inexpugnable dentro de la protección que brindaban sus

murallas; sin embargo, una vez en su interior, sentías el agobio de una aljama. Había callejones en los que los vecinos que vivían a ambos lados podían tocarse si se asomaban a las ventanas y estiraban los brazos. Era capaz de imaginar las trifulcas que montarían las mujeres por la ropa tendida. A pesar de que el sitio entero olía a pescado podrido, vómito y orines; y de que por la noche una humareda grasienta lo cubría todo haciendo que resultase difícil respirar, los soldados no podían sustraerse al encanto de las hembras, del jumilla y del cante. La mañana siguiente a la de nuestra llegada se nos despertó temprano y se nos ordenó formar. No sabíamos lo que ocurría y corrían todo tipo de rumores. Yo pensé que quizá nos dirían algo sobre la campaña en ciernes, pero resultó que un soldado al que llamaban Pilleloco, Pille para los íntimos, había matado la noche anterior a un alférez que, aprovechándose de su rango, había intentado saltarse su turno para estar con una meretriz. Se trataba de un hombre valiente al que yo había visto batirse como un león en el campo de batalla, pero por muchos méritos que hubiese hecho hasta ese momento, el asesinato de un superior estaba castigado con la muerte. En presencia del Maestre de Campo, el capitán del soldado se dirigió al sargento de su compañía para trasladarle las órdenes. El sargento, a su vez, se acercó al soldado y le comunicó la sentencia. Se dieron un fuerte apretón de manos y después el mando se alejó cabizbajo. Pilleloco sonrió, se persignó y asintió con la cabeza mientras miraba a la persona que debía ponerle la soga al cuello. Minutos después colgaba inerte de un jabalcón improvisado.

Cartagena poseía un alto interés estratégico y en ella se encontraba parte de la flota de guerra del Mediterráneo. No en balde era uno de los puntos más cercanos a Berbería, que era el lugar desde donde partían las algazúas que asolaban las costas cristianas. Al cabo de algunos días, el Tercio embarcó sin que supiésemos exactamente hacia dónde. La hueste que seguía al ejército en todas las campañas: esposas, hijos, barraganas, prostitutas… se vio forzada a quedarse en tierra, con el consiguiente enfado de las féminas y el creciente malhumor de los soldados. De entre todas las despedidas que tuvieron lugar, hubo una que me llamó la atención. Tras separarse del soldado con el que se había estado abrazando, una mujer desnudó al bebé que llevaba en brazos y a la vista del supuesto padre lo sumergió en el agua a modo de bautizo. Desconozco las implicaciones de tal acto, pero a mí me recordó la costumbre que tenía la gente de Dólar de subir al Chullo con los niños recién nacidos para hacerlos rodar por la nieve como presagio de buena suerte.

Todo resultaba novedoso y mágico, las majestuosas galeras, la estiba y acondicionamiento de la carga y los bastimentos, el alojamiento de la milicia, el bullicio que producían los hombres que se afanaban a bordo y a lo largo del muelle, los chillidos de las gaviotas… La cautivadora sensación desapareció en cuanto subí a la nave que se había dispuesto para trasladar a mi compañía. A los remos se encontraban delincuentes de aspecto miserable que cumplían condena. Algunos nos observaban con desprecio, como si fuésemos los culpables de su mal, otros se

encontraban enfermos o en mal estado, y los más, tenían la mirada perdida; pero en los rostros de todos ellos se podía percibir la desesperación. Desde el castillo de popa, en el que me tocó hacer la travesía, fui testigo de la dureza del cómitre y los vigilantes, que patrullaban constantemente por la crujía y golpeaban sin miramientos con sus rebenques a los bogadores que se demoraban. Por otra parte, al poco de haber salido de puerto, muchos soldados que no estábamos acostumbrados al mar empezamos a sentir unas bascas terribles. Yo notaba como si el estómago se me viniese a la boca y tuve que esforzarme para hacerme con un sitio en la borda desde el que arrojar y evitar al mismo tiempo acabar hediondo e inmundo con las viandas regurgitadas por mis vecinos.

Algunos hombres, teniendo en mente la cercana guerra de Granada, pensaban que la nueva contienda se desarrollaría contra los moriscos de Levante; sin embargo, una vez que dejamos atrás Alicante y Valencia, se hizo evidente que la flota tenía un destino diferente. Pasamos más de una semana navegando sin que el escaso viento fuese de mucha ayuda, hacinados como ganado y con el vaivén del mar como único entretenimiento. No había nada que hacer y yo aproveché para releer la Geographia de Enciso que me había regalado Mateo. Una mañana soleada por fin avistamos el puerto de destino: Barcelona. Conforme nos acercábamos, el minúsculo punto oscuro que se percibía en el horizonte fue creciendo hasta convertirse en una enorme ensenada con docenas de barcos, muchos de ellos de guerra. Parecía como si todos los buques que navegaban por el Mediterráneo se hubiesen congregado allí. En el lado izquierdo de la bahía destacaba la fábrica de las Atarazanas Reales, donde se construía buena parte de las galeras de la Corona. Todo el frente lo ocupaba el muelle y una playa convertidos en un bosque de velas y mástiles; y a su espalda, dentro de los lienzos de la muralla, asomaban tejados y torres de iglesia recortándose contra el cielo.

El ejército que se estaba reuniendo era tan grande que no había espacio suficiente en la ciudad para alojar a todos los hombres y se hizo necesario repartirlos por las localidades próximas. Al resentimiento provocado por el nombramiento del nuevo virrey, venía a sumarse el malestar de la gente, que andaba temerosa de los desmanes del ejército. Tanto nosotros como los hombres del capitán Martín de Ayala, al que servía Garduña como paje, tuvimos suerte, y ambas compañías fueron asentadas al norte de la ciudad, en un terreno rodeado de huertas que llegaban hasta unos collados escarpados. Como mi amigo empezaba a ser mayor para continuar como paje, en su compañía habían incorporado a un aprendiz, avispado y pícaro, como no podía ser de otro modo, llamado Josinilla, que vino a sumarse a las correrías del grupo.

La primera vez que entramos en la ciudad recorrimos sus calles con la curiosidad que provoca todo nuevo lugar. Era de un tamaño similar a Granada, pero no se parecía en absoluto; la gente, su forma de hablar, su vestimenta…. La zona del puerto estaba abarrotada de mercancías, de marineros de múltiples nacionalidades, de cambistas

y comerciantes que mercadeaban hablando en lenguas que me resultaban desconocidas. Los barrios cercanos a la catedral poseían un aire más recoleto y aristocrático, y parecían estar reservados para la gente adinerada; si bien el Call, la antigua judería, parecía estar ocupada por gente más humilde, no sé si por absurdos prejuicios o porque se consideraba un área estigmatizada a causa de sus antiguos moradores. Si había un sitio que me gustaba por encima de los demás ese era el mercado que se levantaba semanalmente extramuros, junto a las viejas murallas, para evitar el portazgo. A él acudían todos los labradores de alrededor a vender sus productos y nosotros encontrábamos numerosas oportunidades para hurtar fruta u hortalizas, sin necesidad de recurrir a arterías o engaños complicados, pues siendo tres, resultaba fácil enredar a los mercachifles.

Un día unos tenderos le echaron el guante a un rapaz cuando intentaba apropiarse de unas cebollas. Se le veía escuálido y muerto de hambre. El pobre hubo de padecer las vejaciones de los abaceros, que, a modo de escarmiento, le ataron a una picota improvisada y se dedicaron a arrojarle restos de comida y fruta estropeada. Yo sentía lástima del pequeñajo y con la ayuda de mis compañeros le liberé aprovechando un descuido. Echamos a correr poniendo tierra de por medio y no paramos hasta que cruzamos la muralla antigua y nos sentimos seguros dentro de un laberinto de callejuelas. Tras recuperar el aliento, saqué un trozo de pan y algo de salazón de pescado de la talega y se lo ofrecí al muchacho. Me miraba incrédulo como si estuviese siendo objeto de una broma, pero cuando insistí alargándoselo de nuevo con la mano, lo aceptó de buena gana y lo guardó en un pequeño zurrón. Sentí curiosidad y le pregunté por su familia. Nos contó que se llamaba Joanot y que vivía con su abuelo. Aunque no lo dijo, supe por la tristeza con la que lo expresó que había perdido a sus padres. Por lo que entendí, pues a veces me perdía con su jerigonza, había salido a buscar comida para un familiar al que se refería como avi. Éste llevaba toda la vida trabajando en el puerto como bastaix, o sea, estibador; pero ahora no podía porque estaba enfermo, y la ayuda que le prestaba el gremio era insuficiente. Después comentó que el anciano estaba a punto de morir y que podía verse su alma vagando por la habitación. Mis amigos y yo estiramos las orejas cual burros y nos miramos pasmados, y el chiquillo debió percibir asombro y duda en nuestros rostros. Si no le creíamos, podíamos acompañarle y comprobarlo por nosotros mismos. Josinilla se mostraba reacio, porque, según él, lo mejor que se podía hacer con los fantasmas era alejarse de ellos todo lo que fuese posible; pero, temiendo que pudiésemos tacharle de cobarde, al final se mostró de acuerdo y seguimos al muchacho en dirección a su casa. Mientras íbamos de camino, nos dijo que el mosén de una parroquia cercana había ido hacía una semana a ver a su abuelo para darle los santos óleos; pero que, como el vejete se aferraba a la vida como una garrapata, el sacerdote había vuelto todos los días por si acaso. En una de sus visitas el cura había observado una sombra que giraba alrededor de las paredes, y para colmo, el suceso se producía todos los días al atardecer. El clérigo había informado al bisbe; es decir, al obispo, de que se trataba de una manifestación sobrenatural, y, ante la tenaz

insistencia del cura, el superior había decidido visitar personalmente la casa para comprobar las afirmaciones. Casualmente se esperaba la llegada de la delegación eclesiástica esa misma tarde.

Llegamos a una calle oscura y mugrienta a espaldas del puerto, y hacia la mitad de la misma dimos con la casa de Joanot, una vivienda estrecha y destartalada, semejante a las que la rodeaban, que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. Los vecinos se agolpaban en la puerta y querían entrar para ver el espíritu, pero pudimos abrirnos paso a través de la muchedumbre gracias al crío. El dormitorio estaba atestado de personas y tan sólo los clérigos disfrutaban de algo más de espacio a los pies de la cama. Oscurecía y Joanot encendió una vela que introdujo dentro de un trasto que había sobre la mesa. Todo el mundo guardaba silencio, pendiente del inicio del baile del alma, sin que el olor rancio a sudor e inmundicia que emanaba de la habitación fuese suficiente para hacer desistir a los presentes. De repente una sombra empezó a moverse por el techo, zigzagueó por la pared, giró y desapareció para volver a manifestarse. Estábamos todos embobados observando el fenómeno, cuando un chiquillo empezó a decir: —*La mosca. Es una mosca*. Al principio la gente pensó que el renacuajo era un irreverente y le mandaron callar, pero después cada vez más personas señalaban hacia el fanal que se encontraba sobre la mesa. En lugar de palmatorias o los habituales candiles, el moribundo iluminaba su habitación con un farol de barco que se había agenciado, y cuando las moscas se posaban en los cristales o andaban por los mismos, proyectaban sus sombras contra las paredes. El interés desapareció con la misma rapidez con la que había surgido la expectación y el público comenzó a reír y a vociferar, mostrando escaso respeto hacia el pobre moribundo. El obispo se recogió los faldones para ir más rápido y abandonó la casa abochornado seguido de los clérigos que le acompañaban, mientras la gente no paraba de hacer chanzas a propósito de la mosca del Pasqualet. Espero que la vida le haya tratado favorablemente al pobre Joanot. En cuanto a su avi, quien sabe, es posible que fuese la encarnación del mismísimo Matusalén y todavía ande dando guerra.

A principios de verano el calor era insoportable y a los pulmones les costaba esfuerzo respirar. En cuanto te movías empezabas a sudar y la ropa se adhería al cuerpo como si fuese una segunda piel. A esas alturas era vox populi que se estaba juntando un gran ejército para luchar contra el turco y que partiríamos dentro de poco hacia Italia. La Sublime Puerta avanzaba en todos los frentes y constituía un poderoso rival. Había llegado incluso a sitiar Viena unos años antes. Los turcos habían ido conquistando posiciones en el norte de África frente a las costas españolas y expulsaban a los venecianos de todas sus posesiones del Mediterráneo Oriental. Precisamente en aquellos instantes se encontraban inmersos en la conquista de Chipre. Podía decirse que el mar era un lago otomano y que no había nave que surcase aquellas aguas que no anduviese temerosa de ver aparecer en cualquier instante los bajeles de los piratas berberiscos.

Las potencias cristianas, entre las que no se encontraba Francia que paradójicamente era aliada del Sultán, empezaban a verle las orejas al lobo y se habían visto forzadas a llegar a un acuerdo para unir sus fuerzas en la lucha contra los turcos. No dejaba de ser extraño que fuésemos a pelear junto a la siempre mudable Santa Sede y a la taimada Venecia.

Mediado el mes de julio de mil quinientos setenta y uno la armada se hizo a la mar. Arropada por la flota, la nave capitana, La Real, lucía esplendorosa pintada de oro y carmesí y a bordo de la misma se encontraba D. Juan de Austria, Capitán General de la escuadra real y Generalísimo de la Liga Santa. Perdí la cuenta de las naos que surcaban las aguas, pero ocultaban el mar del uno al otro confín. No recuerdo que se produjese ningún suceso relevante y la navegación fue tranquila; de hecho, ni siquiera hicieron acto de presencia las temidas náuseas, porque el cuerpo parecía haberse acostumbrado a la oscilación del maderamen. Durante la primera parte del trayecto, pues le perdí la pista al llegar a La Spezia, coincidí con un soldado llamado Miguel de Cervantes, perteneciente a la compañía del capitán Ponce de León, que se mostró muy interesado en que los hombres le contasen todo tipo de peripecias e historias. Parecía estar recopilándolas para un libro que iba a escribir. Años después tuve ocasión de leer su Galatea y, sinceramente, además de aburrirme desde la primera página, no hallé nada en ella relacionado con las trapacerías que le contamos; sin embargo, es posible, querido lector, que hayas tenido ocasión de saber sobre nosotros por alguna obra posterior.

La flota continuó con rumbo sureste teniendo a la vista la costa italiana hasta llegar a Nápoles. Si Barcelona me había parecido grande, la ciudad italiana era inmensa. Se diseminaba por toda la campiña, ocupando la tierra hasta donde alcanzaba la vista, y poseía varios puertos que brindaban protección a la armada. Tras las tareas de avituallamiento, los barcos retomaron el mismo rumbo con dirección a Mesina, donde nos encontramos con la flota de la Liga. El maestre de campo, D. Lope de Figueroa, se encontraba en el buque insignia de la armada junto a D. Juan de Austria y al resto del estado mayor; el cual, percatándose del desequilibrio existente entre las naves españolas y las italianas en lo que a fuerzas de infantería embarcadas en las mismas se refiere, decidió que algunas compañías del tercio, entre la que se encontraba la de Juan Díaz; es decir, la mía, pasasen a las galeras de Nápoles para reforzarlas.

Desde Mesina la armada se dirigió hacia el Adriático haciendo escala a lo largo de la costa meridional de la península itálica. El viento caprichoso nos hacía avanzar con paso irregular y el sofocante calor obligaba a la gente a buscar cobijo bajo la mínima sombra que se proyectaba sobre cubierta. Muchas personas comenzaron a padecer diarrea y se las veía por doquier sujetas a la borda defecando de espaldas al mar. Este suceso, añadido al hedor que desprendían los excrementos de la chusma acumulados en las sentinas, hacía que los barcos desprendiesen un olor nauseabundo. Tan sólo la noche procuraba algo de alivio, pues los vientos terrales

ayudaban a aligerar la pestilencia y la brisa que soplaba permitía dormir. El tiempo transcurría con monótona lentitud y la inactividad a la que nos veíamos forzados resultaba agobiante. Las embarcaciones que se habían enviado por delante para explorar el mar y dar con el paradero de la flota otomana no regresaban y se advertía que el nerviosismo empezaba a cundir entre los mandos. Atravesamos el Adriático y un buen día percibimos ajetreo e intercambio de señales entre las naves, y nos enteramos de que Gil de Andrade, que se encontraba al mando de la escuadra de exploración, había localizado al enemigo hacia el sureste, en el golfo de Lepanto. Enseguida se extendió el rumor de que la flota otomana estaba preparada para combatir y de que su tamaño era similar al de la nuestra.

Llegamos a Corfú, por cuyas aguas vagaban pequeñas y ágiles embarcaciones que, a juzgar por la sospechosa rapidez con la que se alejaban de nosotros, nos hacían dudar sobre sus actividades. Tanto podían dedicarse a la pesca, como a la piratería o al espionaje. Tras hacer aguada y llevar a cabo los aprestos necesarios, la flota se hizo de nuevo a la mar y fue bajando por la costa en dirección sur.

La del alba sería cuando aquel 7 de octubre de 1571 percibimos una mancha difusa que enturbiaba el horizonte y que se iba acrecentando conforme transcurrían las horas. Los otomanos se acercaban y una actividad frenética se desató a bordo de los buques. Los oficiales comenzaron a repartir órdenes, los marineros a despejar cubiertas y a asegurar aparejos, y los remeros a engullir cuanta comida podían, pues era evidente que iban a necesitar de todo su vigor para afrontar la jornada.

La galera en la que me encontraba, la *Unicorno*, llamada así por la forma del espolón, era un bajel grande que contaba con dos castilletes, uno a proa y otro a popa, entre los que se nos repartió a los infantes embarcados. D. Juan y yo nos colocamos en el centro de la carroza junto al capitán del navío y al timonel, rodeados por dos líneas de camaradas; los piqueros en medio y los arcabuceros en la parte exterior, pues su misión consistía en causar todo el daño posible con su fuego antes de abordar las naves enemigas. Los soldados de la arrumbada le fueron confiados a Rossi, quien dispuso a los hombres con idéntica formación. Además de la infantería, el barco contaba con cinco piezas de artillería: un cañón, dos culebrinas y dos pedreros.

Avanzábamos despacio por encontrarnos a sotavento y los capitanes tenían que reajustar constantemente la posición de sus navíos para mantenerse en paralelo, evitando así romper la formación. A media mañana el viento cambió de dirección (para muchos aquello se debió a la intercesión de la mano divina), permitiendo que la flota comenzase a ganar velocidad y que las galeazas venecianas, tras desplegar el velamen, pudiesen colocarse en vanguardia para embestir a los turcos. Se trataba de unos buques enormes y bien artillados cuya estampa intimidaba aun en la distancia, y que, con toda seguridad, debía de acojonar al más pintado al verlos venir de frente.

Conforme la distancia entre ambas armadas disminuía, el ruido crecía a bordo: el tambor aceleraba su estruendo, transmitiendo las órdenes del cómitre para que los

galeotes incrementasen el ritmo de los remos; y los hombres, con excepción de los infantes del tercio, para quienes mantenernos en silencio era una muestra de bizarría, se jaleaban, gritaban e insultaban al enemigo para darse ánimos.

Desde donde estábamos pudimos percibir los fogonazos de los disparos de la galeaza más próxima y el chirrido quejumbroso que provocó el choque contra los barcos otomanos. Instantes después nos golpeó una ola alta que hizo cabecear la galera y que no nos estrelló contra la que nos flanqueaba por la diestra gracias a la pericia del piloto. Por entre un girón de la humareda que empezaba a acumularse sobre la superficie, vimos acto seguido las naves turcas. En la corulla los artilleros estaban sudando y pendientes de la orden de abrir fuego, pero el capitán permanecía impávido, y, aunque se arriesgaba a convertirnos en un blanco fácil, no quería disparar hasta encontrarse más cerca. Sonaron varias detonaciones y todos nos cubrimos instintivamente. Por fortuna, salvo un par de remos rotos, no hubo que lamentar más daños, pues los tiros se quedaron cortos y cayeron en el agua. Ese era el momento que estaba esperando el capitán, pues el enemigo tardaría mucho tiempo en cargar de nuevo, y se transmitió la orden de boga viva. La galera volaba sobre el agua y frente a nosotros surgió de repente una fusta enemiga atravesada. Había perdido los remos de una banda durante su encuentro con la galeaza y se mecía indefensa mostrando su costado. Nuestro barco la embistió con tal fuerza, que la nave fue partida en dos y se hundió de manera inmediata. El crujido de la madera fue cuanto se oyó, ya que los hombres fueron succionados hacia el fondo siguiendo la estela de su nave y no tuvieron tiempo ni de encomendarse a su dios. El golpe frenó el ímpetu de nuestra galera, momento que se aprovechó para abrir fuego contra la embarcación que nos había disparado previamente. Los disparos barrieron la cubierta enemiga e iniciaron un incendio, y, a pesar de la distancia, podía verse a algunos tripulantes arrojándose al mar. Volvimos a coger impulso paulatinamente y al pasar junto a la galera turca nos vimos frenados, porque los infieles que se encontraban en el agua se enganchaban a los remos e impedían su manejo. Los hombres que estaban apostados en los corredores laterales trataron de desasir a aquellas lapas humanas desesperadas a golpes, pero el intento resultó infructuoso y finalmente hubo que arcabucearlas en corto. Nos quedamos varados en medio del caos que nos rodeaba y, como no era posible virar sin golpear a las naves aliadas que nos acompañaban en paralelo, nos vimos obligados a ciar antes de volver a avanzar hacia la línea de batalla. A pesar de que los infantes no habíamos participado todavía en combate, notaba que el sudor me corría por la espalda empapándome las ropas. A esas alturas, las aguas, como si de una visión apocalíptica se tratase, estaban cubiertas de naves medio hundidas o ardiendo, humo negro, maderos, restos de toda naturaleza y muertos, muchos muertos. Llegamos a la altura de una galera amiga que remolcaba dos galeotas capturadas como botín de guerra y la dejamos atrás. Al haber tenido que abandonar la formación y carecer de órdenes, nuestro capitán dirigió la nave hacia el lugar donde se percibía mayor tumulto. Mientras atravesábamos por una zona menos concurrida, nos topamos con un barco que

enarbolaba el pabellón de la Orden de Malta y que estaba batiéndose contra las tripulaciones de dos galeras turcas. Una de ellas, peligrosamente escorada por haber sido ensartada por la nave maltesa, permanecía unida a ésta. Los turcos trataban de ganar la proa de la nave cristiana de forma desesperada, pues sabían que la suya no tardaría en hundirse; sin embargo, los caballeros defendían su posición con uñas y dientes, manteniendo al enemigo a raya y sabiendo que si la nave otomana se hundía, les arrastraría con ella al abismo. La otra había colisionado con la popa del barco cristiano y el arráez otomano, aprovechando que los soldados de la Orden se habían visto obligados a repartirse para defender ambos extremos de su navío, había lanzado a sus hombres a un furioso abordaje para hacerse con la cabeza del maestre. Nuestro capitán ordenó al timonel que llevase la galera hacia uno de los costados del barco que acosaba a los aliados por detrás. Los turcos estaban tan enfrascados en su asedio y era tal la algazara, que no nos vieron llegar y se enteraron de nuestra presencia por la rociada de plomo con la que les saludamos. En un primer momento los enemigos se quedaron perplejos, sin entender qué hacíamos allí; pero enseguida se rehicieron de la sorpresa. Algunos hombres comenzaron a dispararnos flechas y a arrojarnos venablos, y pudimos distinguir por sus atuendos a un cuerpo de jenízaros que, a la voz de su oficial, se preparaba para repeler nuestro abordaje. A una orden de Juan Díaz, unos soldados arrojaron garfios y trataron de sujetar con ganchos la borda de la galera turca, mientras otros extendían entre ambas naves unos tablones con clavos que se habían preparado para unirlas y asegurar el asalto. Los jenízaros demostraron profesionalidad, pues en un abrir y cerrar de ojos abrieron fuego contra nuestra vanguardia, matando a muchos hombres y dificultando las tareas de amarre. La fumarada provocada por las armas de fuego ocultó la visión y en ese momento se dio la orden de asalto general. Sonaron gritos en todas las lenguas, el entrechocar de metales, los aullidos desgarrados de los hombres que caían al agua, el silbido de flechas disparadas a ciegas que pasaban cerca de nuestras cabezas… Desde el puente de mando tenía la sensación de que la batalla transcurría lejos, separada de nosotros por una especie de pantalla o de lienzo. Aunque ya sabía lo que era la guerra, estaba absorto en mis pensamientos cuando D. Juan me devolvió a la realidad con un empellón. —*¡Espabila, Luis, que nos quedamos sin saqueo…!* Al no haberse podido trabar ambas naves de manera adecuada, la nuestra fue girando hasta que se frenó contra la amura de babor de la galera turca. En ese momento Rossi y sus hombres aprovecharon la ocasión para saltar sobre el bajel enemigo y poner en práctica la táctica que tan buenos resultados nos proporcionaba en tierra: mientras se descargaban las armas de fuego, piqueros y rodeleros formaban un rodillo erizado de púas y trataban de empujar al enemigo al mar. Los jenízaros, no obstante, peleaban con mucho oficio. Sabiendo que los galeotes se sublevarían a la primera de cambio, pues eran esclavos cristianos, los habían matado a todos para obstaculizar el avance sobre cubierta y comenzaron a incitar a nuestros hombres para que peleasen. Cuando éstos se aproximaron, los otomanos fingieron que se retiraban, abriéndose hacia los lados. Muchos infantes mordieron el anzuelo y al moverse en

desorden fueron abatidos a bocajarro por los mosquetes de los enemigos. Seguí a D. Juan y perdí de vista lo que sucedía en la proa. Al llegar a la parte central de nuestra galera había un barullo tremendo con gente intentando saltar y otra que retrocedía para no ser aplastada entre los cascos. Cuando por fin pude acceder a la nave turca, D. Juan había desaparecido de mi lado. Una flecha silbó cerca de mí y me agaché instintivamente. Al incorporarme vi que se había incrustado en el ojo de un compañero próximo, que cayó fulminado en el acto. La sangre anegaba la embarcación y era imposible avanzar por la cubierta con tantos cuerpos sobre ella. El combate había llegado a un punto total de anarquía y había riñas y trifulcas por doquier. Un infiel estaba golpeando con un remo a uno de los nuestros. Me acerqué despacio y cuando alzó los brazos para dejarlo caer de nuevo, lo acuchillé en los riñones y se derrumbó sin un solo quejido. El hombre que estaba en el suelo se limpió la mugre que le cubría el rostro y me guiñó un ojo. Al instante pude reconocer a un piquero que era famoso entre la tropa por su voraz apetito. De hecho, cuando algún camarada comía con ansía, los demás le decíamos: —*Te estás poniendo como El Tenazas*, refiriéndonos a él. Le ayudé a levantarse y fuimos auxiliando a otros soldados dispersos mientras convergíamos hacia el centro. Aunque he visto pocos soldados tan disciplinados como los jenízaros, al final se impuso nuestra superioridad numérica. Cesó el ruido y los escasos enemigos con vida fueron desarmados y reducidos. D. Juan apareció con la espada y la armadura chorreando sangre y ordenó que todos los prisioneros, tanto soldados como marineros, con excepción del oficial jenízaro al mando y del capitán del buque (porque era posible que pudiese obtenerse un rescate por ellos), fuesen pasados a cuchillo. A continuación, un grupo de hombres acompañamos a D. Juan a inspeccionar la galera de Malta. La lucha había sido tan enconada que resultaba difícil imaginar que te encontrabas sobre un barco. Más parecía una almadía cubierta de desechos. Todos los caballeros yacían muertos rodeados de enemigos, y el cadáver del maestre, cubierto de saetas, permanecía a medio erguir entre el estandarte de la Orden y su espada clavada en la cubierta. La escena hizo que me invadiese un sentimiento de tristeza y el resto de los presentes debió de sentir algo similar, pues nadie osó romper el silencio reverencial del momento. Sin nada que hacer allí, D. Juan tomó el pendón para devolvérselo a sus dueños y abandonamos la nave justo a tiempo; ya que, nada más llegar a la nuestra, la galera de la Orden junto con la turca que había ensartado se fueron a pique abrazadas como dos amantes. Se hicieron las reparaciones de emergencia tanto en nuestra nave como en la galera turca que habíamos abordado y parte de la tripulación pasó a esta última para remolcarla como trofeo de guerra.

Alí Pachá, el comandante en jefe enemigo, había muerto. Se habían capturado más de cien naves enemigas, liberado a miles de prisioneros cristianos y obtenido un gran botín que, en mayor o menor proporción, se repartió entre todos. Sin embargo, y a pesar de que la victoria fue total y la alegría inmensa, los españoles teníamos la sensación de que los principales beneficiados de la campaña habían sido los venecianos, pues los turcos tardarían en volver a disponer de barcos durante algún

tiempo, y sin ellos sería imposible que amenazasen los enclaves de los que disponían los de San Marcos por todo el Mediterráneo Oriental.

La vuelta resultó igual de anodina que la ida y tan sólo se vio interrumpida eventualmente por riñas originadas por Juan Tarafe, que fueron zanjadas de manera expeditiva colgando del palo a los fulleros implicados. Fue de agradecer, eso sí, el cambio de tiempo; pues, tras la canícula estival, los días se volvieron más frescos y soportables; aunque el color azul verdoso del mar dio paso a un gris amenazador. Después de unas jornadas de navegación que se me hicieron interminables, el viento favorable nos devolvió de nuevo a Mesina, donde invernamos.

Nada más tocar tierra, y a pesar de la desagradable sensación de balanceo que experimentaba, besé el suelo, agradeciendo a dios, a la virgen y a todos los santos que hubiésemos regresado de una pieza. Durante las celebraciones que tuvieron lugar por la victoria todo el mundo vivió unos días de ebriedad, procurando olvidar las imágenes frescas de la guerra; pero transcurrida una semana, cada mochuelo volvió a su olivo y a sus rutinas. Una mañana, mientras me preparaba para la habitual clase de esgrima, D. Juan se presentó con un cartucho lacrado.

> *—He hablado con el maestre de campo acerca de tu forma de conducirte en la campaña y ambos hemos coincidido en que merecías ser recompensado —* dijo, alargándome el cilindro—. *Desde hoy percibirás la paga de una pica seca*.

Como vio que me quedé desconcertado, pues desconocía si aquello significaba que dejaba de estar a su servicio, sonrió y, guiñándome un ojo, me aclaró: *—No te preocupes, el hecho de que hayas dejado de ser paje y ahora tengas la consideración de soldado no significa que no sigas siendo mi colaborador.*

Respiré aliviado. Aunque D. Juan era un capitán y yo un simple subordinado, había ido surgiendo entre ambos una relación de amistad y habría echado de menos sus enseñanzas. Además, a pesar de que hacía tiempo que no compartía vida con otros pajes y era considerado un soldado más, gozaba de una situación especial.

Echaba de menos a Inés. Sentía remordimientos por no confesarle al capitán todo lo sucedido en Guadix, pero no sabía cómo abordar el tema ni las consecuencias que tendría. A fin de cuentas se trataba de su hermana. Pasaba tiempo pensando en todo ello sentado en la bocana del puerto, como si las falucas que volvían con su cargamento de pez espada pudiesen darme una respuesta; pero no fue así.

A pesar de que Mesina era una ciudad populosa, no había mucho que hacer. De vez en cuando acudía al Gran Hospital para visitar a camaradas convalecientes y en una ocasión recuerdo haber pasado por la iglesia de la Anunciación de los Catalanes pensando que el rito sería distinto; aunque me sorprendió que hasta los latinajos que pronunciaban los sacerdotes fuesen los mismos que en España. La actividad de los barcos de guerra fue disminuyendo en los muelles; porque, aunque la flota de la

Liga Santa seguía acosando a los buques otomanos, con el tiempo su actividad fue decayendo hasta que llegó el momento de su disolución.

Una mañana un mochilero llamado Juanillo se presentó en la casa donde me alojaba con otros soldados y me dijo que D. Juan requería mi presencia. La situación me pareció extraña, pues el capitán no solía andarse con tales ceremonias y se habría presentado él mismo en la casa si hubiese querido hablar conmigo. Nos pusimos en camino y llegamos al palacete donde se alojaba. Al entrar en un salón inundado de luz le vi recostado en una silla frente a una ventana y me pareció más concentrado de lo habitual. Juanillo se despidió a toda prisa y salió disparado escaleras abajo, deseando con toda seguridad reunirse con sus colegas lo antes posible para irse en busca de aventuras. ¡Qué tiempos los de paje! D. Juan me pidió que me sentara y me dijo que tenía que contarme algo; pero que el asunto era peligroso y no deseaba involucrarme sin contar con mi conformidad. Yo le dije que ya sabía de sobra que podía contar conmigo y él esbozó una sonrisa de gratitud. Me comentó que el día anterior por la tarde había sido convocado por el maestre de campo en el Castel Gonzaga. Por lo visto, el oficial de los jenízaros al que habíamos dejado con vida en la galera turca estaba en posesión de un secreto valioso y había llegado a un acuerdo con el mando cristiano para revelarlo a cambio de obtener su libertad.

> *—Me han encargado encontrarme con un agente en Nápoles y hacerle entrega de una misiva —dijo—. Y he pensado —continuó— que quizás te gustaría acompañarme.*

Yo asentí con la cabeza.

> *—No pareces muy entusiasmado que digamos…*
>
> *—No, no es eso. Es que suena a engaño. ¿Cómo sabemos que no se trata de una historia inventada por el jenízaro?*
>
> *—No lo sé. Por lo que me han contado, el prisionero ha estado recibiendo a través de un contacto correspondencia de su amante, un alto funcionario de la corte; y, de la lectura de la misma (pues las cartas se interceptaban y se abrían antes de que le llegasen), se deduce que el eunuco está desolado porque no pasa las noches junto a su apuesto oficial y le habría facilitado una información confidencial con la que negociar su liberación.*

Aquello seguía sonándome a cuento; pero no quise continuar incidiendo sobre este asunto para que mi desconfianza no acabara confundiéndose con cobardía.

> *—¿Y cuándo nos vamos —pregunté con la mejor de mis disposiciones?*
>
> *—Esta tarde.*

Preparé un hatillo con lo imprescindible (provisiones, algo de ropa y mi vizcaína) y me encontré con el capitán en el puerto a la hora acordada. Ambos vestíamos ropa

de paisano y subimos a un barco que se dirigía directamente a nuestro destino. A bordo viajaban funcionarios, mercaderes y un grupo de artesanos que habían contratado, por lo que pude colegir, para trabajar en la residencia de un noble español que acababa de llegar a la ciudad. Hicimos el viaje sin contratiempos y a eso de las tres de la tarde del día siguiente nuestra nao enfilaba hacia la bocana del puerto. Tras desembarcar y perder algún tiempo con los acostumbrados trámites aduaneros, nos encaminamos hacia el barrio español y nos alojamos en una posada situada en una callejuela que daba a la Via Toledo. El lugar resultaba adecuado, pues era discreto y estaba alejado del bullicio de las calles principales; si bien todos los viandantes con los que nos cruzábamos tenían un aspecto patibulario. Bajamos al mesón de la hospedería para tomar un bocado; pero sólo pudimos trasegar un vaso de pitarra avinagrada; porque el olor a podrido del afamado pescado partenopeo se había propagado por todo el garito. Subimos a la habitación para descansar un rato y me quedé dormido. Cuando D. Juan me despertó, ya había oscurecido. El tiempo había refrescado, lo que nos brindó una excelente excusa para utilizar las capas que llevábamos con nosotros y ocultar los hierros. Teníamos que acudir al Palazzo Scamozzi-Brancati y hacerle entrega personalmente de la carta que portaba el capitán a un miembro de la legación, un tal Antonio Pérez, que, a pesar de la vulgaridad de su nombre, era uno de los hombres más poderosos del imperio. Tardamos bastante tiempo en llegar, porque nos movíamos con cautela por medio de aquel laberinto oscuro y sospechoso en el que se convertía la ciudad al anochecer, y no ignorábamos que, además de los ladrones y asesinos que infestaban Nápoles, cualquier potencia interesada podía haber enviado agentes para eliminarnos. Después de andar y desandar camino durante una eternidad, con un ojo en los soportales que teníamos delante y otro en las bocacalles que quedaban detrás, por fin vimos a lo lejos los hachones encendidos que iluminaban la entrada del palacete. Cuando atravesamos el umbral, tras identificarnos a los guardias, respiré aliviado, pues los mensajes suelen ser documentos cifrados cuyo contenido desconocen los emisarios, y una vez entregado el billete, el peligro disminuye considerablemente. Nos condujeron directamente hasta un despacho en el que se encontraba el personaje en cuestión. Estaba sentado frente a una mesa inmensa trabajando sobre unos papeles a la luz de las velas, y al vernos, se levantó y se dirigió hacia nosotros. Tras las presentaciones de rigor y darnos las gracias por los servicios prestados, tomó la carta con bastante indiferencia y la arrojó sobre la mesa. A continuación le indicó a un asistente que nos acompañara a la cocina para que nos diesen de cenar y supe, por la mirada del capitán, que cruzaba por su mente la idea de ensartar al fulano sin más. ¡Habíamos hecho el viaje desde Mesina para comunicar algo urgentísimo y todo lo que se le ocurría al leguleyo aquel era tratarnos con la misma displicencia que a un mendigo! Seguimos al subalterno y llegamos a una estancia amplia en la que menudeaban los criados. Olía a comida y a leña, y nuestro acompañante nos indicó que nos acomodásemos en una mesa en la que había un nutrido grupo de personas. Compartir la comida y el vino transforma a los humanos, y al poco rato todos los que

nos encontrábamos allí parecíamos familiares lejanos. Por un veterano que se encontraba a nuestro lado nos enteramos de que no éramos los únicos mensajeros que habían enviado y que, como solía acontecer, muchos habríamos servido como señuelo para desviar la atención. Yo no daba crédito a lo que escuchaba; pero lo más sorprendente del asunto fue que nos informó puntualmente de lo que supuestamente se ocultaba con tanto celo. Al parecer, Francia estaba intrigando para acabar con la vida del rey polaco Segismundo Jagellón, que no tenía descendencia, y colocar en el trono al Duque de Anjou. El propósito que se escondía tras todo ello era el de concertar una coalición entre franceses, polacos y turcos para atacar las posesiones centroeuropeas de los Habsburgo.

Al día siguiente regresamos a Sicilia y nos olvidamos de estos enredos propios de cortesanos, para continuar con nuestra existencia; sin embargo, no tardaron en producirse novedades, porque el estado mayor decidió dividir las compañías del Tercio y enviar una parte de ellas al Milanesado, desde donde partirían tiempo después hacia Flandes por decisión del Duque de Alba. En esa tierra de apóstatas perecerían muchos camaradas: Lito el del Sacromonte, los hermanos Huete de Charches, Alcanforero, El Bienpeinao, Niño Paterna… y tantos y tantos buenos soldados y verdaderos cristianos. Pero, me estoy adelantando a los acontecimientos. Baste decir por ahora que D. Lope de Figueroa fue uno de los pocos que se opusieron a la resolución adoptada por el Duque, y que ello provocaría que al año siguiente D. Juan y yo volviésemos a España como miembros de su escolta.

Hasta dicho momento, y a la vista de la experiencia que habíamos adquirido con el infausto viaje a Nápoles, a D. Juan y a mí se nos encomendó movernos por la isla y recopilar información, pues era imprescindible conocer el grado de insatisfacción de la población de cara a prevenir el estallido de eventuales levantamientos. Considero esa etapa como una de las mejores de mi vida. Paisajes bañados por un torrente de luz, despreocupación por los quehaceres diarios, comida sabrosa, buen vino, mujeres hermosas... Acabé enamorándome de aquella tierra y muchas de las circunstancias que allí acontecieron dejaron en mí una marca indeleble.

La primera vez que vi Siracusa parecía un cuerpo de mujer tendido a la orilla del mar. Las calles permanecían silenciosas bajo la luminosidad del mediodía y el socarrante calor hacía que no se percibiese ni rastro de vida, pues los habitantes se encerraban en sus casas para ocultarse del astro rey; sin embargo, cuando atardecía los vecinos sacaban sillas a la calle y el bullicio de charlas, discusiones, juegos de niños y música resultaba ensordecedor. Aparte de visitar las cuatro ruinas que los entendidos decían ser antiquísimas, el lugar ofrecía poca distracción. De hecho, lo que me pareció más sorprendente fue que frailes y monjas atestasen las calles y que su fervor religioso rayase en vesania: unos se persignaban sin cesar, otros permanecían implorando de rodillas en mitad de las plazas y alguno vi incluso que se flagelaba sin cuartel.

Por su parte, el capitán no tardó en buscar compañía femenina; aunque me pareció sospechoso que comenzase a frecuentar siempre a la misma persona. Pasaba muchas noches fuera y cuando volvía a la posada de madrugada, se asemejaba a un alma en pena: se movía con esfuerzo y parecía como si se hubiese vestido a toda prisa para escapar de algún marido celoso. Más de una vez percibí que su piel presentaba unas marcas extrañas, como de mordiscos. Si bien al principio consideré que podían deberse a la fogosidad de la dama, lo cierto es que las mismas aparecían no sólo en el cuello; sino repartidas por todo el cuerpo. D. Juan mantenía en secreto sus misteriosos encuentros; pero un buen día me contó que, paseando por Ortigia, cerca de la Fuente Aretusa, se había topado con una mujer de gran belleza que lo había conducido a su casa, y que desde entonces había ido a verla en numerosas ocasiones. Al parecer, además de haberle seducido con sus encantos, podía convocar al padre fallecido del capitán para que hablase con él; aunque a cambio era preciso facilitarle sangre para que el rito se prolongase.

—*Ya, ya sé que no me crees; pero es cierto* —me dijo mirándome fijamente.

—*Capitán* —le dije—, *sabéis de sobra que os respeto y que no os tengo por ningún crédulo* (por no creer, estoy convencido de que no creía ni en dios)*; mas podría tratarse de una treta o artificio.*

Al percatarse de mi evidente incredulidad, me invitó a que le acompañase para verla y juzgar por mí mismo. Yo me mostré reticente, y le hice ver que, en el caso de que usase cualquier tipo de magia, podía sucumbir igualmente a sus hechizos; por lo que acordamos que no le hablaría de mí ni a aquella mujer ni a nadie, y que yo buscaría la forma de introducirme en la casa a hurtadillas para observar el fenómeno sin que nadie reparase en mi presencia. Le pedí que no visitará a la dama en varios días, de modo que dispusiese de algún tiempo para investigar y prepararme. Tras conocer cuál era la casa en cuestión, me disfracé de mendigo y estuve vigilándola desde el exterior (aquello me trajo recuerdos de Inés y de las rondas que había hecho alrededor de su finca en Guadix). Se trataba de un caserón de dos plantas embutido entre otros edificios de aspecto similar, ubicado en un barrio solitario. El portón principal permanecía cerrado a cal y canto, y lo mismo podía decirse de las ventanas enrejadas. A primera vista parecía deshabitado, pues nadie entraba ni salía de allí; así que decidí probar suerte con la fachada posterior. Ésta sólo disponía de una puerta pequeña, de servicio, y me acomodé en un viejo establo que había enfrente para observar con discreción. Cuando empezó a oscurecer, una figura de mujer salió por la puerta. Dudé si seguirla o no, pero consideré más prudente esperar. Al cabo de media hora la fémina apareció en compañía de un hombre y entraron en la casa. Desde fuera no se podía ver nada y tampoco se percibían luces en el interior. Pensé que, dado que la mujer estaría entretenida con su acompañante, sería un buen momento para buscar una forma de colarme en el interior. Una de las casas contiguas a la de la mujer estaba vacía y era más alta que ésta. Trepé por el muro,

me enganché a la barandilla del balcón y entré en la planta noble, pues las puertas de acceso a la misma estaban desvencijadas. Desde allí me resultó fácil subir por las escaleras hasta la planta superior y descolgarme hasta el tejado de la vivienda de la dama. Las tejas estaban resbaladizas y una sección de la cubierta hacía tiempo que se había desplomado, permitiendo entrar y salir de la casa por el boquete. Comprobé que era factible ingresar en el piso superior y que no existían obstáculos para descender hacia el inferior; aunque había que tener mucho cuidado con el chirrido de los suelos de madera. No quise aventurarme a seguir avanzando y volví a la hospedería para contarle al capitán lo que había descubierto. Tras relatarle pormenorizadamente todo lo que había observado, me indicó que acudiríamos cuando lograse concertar una cita.

La Luna resplandecía en el cielo cuando me interné en el establo desde el que había estado observando la casa de la misteriosa señora por primera vez y me alegré de que el viento barriese las calles, porque contribuiría a camuflar los ruidos inoportunos que se pudiesen producir. Vi al capitán aproximarse lentamente y detenerse delante de la puerta de servicio. La golpeó con la aldaba y al poco rato la misma se abrió y él ingresó. Yo aproveché para encaramarme rápidamente al balcón de la casa vecina y repetir el recorrido ya conocido. Cuando me colé en la casa de la anfitriona, escuchaba los latidos acelerados de mi corazón y resoplaba como un animal por el esfuerzo. Llegué a pensar que mi irrupción no habría pasado desapercibida. Esperé un buen rato hasta que el pulso se normalizó y salí con cuidado de la estancia. Dejé el portón abierto, porque todo lo que me rodeaba estaba más negro que boca de lobo y la única claridad con la que podía contar era la que procedía del exterior. Tras deambular por un corredor estrecho, comencé a bajar lentamente por la escalera que conducía a la planta baja y al llegar al zaguán vi que, salvo la luz que brillaba por debajo de la puerta de una habitación, el resto de la casa permanecía a oscuras. Como no había forma de observar lo que sucedía dentro desde otra estancia, no me quedó más remedio que mirar por la cerradura de la puerta. Yo esperaba encontrarme con alguna situación subida de tono; pero lo que vi fue una escena dantesca: el capitán se encontraba a medio vestir con la cabeza apoyada sobre el regazo de la mujer. Ésta reposaba en un sillón ancho y llevaba puesto un vestido de organza negro del que sobresalían unos pechos enormes como ubres cubiertos por una sustancia blanquecina. Mientras amamantaba a D. Juan, sostenía uno de sus brazos en alto y le chupaba la sangre. El sonido rítmico de las gotas que impactaban contra el suelo tras recorrer el antebrazo del capitán me heló la sangre. Me incorporé y sin pensarlo dos veces abrí la puerta e ingresé en la habitación. Todo sucedió de manera tan súbita que el tiempo pareció detenerse. Yo no sabía cómo actuar y la daifa me miraba con ojos estupefactos, sin entender qué pintaba yo allí. De repente arrojó el cuerpo del capitán al suelo y se abalanzó sobre mí dando alaridos. Al principio fui incapaz de reaccionar; pero al ver sus garras monstruosas y los colmillos que sobresalían de una boca sanguinolenta, salté hacia un lado para esquivarla. Me tropecé y caí al suelo, y cuando me quise dar cuenta, el súcubo estaba

sobre mí e intentaba ensartarme con los garfios que tenía por uñas. Le sujeté las muñecas para inmovilizar sus movimientos y entonces comenzó a acercar peligrosamente su boca a mi cuello. Logré levantar una rodilla e interponerla entre ambos y en cuanto dispuse de suficiente espacio le propiné un codazo en la cara. En ese momento nos separamos y pude levantarme. El pavor que había sentido al principio desapareció al comprobar que no era un ser de otro mundo, pues sangraba por la nariz como un cochino; sin embargo, estaba como poseída y volvió a cargar contra mí. Esa vez no me pilló desprevenido y blandiendo una silla por las patas la golpeé en el rostro dejándola inconsciente. Aunque estaba exhausto, levanté a D. Juan y, medio andando medio a rastras, conseguí llevarle a la posada.

Cuando el capitán despertó dos días más tarde no recordaba nada de lo que le relaté. Él sólo se acordaba de haber acudido a la cita e ingerido un bebedizo proporcionado por la dueña. A partir de ahí su mente estaba en blanco. Ni galanteos con la dama, ni conversaciones con el fantasma de su padre… nada. Transcurridos unos días de nuestra aventura, D. Juan comenzó a padecer una afección extraña. Se iniciaba con fiebre y espasmos, y a continuación su cuerpo permanecía rígido como un palo durante horas. La mujer del mesonero, que fue testigo del agarrotamiento una de las veces, me facilitó una estampita del Santo Niño del Remedio por si resultaba de ayuda; pero me señaló que aquello parecía cosa de brujería y que lo más conveniente era visitar a La Amanda, una anciana que vivía en las latomías y que era conocida por su capacidad para contrarrestar todo tipo de hechicerías. El capitán no tenía excesiva confianza en los matasanos tras lo sucedido en el sitio de Galera y se mostró de acuerdo con el consejo de la mesonera. Nos levantamos temprano y siguiendo las indicaciones que nos facilitaron, salimos en su busca. Después de recorrer una zona de canteras repartidas por unos cerros impracticables, dimos con ella en un cubil próximo a un antiguo teatro excavado en la roca. Al principio nos miraba recelosa, pero cuando oyó el tintineo de la faltriquera cambió de actitud y se mostró dispuesta a ayudarnos. Le referí los acontecimientos con la mayor objetividad de que fui capaz y tras escucharnos atentamente, asintió con la cabeza y nos dio una explicación de lo que, a su juicio, había sucedido. No hacía mucho que Siracusa había padecido un brote de peste y las autoridades, en previsión, habían decretado el aislamiento de los barrios en los que se declaraba algún caso, dejando incomunicados y encerrados a todos los vecinos bajo pena de muerte. El gobierno de la ciudad no se preocupó por abastecer a las personas enclaustradas y cuando se agotaron los víveres de que disponían, muchos se vieron forzados a practicar el canibalismo para sobrevivir. Corría el rumor de que algunos supervivientes habían enloquecido y que tras haberse acostumbrado al sabor de sus congéneres, se habían especializado en atraer víctimas para alimentarse. Era posible que la mujer cuya descripción le facilité fuese una de ellos y que, en lugar de matar a sus presas, hubiese concluido que era preferible mantenerlas con vida para que le durasen más tiempo, haciendo que volviesen recurrentemente a su lado por medio de drogas y engaños. De hecho, la sustancia blanca que cubría sus senos tenía toda la pinta de ser un potente narcótico que entre

la gente del gremio se conocía como *dolcemorte*, elaborada a base de estramonio y pasta dulce de almendras. Conocía otros casos semejantes al del capitán y, para desgracia de éste, nos advirtió que los síntomas, aunque podían atenuarse por medio de la *triaca di vipera* o el *vinagre de los cuatro ladrones*, no desaparecerían nunca del todo. Tras suministrarnos una buena cantidad de pociones y desearnos suerte, nos despidió y se metió en su gruta maldiciendo porque olía a guiso quemado.

Al margen del luctuoso episodio vivido en Ortigia, hubo otros acontecimientos de los que guardo grata memoria; y de entre todos ellos destaca la amistad que trabé con Gobbicino, un genio que inventaba todo tipo de artefactos, en cuya compañía pasé muy buenos ratos. Aunque se llamaba Tommaso, todos le conocían por el mencionado apodo, porque era jorobado. Me topé con él por casualidad un día que fui a buscar una jarra de vino para el capitán. Se encontraba sentado en una mesa de la taberna dibujando sobre unos papeles y al notar que yo le estaba observando, levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Era algo mayor que yo, poseía unas facciones agradables y parecía una persona desenvuelta.

—No había visto nunca un mecanismo parecido –le dije señalando el diseño en el que se encontraba trabajando–. ¿Para qué sirve?

—Se trata de una clepsidra.

—¿De una clepsidra?, ¿qué es una clepsidra?

—Pues un instrumento que sirve para medir el tiempo.

—¿Y cómo funciona?

Gobbicino me dio toda suerte de explicaciones y me invitó a que visitase su taller para conocer sus inventos, cosa que hice desde entonces en numerosas ocasiones. Trabajaba en la ebanistería de su padre y en el patio que daba a la parte trasera había levantado un almacén en el que guardaba sus diseños junto con máquinas y aparatos insólitos, desde autómatas hasta dispositivos que permitían encender fuego mediante un sistema de lupas, pasando por carros que, según él, podían moverse sin necesidad de tracción animal. Un día me comentó que le gustaría organizar una exhibición con sus ingenios y me ofrecí a ayudarle. Colocamos pasquines por la ciudad e informamos a vecinos y transeúntes que pasaban por la puerta sobre la fecha y hora en que tendría lugar la demostración y que la única condición para asistir consistía en llevar una silla. Acondicionamos el patio de la carpintería lo mejor que supimos y Gobbicino anduvo probando los artefactos y asegurándose de que todo funcionaba correctamente. El día de la muestra el patio de la carpintería parecía una corrala repleta de gente ávida de espectáculo. Todo marchaba de perlas y los asistentes abrían unos ojos como platos sorprendidos por

el cacharro que pelaba fruta, el traje con tubos con el que se equipó el propio inventor y que le permitía permanecer dentro de una tina gigante de agua sin necesidad de salir a respirar, la máquina que escupía aire caliente para secar la ropa… En un momento dado mi amigo solicitó la atención del público e informó de que daría comienzo un experimento que permitía demostrar que era posible mantener un conjunto de engranajes en movimiento de forma indefinida. Se hizo el silencio, más por el tono misterioso que utilizó Gobbicino que porque las personas entendiesen a lo que se refería. A continuación descorrió unos cortinajes y apareció ante la vista de todos un amasijo de piezas metálicas. Tras accionar varias palancas se tensaron unos correajes y una soga comenzó a enrollarse en torno a una especie de peonza de madera inmensa. Cuando estuvo totalmente envuelta, el mecanismo soltó un bufido monstruoso, la maroma se desenrolló en un abrir y cerrar de ojos y la peonza comenzó a girar sobre su eje a una velocidad de vértigo. Los asistentes miraban hipnotizados el mecanismo que daba vueltas sin cesar impulsado por el trompo gigante y, de repente, se oyó un estruendo semejante a una explosión. La peonza se soltó de la máquina y al quedar fuera de control, comenzó a arrollar todo cuanto se interpuso en su camino: personas, sillas, inventos, maderos… Por fortuna no hubo que lamentar ninguna muerte; aunque muchas personas sufrieron heridas y contusiones. A partir de entonces el pobre Gobbicino tuvo que conformarse con mostrarnos sus invenciones a los que formábamos el grupo de incondicionales, ya que su padre le prohibió organizar más exhibiciones. Después de abandonar Siracusa nunca más volví a tener noticias de él o de alguno de sus inventos; por lo que estoy seguro de que, al igual que suele ocurrir con todos los grandes genios, sus contemporáneos no supieron apreciar su talento.

El capitán seguía sufriendo las secuelas de la enfermedad contraída a raíz de sus encuentros con la chupasangre y se veía obligado a permanecer postrado en la cama durante días de manera recurrente; por lo que, como ya comenté con anterioridad, D. Lope de Figueroa dispuso que ambos (a mí me consideraba el fámulo de D. Juan) le acompañásemos de vuelta a España. El viaje resultó agotador, pues el capitán apenas podía valerse por sí mismo y me vi forzado a permanecer junto a él la mayor parte del tiempo. De la noche a la mañana el saltabardales mujeriego de antaño se había convertido en un paralítico que yacía rígido como la mojama sobre el lecho.

Hicimos el trayecto entre Mesina y Valencia con viento favorable y, una vez que desembarcamos, la comitiva se dirigió hacia la Corte. La calima desdibujaba el horizonte y era posible percibir la energía que desprendían todas las cosas, incluidos los seres vivos; de tal forma que, si entrecerrabas los ojos, podías ver la radiación que emitían los cuerpos. Fuimos haciendo alto en muchas ciudades a lo largo del camino: Motilla del Palancar, Cuenca, Tarancón…; pero al llegar a Ocaña nos vimos obligados a continuar viaje, porque se habían producido disturbios como consecuencia de la pretensión del Comendador de cortejar a la mujer de un villano llamado Peribáñez. D. Lope, al que le urgía llegar a Madrid, ordenó a varios soldados

que nos facilitasen un carro en buen estado y abundantes provisiones, y se despidió de nosotros (o más bien de mí, pues el capitán estaba en aquellos momentos más tieso que un obispo en una judería). Acomodé a D. Juan a la sombra de una sábana que até a las cuatro varas de la caja y puse rumbo al mediodía. Los caminos polvorientos se bifurcaban y entrecruzaban sin cesar y, aunque seguía los que me parecía que se desviaban menos de la ruta, era imposible saber hacia dónde nos llevaban. No me dio tiempo a preguntar a un jinete que pasó de largo, y cuando por fin llegué a la altura de una pareja de caminantes (un labrador y su madre), me informaron de que nos encontrábamos cerca de Sonseca. La anciana parecía estar a punto de desmayarse y les invité a subir y acomodarse en el pescante. Según me dijeron, exhalando un intenso aliento a ajos, se habían levantado con los primeros cantos del gallo y se dirigían a visitar a una santera de dicha población. La mujer, que poco antes iba arrastrando los pies, enseguida se repuso y comenzó a darle a la lengua; y al ver a D. Juan, se persignó pensando que era un moribundo y me preguntó por el mal que padecía. Me dio pinta de que era alcahueta de oficio; así que le conté muy por encima lo que me pareció, sin darle detalles en exceso, y me aconsejó que acudiésemos a la casa de la curandera a la que iban a ver; pues tenía fama de sanadora y no perdíamos nada por visitarla. Llegamos a la plazuela de la iglesia y descendimos los tres. Ellos se encaminaron a casa de un familiar que vivía cerca y yo fui a buscar hospedaje; pero antes de despedirnos, quedamos en que nos encontraríamos de nuevo allí cuando bajase el sol, pues tenía intención de acompañarles para hablar con la susodicha curandera. No tenía excesiva fe en que pudiese ser de ayuda; mas nunca se sabe… Nos dirigimos hacia las afueras de la localidad y llegamos a un descampado en el que destacaba una casa encalada. Había una muchedumbre esperando a la entrada, pues al parecer la fama de la ensalmadora era tal, que llegaba gente de todos los pueblos de alrededor para ser atendida. La puerta estaba abierta y a través del hueco se podía ver un pasillo iluminado por velas y pequeños altares con estampitas de santos cuyo nombre no había escuchado jamás. Una criada nos condujo hasta la habitación donde se encontraba la sanadora y, a juzgar por el trato, me pareció que los tres eran viejos conocidos. Cuando la santera se interesó por mí, la vieja le dijo que yo era un sobrino suyo que les acompañaba porque los achaques de la edad no perdonaban, y la otra pareció satisfecha. La habitación estaba en penumbra y los sahumerios saturaban el aire e impedían respirar con normalidad. La comadre fue la primera en ser atendida. La curandera colocó una mampara en medio y le pidió que se desnudara de cintura para arriba. Aunque el biombo tenía por objeto obstaculizar la visión de quienes permanecíamos sentados en sillas de pleita junto a la pared, lo cierto es que estaba desvencijado y pude observar el cuerpo encorvado de la anciana, su abdomen surcado de líneas azuladas y unas tetas más escurridas que las de una cabra tísica. La sanadora comenzó a recitar una jaculatoria y a darle masajes en la tripa, y al cabo de un rato, algo pareció palpitar bajo la piel. La celestina se retorcía de dolor y en las manos de la curandera apareció una especie de fideo largo y negruzco al que se

refirió como *la culebrilla.* A continuación, se deshizo de la misma arrojándola a un brasero (sin que diese tiempo a saber de qué se trataba) y terminó con una friega de alcohol y otra oración que calmaron a la anciana. Empecé a sospechar que la curandera era una farsante, ya que el supuesto bicho que le había extraído a la vieja parecía más un cordel que otra cosa; pero esperé a ver lo que sucedía para juzgar. Después le llegó el turno al hijo, que padecía de vértigos. La curalotodo le indicó que se sentara en la silla que había en medio de la sala y que inclinase la cabeza hacia un lado; y cogiendo con unas pinzas unas hebras muy finas de cebolla sumergidas en el aceite de un recipiente de cristal, comenzó a introducírselas por el oído. El pobre desgraciado gruñía como cerdo por San Martín mientras la aprendiz de cirujano rezaba plegarias y le pasaba un escapulario de San Policarpo por encima de la oreja. Yo llevaba tiempo aguantándome, pero llegó un momento en que no pude reprimirme más y se me escapó una carcajada. La santera me echó una mirada de reprobación y retomó la faena. Cogió una de las piernas del labrador y la apoyó sobre una banqueta; después le descalzó y, tomando una breva de un plato, la abrió por la mitad y se la plantó en el dedo gordo del pie. En ese momento ya no pude más. Empecé a desternillarme y a llorar de la risa; y decidí que era mejor abandonar aquel tugurio antes de que me invitaran a hacerlo.

Al día siguiente instalé al capitán en el carro y seguimos camino. Hicimos alto en varias posadas de La Mancha, habitadas mayormente por chinches y piojos, y entramos en Jaén por el desfiladero de Despeñaperros. Tras otras tantas jornadas, a principios de abril de 1573 llegamos por fin a Guadix.

Habían pasado dos años desde que partimos para Italia y durante todo ese tiempo no había tenido noticias de Inés. Desde que salimos de Mesina no había pensado en otra cosa más que en el momento del reencuentro y me imaginaba dirigiéndome hacia su casa sin ni siquiera cambiarme de ropa para verla aunque fuese de lejos; sin embargo, los acontecimientos se suelen desarrollar de manera muy diferente a como los hemos concebido.

Desde el mismo instante en que atravesamos el portón del patio de la casa paterna de D. Juan me sorprendió la actitud de los criados. Mostraron alegría al vernos, pero algo en su semblante provocó en mí una señal de alarma. El capitán se encontraba algo mejor y por su gesto discerní que también él había captado que algo no marchaba bien. Oí a Doña Mencía aproximarse dando voces y cuando se nos acercó, se arrojó en brazos de su hijo sollozando.

> *—¡Juan, Juan! ¡Menos mal que estás bien! No habría soportado perder otro hijo.*

Al oír aquello un escalofrío me recorrió la espalda y pensé que Lucas o Mateo debían de haber sufrido algún percance, pues Marcos, el hermano mayor, se encontraba presente detrás su madre. Su cara de aflicción no hacía presagiar nada bueno.

> *—¿Otro hijo?* —dijo el capitán con lentitud, sin comprender—. *Madre, ¿a qué os referís?*
>
> *—A que Inés ha muerto… ¡Mi niña!*

En ese momento algo se rompió dentro de mí y sentí como si unas raíces negras se enredasen alrededor de mis entrañas. No podía ser. Inés no podía haber muerto. ¿Cuándo había sucedido? ¿Cómo? ¿De qué?...

La noticia agravó el estado de salud de D. Juan y las constantes recaídas acabaron por acostumbrarle a vivir enclaustrado en la morada familiar. Apenas si volvió a salir de casa y ya nunca fue el mismo.

El duelo que habitaba en la casa se sumó a mi dolor particular y pasé tiempo viviendo en un cuerpo ajeno. No podía desahogarme con nadie y pasaba las horas, los días, consumiéndome de tristeza, silencio y soledad. No se sabía a ciencia cierta lo que había pasado. Nadie era capaz de responder a las interrogantes que rondaban por mi cabeza día y noche. La mala relación que existía entre la familia de Inés y Alonso Dávalos, el viudo, había impedido conocer con detalle las causas de la muerte de ésta y un velo de secreto se extendía sobre lo ocurrido. Nada había trascendido de puertas para fuera.

Rondé muchas veces cerca de su casa, como si con aquello pudiese obtener alguna información; pero las paredes se mostraban obstinadamente mudas. Un día, tras

andar y desandar arriba y abajo la calle que daba a la fachada principal, me metí en un pequeño bodegón que había enfrente regentado por un tabernero de pelo grasiento y maneras groseras. Pedí un vino y me senté abstraído en una mesa. El local estaba prácticamente vacío y un vejete en el que no había reparado hasta entonces me saludó desde el fondo. Cuando le devolví el saludo observé que no me quitaba ojo y que sujetaba su jarra como si temiese que alguien se la fuese a robar. Resultó ser una persona extraordinariamente locuaz, y tras cruzar algunas palabras, enseguida comenzó con el cuento de que era veterano de guerra y que había peleado en no sé cuántas batallas. Le pregunté si vivía cerca y me contestó que la casa de al lado era la suya. Me senté a su lado y le pedí al cantinero que le llenase la jarra *a tan insigne soldado*. En un momento dado, tras escuchar pacientemente sus bravatas, le pregunté si sabía cómo había muerto la mujer de Alonso Dávalos; y aunque pareció recelar de que un extraño le formulase dicha cuestión, me contó que sólo sabía lo que contaba la gente, que había muerto de parto. Aquello me golpeó como un puñetazo inesperado en el rostro: de ser cierto, el hijo que esperaba Inés probablemente fuese mío, pues el marido se iba de furcias cuando sentía necesidad. No había visto salir de la casa en ningún momento a Úrsula, la antigua criada, y le pregunté si sabía qué había sido de ella. Al parecer, la habían echado de la casa cuando falleció Inés y había encontrado refugio en el convento de las Clarisas, gracias a un hermano fraile que tenía, donde trabajaba como criada. Tras invitar a otra ronda, me despedí de los presentes y me marché.

Mientras volvía caminando bajo un cielo plomizo, pasé por delante del convento. Se trataba de un edificio feo habitado por monjas de clausura, con portones y ventanas protegidos por rejas. Por lo que había comentado el condottiero, deduje que la antigua dueña había sido expulsada de la casa de Alonso Dávalos por no cumplir con su cometido de vigilar a su señora y que, para subsistir, había aceptado servir a las monjas, convirtiéndose en su recadera.

Vigilé durante varios días las puertas del recinto, tanto la principal como las accesorias, esperando ver salir a Úrsula; pero no tuve suerte. Ya empezaba a impacientarme y a pensar en colarme por la tapia que daba al huerto, cuando una mañana la vi abandonar el cenobio en un carromato en compañía de una mujer fornida. Las seguí a una distancia prudente para evitar que se percatasen de mi presencia y las estuve observando durante media mañana mientras compraban comida. Evidentemente, las hermanas de clausura utilizaban sus servicios para abastecerse y llevar a cabo todas aquellas actividades que precisaban ser realizadas extramuros.

Las salidas coincidían con el mercado semanal que se instalaba junto a la Puerta de Baza y la siguiente vez que vi a Úrsula tuve la suerte de que fuese sola. La ocasión la pintan calva, pensé. Había estado dándole vueltas a cómo iba a hacer para abordarla y deshacerme de la compañía al mismo tiempo, y de pronto se me presentaba aquella espléndida oportunidad.

La fui siguiendo con la mirada mientras iba de un puesto a otro. Concurrido como estaba el mercado, habría llamado mucho la atención asaltarla en medio de todo aquel gentío; así que decidí esperar a que se presentase una ocasión favorable. Cuando hubo adquirido lo necesario, vi que se subía al carromato y enfilaba por el camino que, tras atravesar la rambla, se dirigía hacia el campo. Al cabo de media legua paró cerca de unos corrales y entró en una casa baja. Por lo que pude escuchar, se había detenido allí para comprar unos quesos. Me escondí detrás de unos álamos y cuando Úrsula, tras despedirse del pastor, se acercó y levantó la lona de la parte posterior del carro para guardar los productos, llegué hasta ella y la agarré por el brazo con fuerza. Lo imprevisto de la situación la hizo gritar; pero, al girarse y verme, se quedó petrificada.

—*Hola, Úrsula* —le dije mientras la mantenía sujeta.

—*Maldito bast…* —comenzó a decir entrecerrando los ojos e interrumpiéndose al notar que una punta afilada le pinchaba la tripa.

—*Monta y coge la senda de la derecha —le dije mientras subíamos al pescante—. Levanta la voz y te rajo el cuello como a un gorrino.*

Atravesamos una zona de huertas solitarias que yo conocía bien y después nos internamos por entre unas cárcavas hasta llegar a una hondonada donde moría el camino. De vez en cuando Úrsula me miraba de soslayo, sin comprender bien cuáles eran mis intenciones. Bajamos del carruaje y nos introdujimos por un sendero estrecho que daba acceso a unos abrigos rocosos excavados por los pastores en un acantilado para protegerse de las inclemencias de tiempo.

—*La senda por la que hemos llegado —le dije— es la única vía de salida y chillar no servirá de nada, porque estas cuevas sólo se utilizan en invierno y no hay nadie por los alrededores.*

—*¿Qué queréis? ¡No os basta con haberme arruinado la vida gracias a vuestra aventura con Inés, que ahora me jodéis la única ocupación que he podido conseguir! No me digáis… —continuó diciendo mientras sonreía con sorna— que ahora os habéis encoñado de mí.*

—*No tengo ninguna intención de hacerte daño y sólo quiero que me cuentes lo que pasó.*

—*¿Y por qué habría de contaros nada?*

—*Por dos razones. La primera porque cuanto antes hables, antes nos iremos; y la segunda, porque si no lo haces por las buenas… —dejé caer, haciendo girar mi vizcaína en la mano con aire descuidado.*

No tenía muchas opciones y al final se avino a relatarme lo que había sucedido. Algunos meses después de que D. Juan y yo hubiésemos partido para Italia, se hizo

más que evidente que Inés estaba embarazada. Alonso Dávalos enfureció de cólera cuando se enteró y a partir de ese instante no paró de insultar y maltratar a su esposa. La encerró en su habitación y la hacía saltar desde una banqueta al suelo una y otra vez para ver si con el esfuerzo abortaba; pero como no dio resultado, llamó a una partera para que le extrajese a la criatura. La intervención se fue complicando (en palabras de Úrsula, todo lo que podía salir mal, salió peor) y al final Inés murió desangrada. Después de aquello, y dado que ya no se requerían sus servicios como dama de compañía, Alonso Dávalos la echó de su casa advirtiéndole de que si decía una sola palabra de todo lo que había visto, se encargaría personalmente de que nadie la acogiese bajo su techo.

—¿Sabe Alonso Dávalos que yo era el padre del hijo que esperaba Inés?

— Sí —dijo con firmeza—. *Y no porque se lo confesase Inés; sino porque se lo dije yo.*

Ambos nos quedamos en silencio, cada cual envuelto en sus funestos pensamientos, y después de un rato cuya duración no sabría concretar, nos dirigimos hacia la carreta y volvimos a Guadix.

Los hechos narrados por Úrsula me provocaron una rabia y una ira enormes, y la única cosa en la que pensé a partir de ese momento, como si mi vida no tuviese otro propósito, fue en vengarme de Alonso Dávalos. Decidí vigilar sus movimientos; pero, no sé si como consecuencia de que conocía mi regreso o de que no estaba seguro de que la historia Inés no hubiese traspasado los muros del hogar conyugal, permanecía en casa y no asomaba fuera ni la nariz. No obstante, la zorra siempre vuelve al corral, y pasados algunos meses comencé a verle salir y mostrarse en público de forma cada vez más confiada. Retomó su antigua costumbre de visitar los burdeles de la Judería, y al menos un par de veces por semana acudía puntualmente a la cita, acompañado, eso sí, por un lacayo que hacía las veces de guardaespaldas. Por mi parte, no salía de casa sin mi daga y una espada ropera que tomé prestada de la panoplia de los Díaz.

La Luna brillaba alta en el cielo y un viento frío recorría las calles solitarias como una criatura incapaz de encontrar la salida en un laberinto. La ausencia de testigos molestos, el susurro del aire que mitigaba los sonidos y una calle sombría resultaban ideales para mis propósitos. Mientras esperaba escondido en un recodo oscuro, no dejaba de pensar en las vejaciones y ultrajes que habría padecido Inés a manos de aquel salvaje. Percibí el ruido lejano y pausado de unos cascos que golpeaban contra el enchinarrado y comprobé, como me había enseñado el capitán, que el tahalí estaba bien ajustado y que las armas engrasadas salían sin dificultad de sus vainas. Desde mi posición podía ver con claridad la luz que desprendía el hachón que portaba el criado en una mano. Llevaba el caballo de la jáquima mientras su amo se arrebujaba con un capote sobre la silla. Esperé a que se acercaran y cuando llegaron a la altura del callejón en el que me encontraba, perpendicular a la calle por la que circulaban, me recogí la capa para que no estorbase mis movimientos y salté hacia delante empuñando las armas. Antes de que tuviesen tiempo de reaccionar desjarreté al sirviente y acuchillé con fuerza al caballo en la tripa. El primero, al que sólo quería incapacitar, soltó la bujía y cayó al suelo entre alaridos. El segundo, malherido, comenzó a trotar; pero a los pocos pasos tropezó al enredársele las patas entre sus propios intestinos y se derrumbó, tirando al jinete por tierra. A pesar de permanecer exánime y tendido cuan largo era sobre el empedrado, cuando me aproximé a Alonso Dávalos, éste pareció recuperarse y, desplazándose con dificultad, saltó hacia un lado, con tan mala fortuna que fue a caer en un albañal por el que discurrían los excrementos de una zahúrda próxima. Aunque estaba cubierto de mierda, corría más rápido que un condenado a la hoguera (cualquiera hubiera preferido aquello a acabar ensartado por un acero); pero no habría de servirle de mucho, porque el barranquillo no tenía salida y moría frente a unas pocilgas cubiertas de zarzas. Le seguí tratando de ensuciarme lo menos posible y cuando comprendió su error y se dio la vuelta, se encontró con la punta de mi espada apuntándole al pecho. Hizo el gesto de echar mano a la suya, pero la había perdido durante la caída, y al no tener posibilidad alguna de batirse el cobre, se arrodilló ante mí y comenzó a pedir árnica. Había soñado muchas veces con aquel instante, con matarle como a un perro; sin embargo, al verle allí, indefenso, rebozado en

inmundicia y oliendo a leproso, no me resultaba fácil introducirle un palmo de acero en las entrañas. Dávalos estaba implorando y lloriqueando cuando oí un fortísimo gruñido a su espalda, y en lo que dura un parpadeo, un semental, un verraco que podía utilizarse como montura de lo grande que era, se abalanzó sobre él y le arrancó media cabeza de un mordisco. Me alejé de allí sin darle la espalda al animal mientras observaba cómo le colgaban del hocico los restos de los sesos del interfecto.

Deambulé aturdido pero sin bajar la guardia, pues el criado había desaparecido y, aunque era perceptible que el rastro de sangre que iba dejando se alejaba en dirección contraria a la mía, podía estar escondido esperándome. No tenía tiempo que perder. En breve la noticia de la muerte de Alonso Dávalos correría como la pólvora y el sirviente informaría a la Santa Hermandad de que el criminal en cuestión era yo. Además, el fallecido contaba con importantes contactos y poderosos familiares que pondrían precio a mi cabeza. Era todavía de noche cuando llegué al predio de los Díaz de Mendoza y tras saludar al personal de guardia y cruzar el patio, subí de tres en tres los escalones de la escalera que llevaba a mi habitación. Cogí el hatillo que había preparado en previsión con algo de ropa y mis escasas pertenencias y bajé a la cocina. Sabía que Julia estaría ya allí horneando el pan y le di una carta para el capitán (dirigida también a su hermano Marcos por si no estaba en disposición de leerla) en la que explicaba sin omitir detalle las razones que me habían empujado a actuar como lo había hecho. A continuación bajé a la cuadra y le pedí a Chicharra, el mozo de cuadra, que me ayudase a enjaezar dos caballos. El hombre no sospechó nada, pues debió de pensar que el segundo estaba destinado a alguno de sus amos, y lo último que se le habría pasado por la cabeza es que me iba a largar con ellos.

Sin más demora, me puse al galope hacia Granada. Paré en la misma venta en la que había pernoctado tres años antes cuando acudí para incorporarme al tercio; aunque en esta ocasión, merced al dinero que pagué por adelantado, tanto la comida como la habitación resultaron decentes. A pesar de disponer de una cama mullida, no pegué ojo y pasé la noche en vela pensando en cosas del pasado, de Dólar: en el vino de pitarra que nos daban de beber los mayores durante las fiestas, en los vecinos que se vestían de taramantas el día de Todos los Santos, en las alfardas que vestían las mujeres moriscas, en las tutubías y zorzales que anunciaban la llegada del otoño, en el nombre por el que conocíamos a cada castaño (Arena, Patas, Áspero, Plantón del Cerro, Dorado, Cortapicoso, Mondaero, La Rejilla, El Pósito…).

Me desperté temprano y me puse en camino antes de que los huéspedes comenzasen a pulular; y gracias a que podía cambiar de montura con regularidad, avancé a buen paso. El itinerario que seguí no era fruto de la desesperación ni de ninguna decisión arbitraria; sino que había sido planeado minuciosamente desde el mismo instante en que resolví vengarme de Alonso Dávalos. Mi ruta me llevó de Granada a Sevilla pasando por Loja, Antequera y Osuna. Apenas guardo recuerdos de ese viaje, pues cabalgué descansando el tiempo mínimo imprescindible; ya que

mi intención era llegar cuanto antes para embarcarme con destino a las Indias. Había soñado con ellas desde que leí la *Suma de Geographia* de Fernández de Enciso. Tierra Firme, América, Nuevo Mundo…; bastaba con pronunciar esos nombres para que mi imaginación echase a volar.

Sevilla me pareció un lugar tan polvoriento y deprimente como el color bazo del enlucido de sus casas; una ciudad inmensa, sucia y concurrida. La gente arrojaba las aguas sucias por la ventana y las calles estrechas estaban repletas de desperdicios, animales muertos y tinglados llenos de gente vocinglera. Estaba dividida en dos partes. El casco viejo circunvalado por murallas junto a la zona portuaria que ocupaba el margen izquierdo del Guadalquivir, y una barriada que crecía por días en la orilla opuesta junto al castillo de San Jorge y que tenía fama de albergar las agrupaciones de ladrones y bellacos más peligrosas de toda la Monarquía, como era el caso de la Casa de Monipodio.

Desde que llegué estuve tratando de encontrar una nave en la que embarcar; pero el asunto no resultaba sencillo. Al margen de los documentos en los que se hacía mención de mi persona y de los servicios que había prestado en el Tercio Viejo, carecía de certificado de limpieza de sangre; y sin él, resultaba imposible solicitar el permiso de viaje en la Casa de Contratación. Por otra parte, indagué la posibilidad de enrolarme en alguna tripulación; pero a la desconfianza que manifestaba la gente de mar hispalense se añadía mi falta de experiencia. Aquello era un callejón sin salida y mi bolsa menguaba.

Me encontraba meditando sobre mi situación en una tasca de mala muerte, cuando escuché una voz familiar. No lejos de donde estaba, en una mesa ocupada por varias personas, reconocí a Garduña. Estaba de espaldas a mí, y, como suele ocurrir entre aquellos que han ejercido el oficio de las armas, no paraba de soltar baladronadas a cuál más increíble. Le acompañaban dos individuos que platicaban en germanía y que, a juzgar por el ruido del hierro que cargaban, parecía que ellos solos se bastaban para capturar La Goleta. Permanecí escuchando un buen rato, divirtiéndome de lo lindo mientras los tres bravos se alternaban en la narración de historias sobre asaltos, encamisadas y degüellos, hasta que en un momento dado Garduña comenzó a contar la idea que se me había ocurrido a mí durante el sitio de Galera para cazar perdices, y que él se atribuyó sin ningún sonrojo.

> *—Como están acostumbradas a compartir el campo con el ganado —decía el muy ladino—, esperé a que oscureciera y me puse un zahón al que ajusté unas esquilas pequeñas. De este modo, una vez que se echaron a dormir, pude acercarme hasta ellas sin que recelasen, pues, gracias al tintineo, me confundieron con una oveja o una cabra, y las fui capturando con un simple capazo de mimbre con el que las cubría.*
>
> *—¿Y estáis seguro, caballerete, —pregunté yo alzando la voz— de que ese plan se os ocurrió a vos solito?*

Garduña se levantó despacio, tomándose su tiempo, como si con ello pretendiera ganar protagonismo. Tras apoyar las manos en la mesa se giró lentamente y comenzó a soltar un exabrupto; pero se interrumpió de repente al verme y se echó a reír:

—¡Maldita sea mi estamp…! ¡Copón bendito, pero si eres tú! —dijo aproximándose y abrazándome— ¿De dónde coño has salido?

—Pues ya ves, estaba aburrido y he pensado: voy a ver que está haciendo mi camarada Garduña.

Los acompañantes, que se habían mostrado inquietos al presenciar la escena, se relajaron al comprender que éramos viejos conocidos; y tras las presentaciones de rigor, se despidieron de nosotros, pues tenían que atender ciertos asuntos que no se podían demorar. Nos quedamos a solas Garduña y yo, y mientras despachábamos unas cuantas jarras de una garnacha aguada y desabrida, nos fuimos poniendo al día sobre nuestras respectivas vidas. Cuando le hice partícipe de mis deseos de cruzar el océano y de las dificultades que estaba encontrando, me confesó que, casualmente, se encontraba en las mismas circunstancias; pero que gracias a algunos contactos (dijo guiñándome un ojo) había encontrado la solución. Al parecer le habían hablado de un notario gaditano muy aficionado al colorao, que no tenía ningún empacho en dar fe o extender los documentos que fuese menester siempre que se aflojase la bolsa; así que decidimos visitarle conjuntamente.

El camino entre Sevilla y Cádiz estuvo marcado por la adversidad. Había más bandidos que moscas, y para evitar que los tábanos, gordos como pulgares, desangrasen a las cabalgaduras, había que agitar constantemente retamas para espantarlos. En Lebrija Garduña llegó a las manos con un gitano porque dudó de las propiedades afrodisiacas de una piedra bezaar que trataba de venderle el calorro; y al pasar por El Cuervo, mi caballo resbaló en la cochambre que cubría el pavimento (usado por los locales como muladar) y se rompió una mano. Tan sólo el último tramo, el que une Jerez de la Frontera con Cádiz, lo hicimos con normalidad.

La notaría de D. Telésforo Salpicón se encontraba en un callejón que desembocaba en la plaza de la catedral y gozaba de más seguridad que una cárcel del rey. Además de escribanía funcionaba como banco, casa de empeños y aún me atrevería a decir que como depósito para ocultar bienes de incierta procedencia. Había guardias armados tanto a la entrada como en el interior y por el tejado se veía siempre a gente de ronda con arcabuces. Conseguir las credenciales y licencias falsificadas nos costó hasta lo que no teníamos y tuvimos que recurrir a todo nuestro ingenio para procurarnos el dinero convenido y sobrevivir hasta poder embarcar.

Por fin, y gracias a que Garduña conocía al capitán de guerra de uno de los galeones encargados de defender la flota mercante, a finales de 1574 nos enrolamos como soldados y partimos hacia Tierra Firme. Cuando el buque soltó amarras y nos hicimos a la mar, me invadió una enorme sensación de libertad, porque hasta ese momento

había vivido pensando que en cualquier momento me llevarían preso por lo acaecido en Guadix; sin embargo, también me sentí pesaroso (como tiempo atrás cuando me marché de Dólar), pues era consciente de que nunca más volvería a ver el sol reflejado sobre las cumbres de Sierra Nevada.

Estaba previsto que atravesásemos el océano sin hacer escala hasta llegar a S. Juan; pero a los pocos días de nuestra partida nos sorprendió una tormenta que desarboló varias naos y nos vimos forzados a detenernos en Madeira. A pesar de que en aquellos momentos Portugal y Castilla no estaban en guerra, la larga rivalidad colonial mantenida en el pasado por ambos reinos todavía levantaba ampollas. Tan pronto como apareció Funchal a la vista, una carraca, cuyo nombre recuerdo porque me pareció bastante jactancioso (*O Terror dos Ventos*), salió a nuestro encuentro y se dirigió a la nave capitana. Tras conocer lo ocurrido, se autorizó que las naves dañadas entrasen a puerto; pero no así el resto de la flota, por lo que el mando decidió dejarlas allí para ser reparadas y seguir camino.

Aunque había navegado por el Mediterráneo, el Mar Occidental resultaba mucho más imponente. Olía distinto, fresco y salvaje, y poseía un intenso color añil que intimidaba. A pesar de ello, la ruta discurrió con tranquilidad y la marinería, para pasar el tiempo, contaba historias de lo más entretenido. Según un viejo marinero de Sanlúcar, durante uno de sus muchos viajes por las Antillas había visto unas sirenas muy bellas que nadaban en unos bajíos que separaban un manglar del mar abierto. Cuando le pidieron que las describiera, el hombre confesó que sólo había visto las colas; pero que, a juzgar por la luminosidad que reflejaban, debía de tratarse de seres maravillosos. Otro, un piloto experimentado, narró que en una ocasión los vientos desviaron su barco hacia septentrión y que mientras sorteaban unos témpanos inmensos de hielo que flotaban a la deriva, observó unos unicornios blancos bajo el agua, cerca del costado de la nave, cuyos apéndices retorcidos eran más largos que sus propios cuerpos. Junto a los que parecían creer sinceramente lo que decían, los había también que sonaban a falso desde el mismo instante en que abrían la boca. Tal fue el caso de un viejo carpintero que comenzó a hablar de un pequeño islote que había visto emerger del agua entre la espuma. Al parecer no se alcanzaba a ver a ningún ser humano sobre el mismo; pero estaba repleto de mesas dispuestas como si se fuese a celebrar un convite, con bandejas llenas de carne y verduras, fuentes de frutos exóticos, botellas de vino, coloridos postres… Al poco de comenzar, y a pesar de que la gente estaba ávida de historias, se fueron marchando todos los asistentes, haciendo que el hombre enmudeciese y que yo me quedase sin conocer el final. También se produjo algún que otro altercado, como el protagonizado por dos eclesiásticos, uno de Toledo y el otro luso, a propósito de la autoría del *Amadís de Gaula.* Mientras que para el primero el artífice había sido Garci Rodríguez de Montalvo, el segundo sostenía que aquello era una infamia y que el escritor había sido Vasco de Lobeira. La disputa fue subiendo de tono y la sangre habría llegado al río de no haber sido separados por quienes observaban boquiabiertos cómo ambos se liaban a guantazos.

Otra de las constantes del viaje fue la incomodidad. Todas las personas que formábamos parte de la dotación, con excepción de la oficialidad (que disfrutaba de

distintas prebendas en función de su jerarquía), vivíamos hacinados. El agua que había a bordo estaba destinada al consumo y, como no era posible asearnos ni lavar la ropa, olíamos parecido a Alonso Dávalos tras pringarse en la cochiquera. Andábamos todo el día rascándonos. Los piojos, las chinches y las pulgas no nos daban tregua y llegué a adivinar el tipo de sabandija de que se trataba y su tamaño por la intensidad del dolor de la picadura.

Tal y como estaba previsto, hicimos escala en San Juan. Lo primero que percibí fue el aroma a fruta madura que impregnaba el aire y la belleza que emanaba de aquellos parajes: la vegetación constituía un dosel verde de ilimitadas tonalidades, la luminosidad del sol llegaba a cegarte y el color turquesa del agua invitaba a zambullirse. Después de varias jornadas llegamos por fin a Nombre de Dios, no sin antes desviarnos a Santiago; ya que hubo que trasladar a unos familiares del Gobernador de Cuba.

En aquella época la plata que se extraía del Virreinato del Perú salía del puerto de Lima (denominado Callao por los lugareños) con destino a Ciudad de Panamá, atravesaba el istmo por el llamado Camino Real hacia la costa caribeña y después se cargaba en la flota atracada en Nombre de Dios hasta España. Los hombres de armas que habíamos llegado a Tierra Firme realizamos el mismo camino, pero en sentido inverso, pues había que custodiar el siguiente envío desde el primer punto de estiba. Nombre de Dios me resultó un lugar extraño (con el tiempo aquella mixtura de razas, costumbres, ideas... me parecería normal). Los españoles vestían a la usanza de nuestra tierra a pesar de que el calor les hacía trasudar abundantemente, mientras que los indios iban prácticamente en pelotas; el castellano sonaba peregrino aderezado con palabras indígenas; y no era raro ver a alguien comiendo un guiso de lentejas junto a quien cocía tortillas de maíz en un comal. Había algo, no obstante, que aquel Nuevo Mundo tenía en común con el Viejo: en ambos había poderosos y oprimidos, lujo y miseria. Los españoles se habían repartido la tierra y trataban a los nativos como si fuesen animales. Durante el corto tiempo que permanecí en Nombre de Dios fui testigo de cómo golpeaban a varios indios (para mi desgracia lo seguiría viendo durante mucho tiempo). Salvo casos aislados, como el de fray Bartolomé de las Casas, aquella pobre gente había sido abandonada a su suerte y a la de la Iglesia. El camino que unía Nombre de Dios con Panamá era un sendero empedrado a través de la selva transitado por hombres y mulas. Era tan estrecho, que cuando se cruzaban dos grupos en sentido opuesto, uno tenía que echarse a un lado para que pudiese pasar el otro. Con todo, lo peor no era acabar con ampollas tras un día entero dando traspiés en las piedras resbaladizas; sino las alimañas que habitan en la espesura. Amén de las ponzoñosas (serpientes, arañas, ranas…), en las charcas hay caimanes escondidos en el cieno y peces que te aturden con una descarga si los tocas. Hay mosquitos que te transmiten una fiebre recurrente e insectos que se meten por cualquier orificio de tu cuerpo. A un compañero que tuvo la ocurrencia de bañarse en un arroyuelo se le encajó un pez en el meato y el barbero sudó tinta

china para sajarle y extraérselo. A partir de entonces, al hombre le apodaron *Mediapicha.* Una vez atravesamos la endemoniada floresta esmeralda, el itinerario recuperó la monotonía y, tras embarcar de nuevo en Panamá, surcamos el Mar del Sur para de recalar en el puerto del Callao antes de llegar a Lima.

A pesar de que era una ciudad de fundación reciente, Lima tenía un aire señorial y un tanto fúnebre. No sabría decir si este último aspecto tenía que ver con la sombra que seguía proyectando su cruenta historia reciente o con el abandono que emanaba de sus habitantes. Ya fuesen españoles, criollos, cholos o indígenas, todos se movían y actuaban con laxitud: los conquistadores con afectada indiferencia y los conquistados con el desánimo propio de quien hace tiempo perdió la ilusión por vivir. Unos y otros habitaban en distintos mundos aun cuando morasen en el mismo lugar; y no se trataba tan solo de las diferencias sociales, tan claramente perceptibles; sino de algo más íntimo y profundo. La ciudad había sido erigida con el propósito de que se convirtiese en la capital del virreinato, desde donde extendería sus tentáculos la maquinaria burocrática colonial. Desde las colinas cercanas se podía apreciar su construcción en cuadrícula alrededor de la plaza principal, donde se elevaba la catedral con sus torres apuntando hacia el cielo.

Tanto Garduña como yo nos habíamos enrolado para poner tierra de por medio, y una vez que llegamos a destino, comenzamos a darle vueltas a lo que íbamos a hacer, pues evidentemente volver a España no era una opción. Como todo el mundo se alistaba por dinero, que se cobraba al regreso, tras desembarcar en Sevilla o Cádiz, resultaba inconcebible que hubiese soldados que no desearan retornar y se quedasen allí; por lo que nadie nos echaría de menos ni se nos perseguiría como desertores. En aquella tierra no faltaban las oportunidades; si bien, en la mayoría de los casos estaban relacionadas con trabajos en las haciendas reprimiendo indígenas o en misiones de exploración que acababan con la muerte de los integrantes a manos de los indios flecheros.

Cierto día que Garduña y yo paseábamos por el puerto del Callao, un marino de piel coriácea se nos acercó al escuchar nuestro acento y nos dijo que él también era castellano. Garduña le alargó la bota de aguardiente y estuvimos charlando un rato. Residía en una casucha cerca de unos almacenes que daban al puerto y sobrevivía, por lo que nos contó, trapicheando con lo que podía. Gracias a él oímos hablar por primera vez de Álvaro Mendaña y Pedro Sarmiento, dos exploradores que habían descubierto hacía pocos años tierras vírgenes mientras exploraban el Mar del Sur. Al parecer, habían sabido por los indígenas que, navegando en el sentido del sol, había unas islas donde abundaba el oro y, creyendo que se trataba de la mítica Ofir, la tierra donde se encontraban las minas del rey Salomón, partieron en su busca. Riquezas descubrieron pocas; pero a lo largo de su travesía se habían topado con numerosas islas de las que nada se sabía hasta ese momento y habían bautizado a un conjunto de ellas con el nombre del rey de Israel. Cuando le preguntamos si conocía de otras expediciones que se estuviesen preparando, el hombre se echó a

reír. No se podía partir sin permiso de las autoridades, algo que no resultaba sencillo de obtener, pues sólo se concedía a los miembros de la nobleza y allegados, quienes, a su vez, se obstaculizaban y zancadilleaban constantemente por envidias y rencillas familiares. Además, el gobierno del virreinato era reticente a aprobar nuevas expediciones, porque el viaje de Mendaña se había malogrado. Con independencia de que se hubiese dicho hasta la saciedad que el objeto de la travesía era la búsqueda de oro, la verdadera misión consistía en descubrir la Terra Australis Ignota de la que hablaban los antiguos y establecer una colonia en ella, extremos ambos que no se habían cumplido. Al darse cuenta del desánimo que nos produjo aquella información, el marino nos guiñó un ojo y nos dijo que, si estábamos interesados en ocupaciones para las que se requería arrojo y discreción, podíamos preguntar por El Ojanco en la Taberna de la Cambronera, situada al final del espigón, e indicarle que íbamos de parte de Legañas.

Cuando entramos en la Taberna, que estaba literalmente encajada en la escollera, se hizo el silencio y todos los ojos se volvieron hacia nosotros. Olía a salazón, a madera vieja y a encurtidos rancios. Tras escrutarnos, los parroquianos siguieron con sus conversaciones y quehaceres, haciendo que retornase el bullicio de fondo. Un jayán con la cara cubierta de albayalde y maneras de bujarrón se acercó a nosotros y nos preguntó qué buscábamos.

—Nos gustaría hablar con El Ojanco —dije—. Venimos de parte de Legañas.

Nos hizo un gesto para para que le acompañáramos y nos condujo hasta un apartado en el que se encontraba un hombre tuerto y bien vestido que exhalaba un característico tufillo a milicia. El individuo se mostró interesado en saber de dónde éramos y cuál era nuestro oficio, absteniéndose de preguntarnos por cuestiones del pasado, pues todos los que recalábamos allí teníamos razones para no hablar de ellas. Cuando le dijimos que éramos gente de armas, se alegró y nos comentó que todo soldado era bienvenido allí y que nunca faltaba trabajo para un veterano. Le pidió a una cantinera mulata que trajese algo de comer y una jarra de vino y, sin andarse con tapujos ni enredarse en circunloquios, nos refirió con claridad el tipo de trabajos a los que se dedicaban allí, que básicamente consistían en contrabando, robo de ganado y otras cosas por el estilo.

La razón de ser de la hermandad, al igual que la de otras tantas, tenía que ver con la falta de oportunidades originada por el modelo de sociedad que se había instaurado. Muchos europeos (en el minúsculo universo de la Taberna podían hallarse españoles, portugueses, italianos, flamencos, tudescos…) habían dejado atrás sus países con la esperanza de encontrar una nueva vida en Las Indias; pero al llegar se habían tropezado con la realidad: los tres o cuatro poderosos, que se denominaban a sí mismos como los conquistadores, aun cuando tan sólo eran sus descendientes, se habían quedado con todas las tierras fértiles y creado un sistema de encomiendas

para disponer de mano de obra esclava, haciendo imposible que nadie más pudiese prosperar por falta de medios.

A partir de ese día Garduña y yo nos vimos envueltos en mil y una correrías; desde asaltar los muelles de los Aliaga donde se guardaba el azúcar destinado al Viejo Mundo, hasta llevarnos cincuenta caballos andaluces de pura raza de una de las haciendas de los Pizarro. Como era de suponer, y a pesar de la negligencia que mostraban las autoridades a la hora de reprimir la delincuencia, los terratenientes le pusieron precio a la cabeza de los principales responsables y sufragaron un pequeño ejército para eliminar sus cubiles, haciendo que cada vez fuese más complicado poder actuar. El Ojanco fue capturado y ejecutado en la Plaza Mayor de Lima, y poco después nos enteramos de que Legañas (quien por cierto había sido el piloto de la nave *Los Reyes* en la expedición de Mendaña) había sido condenado a la hoguera por astrólogo y nigromante. La lista de detenidos y sentenciados a muerte por la Real Audiencia crecía sin cesar, y gracias a los métodos de tortura que empleaban los verdugos, las autoridades obtenían constantemente nueva información sobre la identidad de los integrantes de las bandas y de todos aquellos que eran sospechosos de colaborar con ellas.

Mi compadre y yo comprendimos que nos hallábamos en peligro y que podían prendernos en cualquier momento, por lo que decidimos alejarnos de Lima y escondernos durante algún tiempo en una zona pantanosa que se encontraba al sur de la capital. Tardamos varias jornadas, ocultándonos de día y moviéndonos de noche, en llegar a una laguna inmensa que cerraba la ciénaga. Era tan grande, que desde la orilla no se vislumbraba la opuesta. Nos dimos cuenta de que algunas personas nos vigilaban desde unos cerretes, y posteriormente supimos que un grupo de negros cimarrones habían levantado un palenque en lo más profundo del pantano y que andaban siempre alerta por si llegaban tropas para combatirles. Por fortuna para nosotros, cuando percibieron que éramos fugitivos y que no suponíamos ningún riesgo para ellos, se desentendieron de nosotros. Construimos una choza de madera lo mejor que supimos en un lugar camuflado entre la vegetación y nos dedicamos a cazar, pescar y recolectar. Pasamos muchos meses de esta guisa y he de decir que fue una época muy feliz. A pesar de las penurias y de la carencia de prácticamente todo, pudimos vivir de lo que la naturaleza nos proveyó. Alcancé a comprender que resulta relativamente sencillo cuando sabes escuchar sus secretos. Me acostumbre a la dicha de ignorar todo cuanto acontecía fuera de mi paraíso particular y me bastaba con seguir el rastro de una presa bajo la lluvia para sentirme pleno.

Un día, mientras recolectábamos batatas en un terreno próximo a nuestro refugio, vimos un pequeño grupo de hombres que avanzaba en nuestra dirección. Aunque se encontraban lejos, era posible distinguir a parte de los integrantes porque las ropas claras que vestían se recortaban contra el verde esmeralda de la vegetación. Garduña me hizo una señal y ambos retrocedimos hasta internarnos en la espesura.

Preparamos las armas y nos pusimos a observar con atención. No sabíamos cuáles eran sus intenciones, y, aunque ciertamente no parecía tratarse de mercenarios contratados por los terratenientes, pues un guacamayo escandaloso y de vivos colores habría llamado menos la atención que ellos, no podíamos descartar ninguna posibilidad. Los individuos se encontraban a tiro de arcabuz y llevé instintivamente el dedo hacia el gatillo del arma; pero en ese instante Garduña me hizo una señal y me dijo en voz baja que uno de los que se acercaban se parecía a Camuñas, un vejete simpático que formaba parte de la banda del Ojanco. Cuando estuvieron más cerca pudimos reconocer a muchos de nuestros antiguos camaradas y ambos salimos al claro.

> *—¡Me cago en la puta de oros!—* exclamó Garduña dando abrazos a diestro y siniestro*—; se os ve animosos a pesar de ir arrastrando la soga.*
>
> *—Peor sería, hermano Garduña, que la soga nos fuese arrastrando a nosotros…— dijo a modo de chanza Antoñito el Alpargatas.*

Nos dirigimos a la choza y les brindamos nuestra magra hospitalidad. Cocinamos los lomos de un par de caimanes que habíamos cazado por la mañana junto con los boniatos que estábamos recogiendo cuando aparecieron y les ofrecimos un quitapenas que destilaba Garduña a partir de savia de palma. Después de comer nos acomodamos alrededor del fuego, y, en lo que este encendía una pipa de tabaco y aquel cortaba un trozo de corteza de quina para hacerse una infusión, Camuñas nos comentó que llevaba tiempo buscando a los cofrades que habíamos sobrevivido y que había dado con nosotros gracias a la información que había obtenido de un contacto suyo que vivía en el palenque. Según nos dijo, se le había ocurrido tiempo atrás una idea brillante: si podía formar una tripulación de confianza con los fugitivos que fuese capaz de encontrar, podríamos escapar todos juntos de aquel lugar.

> *—Toda tripulación necesita un barco —dije yo alzando las palmas de las manos en señal de obviedad —. ¿De dónde lo vamos a sacar?*
>
> *—Hay radica el quid de la cuestión…*

No había luna y la noche estaba más oscura que el sobaco de un grillo. Sólo se oía el rugido del mar. En teoría, los soldados de la guarnición debían de hacer rondas y vigilar los movimientos de entrada y salida del puerto; pero con aquel temporal, todos permanecían dentro de sus barracones, pues ningún corsario en su sano juicio se habría atrevido a llevar a cabo una incursión. El Callao parecía un animal embarrancado en una playa negra esforzándose infructuosamente por liberarse y retornar al mar. Gracias a los estibadores que trabajaban como confidentes para Camuñas, supimos que el *Virgen del Cusco* estaba avituallado y listo para levar anclas con destino a Panamá en cuanto la plata que se custodiaba en la Casa de la Moneda se cargase en sus bodegas. Probablemente no se volvería a presentar una ocasión como aquella en muchísimo tiempo.

El barco permanecía a oscuras, con el costado de babor abarloado junto a la dársena y la proa encarando la bocana del puerto. La única luz que se percibía procedía de unas lámparas colocadas en la rampa de acceso que ascendía desde el muelle y apenas arrojaba algo de claridad sobre el espacio donde se encontraban dos guardias somnolientos. Camuñas dispuso que nos dividiésemos en dos grupos. El primero, del que formábamos parte Garduña y un servidor, se acercaría en bote por el agua, escalaría por estribor y tomaría el control de la nave con el mayor sigilo posible; mientras que el segundo, más numeroso, esperaría escondido tras los almacenes del puerto y acudiría en tropel cuando les hiciésemos una señal. En ese momento reducirían a los dos soldados, abordarían con los escasos pertrechos que atesorábamos y ayudarían a aprestar la nao para zarpar.

Botamos dentro del puerto varias barcas que previamente habíamos ocultado bajo unas redes y nos acercamos en silencio. La maniobra no nos exponía, pues habíamos partido desde el lado opuesto a aquel en que se encontraba el buque, y no podíamos ser vistos porque éste nos ocultaba de los vigías que había en tierra. Cuando llegamos junto al galeón intentamos subir, pero la borda quedaba muy arriba y el casco estaba resbaladizo. Nuestras pequeñas embarcaciones se balanceaban sin cesar golpeando el lateral del navío y llegué a pensar que el ruido nos delataría. A fuerza de ayudarnos unos a otros, aupándonos y resbalando constantemente, conseguimos que Lito, un chico nervudo y fibroso, se encaramase sobre la tablazón y alcanzase la cubierta. A partir de ahí la cosa resultó más sencilla, porque Lito nos alargó unos cabos y pudimos ascender. Mientras varios hombres acudían a la parte delantera para subir el ancla y otros tantos liberábamos amarras, El Turco, un piloto avezado que conocía el puerto como la palma de su mano, marchó a popa con tres personas para hacerse cargo del timón. Tardamos mucho tiempo en acondicionar el barco a pesar de contar con gente experimentada, porque todas las maniobras teníamos que hacerlas a oscuras. Alguien tropezó de repente cerca de la amura de estribor y el ruido se propagó por toda la cubierta. Ahogué un juramento y me asomé con cuidado para observar el muelle, pensando que los vigías iban a dar la voz de alarma; pero ambos permanecían quietos en brazos de Morfeo. Cuando El Turco nos

comunicó que lo principal estaba preparado, Garduña sacó un hongo yesquero del zurrón y comenzó a soplar sobre él. Una luz roja reverberó sobre la cubierta del galeón haciendo que se transformase, como por arte de magia, en un bosque iluminado por un rubí. En ese momento, el resto de la tripulación comenzó a salir de sus escondrijos y a aproximarse hacia el barco en pequeños grupos. Si los soldados conseguían alertar a la guarnición, podíamos darnos por muertos. Afortunadamente, los hombres que marchaban en vanguardia se echaron encima de los vigías y los neutralizaron antes de que tuviesen tiempo de mascullar un quién va. A partir de ahí, todos nos esforzamos al máximo, pues el éxito de la operación dependía de que cada cual diese lo mejor de sí. La tripulación estaba integrada por gentes de toda condición. Abundaban los marinos, como era el caso del Turco o el mismo Camuñas; pero también había personas que, como consecuencia del entorno y aun teniendo una profesión distinta, se habían visto obligadas a trabajar esporádicamente como marineros. El día comenzaba a despuntar y todos sudábamos cumpliendo las órdenes que nos daba Camuñas. Soltamos trapo para coger viento y los más experimentados se hicieron cargo de las escotas para ayudar a orientar el barco en su salida de puerto. El galeón crujía y cabeceaba con las maniobras hasta que, de súbito, con un golpe de timón, se sacudió y, meciéndose con lentitud, se encaminó hacia mar abierta.

Resulta indescriptible la sensación de libertad que se experimenta al dejar de ser un proscrito. Conforme abandonábamos El Callao, podía ver la expresión de felicidad de todos los que se encontraban a mi lado. A mí me dio por reír imaginando la cara que pondrían las autoridades y los soldados de la guarnición cuando viesen que el buque había desaparecido como por ensalmo.

No se podían desear mejores condiciones para navegar: el mar estaba en calma y el viento favorable nos empujaba desde popa, alejándonos con rapidez de la costa en dirección oeste. A eso de mediodía, cuando Leandro apuntó que nos encontrábamos a una distancia prudente, se recogió parte del aparejo para no correr riesgos y toda la tripulación se juntó en cubierta para deliberar.

Este tal Leandro era cartógrafo y había sido condenado por la Inquisición por haber escrito un *Comentario* acerca del libro de Copérnico *De revolutionibus orbium coelestium* sin la autorización de la Iglesia.

La fuga había sido un éxito y nos encontrábamos en alta mar; por lo que aquel era el momento adecuado para decidir cuáles serían nuestros siguientes pasos. Cualquier barco que se enviase en nuestra búsqueda tardaría mucho en estar preparado para zarpar y nadie conocía hacia dónde nos dirigíamos. Tanto podíamos estar subiendo hacia Panamá como tratando de alcanzar la punta meridional del continente para dirigirnos al Atlántico. El objetivo principal había consistido en marcharse del virreinato; pero nadie había previsto qué hacer después. Habíamos despojado a la Flota de Indias de un galeón y no resultaba posible tocar un puerto bajo control

español, porque seríamos ahorcados de inmediato. Eso significaba que no podíamos acercarnos a territorio americano ni dirigirnos a las Filipinas. Tampoco resultaba viable buscar asilo en puertos portugueses, porque nos considerarían espías; y mucho menos, por supuesto, tener trato con piratas; ya que buscarían por todos los medios hacerse con el barco. Pampliega (también conocido como Pampli o Mellao), uno de los pocos supervivientes que quedaban de la expedición que había realizado Mendaña una década antes, propuso buscar una isla que nos conviniese para instalarnos en ella.

> *—Hay multitud por toda la mar océana—dijo—, y por regla general, están rodeadas de playas de aguas luminosas y cubiertas de verde vegetación. Abundan los frutos y los animales, nunca hace frío y las mujeres… ¡Ah, las mujeres!*

Después de mucha discusión e ideas descabelladas (pues hubo alguno que propuso que nos dirigiésemos a Catay), y a falta de una idea mejor, la mayoría estuvo de acuerdo en buscar un paraíso como el descrito por Mellao, al menos para vivir temporalmente hasta que se nos ocurriera una solución definitiva. Comimos opíparamente para celebrar nuestra pequeña victoria y calmar de paso el hambre, porque con tanto ajetreo y nervios, no habíamos probado bocado desde la noche anterior. Además, las cosas se ven de distinta manera con el estómago lleno. Mientras inspeccionábamos la bodega nos dimos cuenta de que disponíamos de abundante comida, pero no así de agua, pues el viaje que estaba previsto que realizase el galeón a Panamá no lo necesitaba, por lo que tendríamos que buscar un sitio para hacer aguada. Camuñas, El Turco y Leandro se reunieron en el alcázar para deliberar sobre el rumbo que debía de tomarse y consideraron que lo más acertado era dirigirse hacia el oeste, en dirección a las Salomón, pues según El Turco, antes de descubrir el archipiélago durante la expedición de Mendaña, habían divisado multitud de islas que no habían podido explorar y estaba convencido de que daríamos con lo que andábamos buscando.

Al principio todo el mundo estaba eufórico. Disfrutábamos de la agradable sensación de encontrarnos en un lugar carente de fronteras y cualquier ligero percance era objeto de chirigota; sin embargo, conforme nos fuimos adentrando en el mar y el tiempo fue transcurriendo, la tripulación se volvió más huraña y empezó a sentirse prisionera dentro de una cárcel sin barrotes.

Los días transcurrían con monotonía. Surcábamos aguas inexploradas, sin cartas de marear disponibles, y se estableció un sistema rotatorio de guardia para que se alertase en caso de avistar tierra o eventuales bajíos en los que pudiésemos encallar. Sorprendía la prolongada calma del agua. Desde que abandonamos tierra firme, el mar nos había mostrado su cara más apacible y un levante suave y constante nos fue empujando hacia el interior de aquel universo acuático infinito y prácticamente vacío. Cerca de la costa abundan los cardúmenes de peces; pero en la inmensidad

del océano no se percibe ni rastro de vida, salvo alguna tortuga ocasional persiguiendo un banco de medusas o masas de sargazos a la deriva. Un día vimos a lo lejos unos surtidores de vapor que se elevaban por encima del agua y muchos compañeros imaginaron que nos acercábamos a un torbellino que se tragaba el océano o a una catarata gigante por la que se despeñaba y desaparecía; pero cuando nos encontramos más cerca, comprobamos que se trataba de una familia enorme de ballenas que viajaba con sus crías.

El paso del tiempo se convirtió en eso, en una rutina salpicada de pequeñas distracciones, acompañada por la creciente incertidumbre que generaba la disminución del agua potable de que disponíamos. Al cabo de tres o cuatro semanas perdí la cuenta de los días que llevábamos embarcados.

Una mañana, mientras matábamos el aburrimiento limpiando el salitre que se acumulaba en el piso, el vigía gritó *¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!* Todos dejamos lo que estábamos haciendo, soltando escobones de retama y cepillos, y corrimos hacia la borda para asomarnos. Al principio no veíamos nada y volvíamos la mirada hacia la cofa pensando que el Trivi (un tal Fernán Triviño) estaba sufriendo una alucinación; pero su figura permanecía recortada contra el cielo y su brazo señalaba con tozudez en la misma dirección. El barco viró ligeramente y se encaminó hacia el punto señalado. Yo hacía visera con la mano, intentando atravesar el espacio, pero no conseguía ver nada excepto el horizonte glauco en el que se unían cielo y mar. Algunos compañeros sacaban medio cuerpo fuera del barco agarrados a las jarcias, como si con aquella acrobacia pudiesen acercarse lo suficiente para poder divisar algo. Pasó un buen rato, y por fin, observamos cómo la línea del horizonte dejaba de ser recta y presentaba una imperfección, se quebraba. Tuvimos que esperar aproximadamente una hora (pues el reloj de arena que se encontraba en el combés se había vaciado casi por completo desde que le dimos la vuelta), para observar una pequeña mancha inconfundible de tierra que provocó gritos de júbilo entre la tripulación. La isla fue agrandándose conforme nos acercábamos, dando la sensación de ser una criatura recién alumbrada por el mar, y pudimos observar una costa perfilada por acantilados escarpados y negruzcos de origen volcánico. Rodeamos la isla manteniéndonos a una distancia prudente de la orilla para evitar encallar y fuimos buscando una rada donde fondear. Al principio sólo dimos con playas de aguas cuya oscuridad impedía conocer la profundidad; pero, tras recorrer varias millas, por fin encontramos una ensenada que resultaba propicia.

Cuando echamos anclas y fuimos conscientes de que la tierra estaba al alcance de la mano, más de uno se puso a rezar y a darle gracias a dios. Todos deseábamos desembarcar y sentir el suelo firme bajo los pies, pero Camuñas prohibió abandonar la nave hasta conocer cuál era la disposición de los indígenas, pues, a juzgar por el tamaño de la isla, era bastante improbable que estuviese deshabitada. Estuvimos esperando por si algún nativo curioso hacía acto de presencia en la playa, mas las horas transcurrieron sin novedad alguna. Era como estar contemplando un lienzo:

montañas escarpadas que se precipitaban directamente sobre el mar y una pantalla de rocas y palmeras que ocultaba lo que había tras ellas. El cielo se fue tiñendo de púrpura y se decidió que lo más seguro era mantenerse dentro del barco hasta el día siguiente. Aquella noche se hizo larguísima: se dispuso que no se encendiese luz alguna, los pasos de los guardias en cubierta resonaban sobre mi cabeza como golpes acompasados y hacía un calor infernal. Yo no paré de cambiar de posición en el coy, que instalaba cada noche en el hueco entre dos cañones, porque se ordenó cerrar las portas de las troneras para evitar posibles golpes de mano y no dejaba de sudar copiosamente.

Me despertó el trajín de la marinería, un murmullo incesante que fue creciendo conforme el alba se colaba por las rendijas de los postigos. Cuando subí a cubierta, todo el mundo se concentraba allí y debatía acerca de la desaparición de dos compañeros la noche anterior. Las portañolas que daban al lugar donde dormían ambos estaban abiertas, pero no había señales de violencia y los vigías no habían oído nada. Era posible que hubiesen sido capturados por los indígenas; pero parecía más probable que no hubiesen podido soportar más seguir encerrados en el barco y que hubiesen decidido bajar a tierra contraviniendo las órdenes.

Arriamos el bote y subimos a él un grupo de hombres para dirigirnos a la isla, pues urgía encontrar una fuente de agua dulce y averiguar de paso qué había ocurrido con los desaparecidos. Nada más desembarcar, después del tiempo que llevábamos balanceándonos a merced del mar, algunos nos indispusimos a causa del mal de tierra y tuvimos que esperar sentados hasta acostumbrarnos. Pasado un rato, algunos compañeros seguían sintiéndose mareados, por lo que los dejamos al cuidado de la barca y el resto emprendimos la marcha, internándonos entre la maleza. Cada cual iba vestido como había considerado más apropiado (en mi caso, a diferencia de otros camaradas que se cubrieron de acero, opté por un coselete de cuero para moverme con ligereza); pero todos llevábamos arcabuces y armas blancas. Huelga decir que a mí me acompañaba mi daga de mano zurda. Avanzamos en silencio, comunicándonos por señas, y a eso de media mañana, tras seguir el curso sinuoso que trazaba una garganta escarpada, dimos con un torrente de aguas límpidas que se despeñaba desde las cumbres. Contentos con el hallazgo, decidimos retornar a la nave para informar y organizar el abastecimiento de agua, sin que sucediese nada reseñable.

Al día siguiente el bote tuvo que realizar varios viajes de ida y vuelta hasta que los toneles y el contingente formado por una treintena de hombres nos encontramos a pie de playa. Quienes habíamos explorado el lugar el día anterior hicimos de guías y se fueron dejando vigías apostados a lo largo del camino para avisar de cualquier peligro. Llegamos hasta el torrente y llenamos las cubas sin mayor incidente; y después, comenzamos a desandar camino arrastrándolas en trineos.

Al salir del desfiladero y doblar un recodo, Garcés, el encargado de vigilar aquel tramo, nos señaló una columna de humo que se elevada hacia el cielo a unas tres millas de distancia. Aquello sólo podía significar que no éramos los únicos humanos que había en la isla. Decidimos que la mitad seguiría hasta la playa para poner a buen recaudo el suministro de agua, mientras que el resto, los que teníamos más experiencia militar, nos acercaríamos para averiguar lo que ocurría, porque de alguna forma intuíamos que aquella humareda estaba relacionada con la desaparición de nuestros compañeros dos noches antes.

Al cabo de un rato dimos con unos ídolos de piedra apostados junto a un sendero. Lo seguimos con todo el sigilo del mundo, distanciados unos de otros para evitar ser un blanco fácil y vimos, desde la altura que nos proporcionaban unas rocas, que el camino desembocaba en una explanada bordeada por una empalizada de madera en la que se congregaba una muchedumbre. Algunos individuos danzaban alrededor del fuego al son de unos tambores, mientras que otros parecían estar entretenidos en despellejar unos animales que colgaban de un palo. De repente Camuñas me apretó el hombro y pronunció en voz alta para que lo oyésemos todos:

—*Están desollando a nuestros compadres.*

Nos dividimos en dos grupos para acercarnos desde lados opuestos y acordamos que, una vez estuviésemos situados tras la empalizada, abriríamos fuego sobre aquellos salvajes. Sonaron las primeras detonaciones. En ese momento se dejaron de escuchar los atabales y un par de indígenas comenzó a retorcerse por el suelo entre chillidos. Los demás estaban paralizados, sin entender qué ocurría; pero en cuanto advirtieron nuestra presencia tras la cerca, cogieron unas lanzas enormes y se reunieron en el centro. Tenían un aspecto monstruoso, tatuados de pies a cabeza, y gesticulaban de manera extraña, haciendo muecas con la lengua y gritando consignas incomprensibles. Seguimos disparando a discreción e hicimos una carnicería, pues era difícil errar el tiro contra una masa tan compacta. Tras las descargas ingresamos espada en mano en el descampado, pero no quedaba ningún salvaje en pie. Unos quejidos brotaban de la masa de cuerpos que yacían por el suelo y la mancha de sangre se iba extendiendo en todas direcciones, tiñendo de bermellón la tierra. La escena me provocó pesadumbre. Más que un combate, aquello había sido una masacre. Algunos hombres se encaminaron hacia donde estaban colgados, supuestamente, los cuerpos exánimes de nuestros amigos; pero, salvo por el color de la piel, resultaba imposible identificarlos. Les faltaba la cabeza, los habían eviscerado y a uno de ellos le habían arrancado además las dos piernas, que habían puesto a cocinar sobre el fuego.

Mientras contemplábamos enajenados el panorama que teníamos ante nuestros ojos, la mano de un indígena se abrió paso a través de los cuerpos amontonados, y tras ir haciéndose hueco, deslizó su cuerpo fuera, reptando por entre los de los otros. Nos miraba con ojos como platos, completamente desconcertado; y a la vez que

giraba el brazo extendido apuntando en todas direcciones, repitió varias veces un nombre que sonaba como *Nuku Ea.* No dio tiempo a interrogarle ni a más parlamento, pues alguien que se encontraba a mi espalda lo arcabuceó en corto, arrancándole media cara. Nunca supimos a qué se refería exactamente el salvaje; pero Leandro, el cartógrafo, que iba trazando un mapa de nuestro itinerario, dibujó una isla a la que bautizó con aquel nombre: *Nuku Ea.*

Descolgamos los cuerpos de nuestros compañeros (o lo que quedaba de ellos) y les dimos cristiana sepultura bajo unas palmeras fuera de aquel lugar destinado a los sacrificios. Sobre las tumbas colocamos cruces de madera improvisadas de las que colgamos dos morriones de buen acero. Después, nos encaminamos de vuelta hacia la playa bajo un mutismo sepulcral, pues todos seguíamos impresionados por lo que acabábamos de presenciar y cada cual iba sumido en sus propios pensamientos. Yo no paraba de darle vueltas a lo frágiles y efímeros que somos los seres humanos.

Cuando subimos al barco, les contamos a los demás lo que había sucedido. Muchos compañeros nos pedían que les repitiésemos la historia una y otra vez y llegó un momento en que me harté de aquella curiosidad morbosa. Garduña y Tinajas (un vascongado muy gracioso que decía *Estoy de Bilbao* cuando le preguntabas de dónde era), por el contrario, se mostraban encantados de narrar hasta la saciedad la lucha que habíamos tenido con aquellos salvajes que tenían varios brazos, se adornaban con dibujos mágicos y por cuya boca hablaba el diablo.

Con la urgencia que nos invade cuando queremos pasar página en relación con sucesos desagradables o luctuosos, todos nos pusimos manos a la obra para sacar el galeón de la bahía y seguir camino hacia poniente; y conforme nos alejábamos, le dediqué una última mirada a aquella tierra tan bella como extraña, preguntándome si todas las gentes con las que nos topásemos serían de la misma condición. Siguieron días de bonanza sin nada reseñable que destacar. Calma chicha las menos de las veces y brisa suave la mayor parte del tiempo. De acuerdo con las anotaciones que iba añadiendo Leandro a las cartas, a partir de las observaciones realizadas con su astrolabio, las corrientes nos alejaban paulatinamente de la línea equinoccial; y aunque el viento nos empujó cerca de tierras que afloraban por encima del agua, semejantes a lagunas abrazadas por barreras coralinas, resultaba imposible acercarse a ellas, porque los arrecifes se habrían aferrado a la obra viva o destrozado el casco.

Una mañana apareció una nube blanca en el cielo, unas pequeñas hebras apenas visibles; sin embargo, aquellas hilachas se convirtieron de improviso en nubarrones y comenzaron a girar deprisa, cada vez más rápido. Parecían encontrarse relativamente lejos, pero, apenas habíamos lanzado el ancla de deriva y terminado de reducir velas, cuando nos vimos zarandeados por un huracán que se encontraba sobre nuestras cabezas. De repente el océano se encabritó como un monstruo por cuyo lomo subíamos y bajábamos sin control y la lluvia nos impedía ver

absolutamente nada. Algunos hombres a los que no dio tiempo a aferrarse a nada cayeron al mar y, sin previo aviso, el trinquete se partió con un chasquido violento, golpeando y aplastando cuanto encontró en cubierta. Medio mástil quedó colgando fuera del barco y corríamos peligro de ser arrastrados al fondo; pero resultaba imposible deshacerse de él en aquellas circunstancias. No sé cuánto tiempo duró la tormenta, pero cuando el mar se aburrió de agitarnos, como el niño que se cansa de un juguete, el galeón parecía más un montón de escombros a merced de la corriente que un barco. Inspeccionamos el estado de los víveres de que disponíamos, y, si bien todavía se conservaban en buenas condiciones la galleta, las legumbres, el tocino y la carne seca, apenas quedaban alimentos frescos. A algunos hombres les empezaron a sangrar las encías, señal inequívoca de que el escorbuto nos rondaba, lo cual significaba que teníamos que encontrar sin tardanza un lugar en el que abastecernos de fruta y verdura. Hicimos recuento de los hombres que se había tragado el mar. Al menos cinco compañeros habían desaparecido, entre ellos Críspulo, que era tan divertido como mal cocinero (en realidad un frangollero del copón…), junto con su inseparable, sucio y gordo periquito al que llamaba Dejuanas. Por su parte, los carpinteros, aun contando con la colaboración de todos nosotros, tuvieron faena durante días. Lograron hacer frente a varias vías de agua que, por fortuna, fueron capaces de taponar convenientemente y reparar los destrozos menores; pero en cuanto al trinquete, eso fue otro cantar. Lo único que pudieron hacer fue reducirlo a astillas para liberar la cubierta. Desarbolados parcialmente y con un gobernalle de fortuna (pues el timón original estaba dañado y no era posible maniobrar con él), fue necesario navegar con mucha más prudencia de la habitual.

Los días se sucedían. Comenzamos a desesperar ante la ausencia de tierra a la vista y el descenso del agua de las barricas una vez más. Cuando se decidió racionarla para que durase más tiempo, comencé a notar la garganta seca y a pensar seriamente que podíamos morir de sed. Unas veces imaginaba a los que estábamos a bordo peleando con saña por hacernos con el precioso líquido; y otras, no podía evitar rememorar los sorbetes que hacía la madre de Giti con miel, azufaifas y el hielo que rascaba de los bloques que bajaba el marido de la sierra a lomos de mula envueltos en paja. Mientras tanto, la muerte se cobraba su peaje. Camuñas, en ausencia de capellán, presidió no menos de diez ceremonias en las que arrojamos a nuestros c amaradas al agua envueltos en sus hamacas.

Algunos dicen que *Dios aprieta, pero no ahoga,* y puede que no anden faltos de razón, porque cuando estábamos a punto de rendirnos, una mañana aparecimos de romanía dentro de una cala de aguas trasparentes y tranquilas. Desde ella se apreciaba una isla cuyo relieve abrupto, formado por colmillos revestidos de vegetación frondosa, nos rodeaba. Ni siquiera el timonel pudo explicar cómo habíamos llegado hasta allí, pues la bruma nos estuvo cortejando toda la noche y habíamos navegado a ciegas. Muchos lo atribuyeron a un milagro; aunque, para mí, que se trató de una simple cuestión de suerte.

En cualquier caso, como suele acontecer, la suerte duró menos que la alegría en casa del pobre, porque durante la mañana observamos que una horda de nativos se empezaba a reunir en la playa con mucho ruido y que la cosa no pintaba bien. Camuñas ordenó zafarrancho de combate y distribuyó a la gente en grupos. Los que tenían más experiencia como artilleros se encargaron de disponer los cañones, unos pocos fueron subiendo a cubierta cubos con agua de mar y preparando paños de lampazo mojados para prevenir posibles fuegos, y el resto, se dedicó a montar parapetos en los costados y a acumular fusilería, cajones de cartuchos y demás pertrechos a lo largo de los mismos. Sólo tres hombres, con excepción de Garduña y de mí mismo, habían combatido como soldados, y se nos encomendó la tarea de abortar cualquier abordaje, acudiendo allí donde hiciese falta. Para ello nos revestimos de acero y empuñamos unas partesanas que limpiamos a conciencia, pues las encontramos cubiertas de orín. Aunque estaba acostumbrado a llevar armadura, el sol apretaba de lo lindo y de cuando en cuando me giraba para repartir el calor entre peto y espaldar; pero en lo que a la cabeza se refiere, resultaba imposible evitar que el morrión se convirtiese en un horno.

A lo largo de la mañana habíamos observado que la tribu acumulaba unas canoas grandes en la playa y que se preparaba para atacarnos. Cuando el sol llegó a su cénit, los salvajes formaron grupos y, subiéndose a las piraguas con gran escándalo, se dirigieron apresuradamente hacia nosotros desde múltiples direcciones para rodearnos y obligarnos a defender todos los puntos al mismo tiempo. Al llegar a la mitad de la bahía, los artilleros dispararon un par de piezas por banda desde la cubierta inferior, haciendo trizas varias embarcaciones con la metralla. El efecto en los indígenas fue el mismo que había observado en Nuku Ea unos meses antes cuando les arcabuceamos durante la aguada. Algunas canoas se frenaron de repente, impulsadas tan solo por la inercia, pues los ocupantes habían dejado de remar sin saber muy bien a qué atenerse; pero, superado el primer momento de sorpresa y acicateados por los gritos de los que llegaban desde retaguardia, volvieron a bogar con renovados bríos. Se sucedieron varios disparos más que se llevaron por delante otras tantas piraguas, haciendo que el barco oscilase con cada detonación; pero los salvajes manejaban las palas como si les fuese la vida en ello viendo que nos encontrábamos cerca. A continuación se produjo un caos total. Los hombres que servían en los cañones cerraron los portillos y ascendieron a cubierta para disparar desde allí los versos y sacres que habían preparado; y mientras los nativos trataban de escalar por los costados y lanzaban unas flechas enormes que llevaban en aljabas, los nuestros disparaban cuanto tenían a mano. Los cinco infantes corríamos de un lado a otro para socorrer a los nuestros tan pronto como nos advertían del peligro, acuchillando con las alabardas a los bárbaros que trepaban por el navío. El piso se cubrió de cuerpos y sangre resbaladiza, por todas partes se oían chillidos y gente agonizando; y en medio de aquella debacle, un humo negro procedente de la toldilla nos envolvió, dificultando la visión. En el mismo instante en que una culebrina estallaba matando al tirador, oí que alguien pedía ayuda en la proa. Me dirigí hacia

allí pensando que me acompañaba el resto de mi pelotón; pero, cuando llegué, resultó que sólo estaba yo. Uno de los defensores yacía en el suelo ensartado por una lanza, y al intentar socorrerle, me golpearon por detrás con una maza de madera. Por suerte, el morrión evitó que me aplastaran el cráneo y me volví con toda la energía que me fue posible para embestir al que me había atacado. Acerté a un gigante que, con los ojos desorbitados, cayó de rodillas sujetándose los intestinos. Se me cayó la alabarda de las manos y al agacharme para recogerla, vi por el rabillo del ojo a otro demonio tatuado que me apuntaba con una lanza. En el preciso instante en que la arrojó, me tiré al suelo y pude esquivarla; pero el alivio que sentí por no ser alcanzado se transformó en luto, cuando al volverme, vi a Garduña aferrado al astil que le atravesaba el pecho. Le sujeté y le ayudé a tumbarse. Le cogí de la mano como si con aquel postrer gesto pudiese insuflarle vida; pero se apagó con una última sonrisa como una llama sofocada por el viento. Lloré, grité, maldije a dios y a todos los santos celestiales, y mientras le cerraba los ojos, recordé una de las frases favoritas de Rossi.

¡Vita di merda!

Cuando la lucha cesó, los cuerpos de docenas de salvajes flotaban en la rada y los contendientes muertos sobre la cubierta se abrazaban entre sí como si en lugar de los encarnizados enemigos que habían sido momentos antes, fuesen eternos amantes. El ominoso silencio invadía el espacio y no cesaba de repetir: *Estúpidos humanos, todos habéis mordido el polvo en vano.*

Amortajé a Garduña con su coy. Lo cosí con puntadas pacientes, tras haber guardado dentro su espada y la faltriquera donde llevaba la escasa fortuna que había juntado después de años de milicia y penurias, dilatando el momento de lanzarlo al agua. El capitán había desaparecido y, a falta de alguien que pudiese oficiar, me despedí de él con un sencillo adiós mientras su cuerpo se sumergía en el mar.

Fue una tarde triste, porque todo el mundo había perdido algún amigo o compañero, y se nos hizo de noche antes de que hubiésemos sepultado al último de los nuestros. Todavía estaba aturdido por lo sucedido cuando El Turco me preguntó que qué íbamos a hacer, y en ese momento comprendí que me encontraba al mando de una hueste de pobres desheredados. Establecí turnos de guardia y recé para que los salvajes no volviesen aprovechando la oscuridad para rematarnos. Por fortuna, sus bajas habían sido enormes (calculo que debieron de perder entre veinte y treinta hombres por cada uno de los nuestros) y no les quedaron ganas de atacar.

Al amanecer ordené que se preparasen los cañones y permanecimos a la espera. Tenía ganas de salir de allí cuanto antes, pero no podíamos abandonar la isla sin proveernos de agua. Aparecieron grupos de mujeres en la playa cuyos lamentos se oían desde el barco e imagine que se encontraban allí para llorar a sus muertos. Cuando las plañideras acercaron unas piraguas a la orilla, mandé que se levantasen los postigos y se empujasen los cañones para que sus bocas asomasen por las

troneras. La declaración de intenciones no pasó desapercibida, pues, creyendo que íbamos a arrojar fuego sobre ellas, se dieron media vuelta y vararon las embarcaciones en la playa. Para nuestro asombro, poco tiempo después una pareja de ancianos se presentó en la playa y las mujeres se arrodillaron ante ellos en señal de respeto, de donde dedujimos que se trataba de dos caciques o reyezuelos. Subieron a una canoa y con mucha calma vinieron hacia nosotros. Al llegar junto al barco se detuvieron y esperaron. Le pedí a Leandro, que era el más versado de toda la tripulación, que me acompañara, porque parecía que querían parlamentar y nos asomamos por la cubierta. Cuando nos vieron, nos invitaron con una señal a unirnos a ellos y nos descolgamos hasta su canoa. Durante un rato nos estuvimos observando sin decir nada, y, aunque trataban de no dejar traslucir ningún sentimiento ni mostrar miedo, estaban tan asombrados como nosotros por los seres que tenían delante. Leandro se dio en el pecho con la mano un par de veces y pronunció despacio, separando las sílabas, la palabra *Castilla*; y a continuación les señaló a ellos con el índice. El que parecía de más rango, a juzgar por el tocado de plumas multicolores con el que se ataviaba, sonrió e, imitando la forma de pronunciar de Leandro, dijo *Sayamoa*. Todos permanecimos un rato callados, sin saber qué más decir, y traté de hacerles comprender lo que queríamos. Cogí un poco de agua salada y me la llevé a la boca, haciendo acto seguido una mueca de desagrado. Después señalé al interior de la isla, y poniendo una mano en hueco, me la llevé a la boca como si fuese a beber y emití un sonido placentero acompañado de una sonrisa. Los dos jefes cuchichearon durante un rato y debieron de entender la mímica, pues ambos asintieron con gravedad. El que no había hablado hasta entonces señaló los cuerpos de sus guerreros caídos e hizo un gesto que indicaba con claridad que querían recogerlos. Yo asentí y con aquello concluyó la reunión.

Tras el breve encuentro, los caciques volvieron a la playa, conversaron con las mujeres y éstas se metieron con sus barcas en la bahía para recuperar a sus muertos. Por nuestra parte, nos apresuramos a mandar una partida de hombres al interior de la isla en busca de agua, y cuando estuvieron de regreso a media tarde, izamos el ancla y nos alejamos de allí, internándonos de nuevo en el desierto azul.

El galeón estaba en bastante mal estado y parecía increíble que pudiese mantenerse a flote después de la tormenta y la batalla; pero era imposible llevar a cabo las reparaciones necesarias sin contar con un astillero ni las herramientas adecuadas. Una vez más, la labor de los carpinteros resultó primordial. El sol brillaba en el cielo y las corrientes nos impulsaban hacia el ocaso. La idea inicial consistía en llegar a Las Salomón, ya que, por las referencias que nos había dado El Turco, se trataba de un lugar idílico y pacífico en el que se había quedado un pequeño contingente durante la expedición de Mendaña que sin duda nos ayudaría; pero las circunstancias relatadas nos habían desviado de nuestra ruta y hacía tiempo que navegábamos sin conocer a ciencia exacta nuestra posición, como el músico que interpreta un aire de oído, sin pauta escrita. Algunos de los instrumentos que utilizaba Leandro, incluido

su astrolabio, habían desaparecido y se había tenido que fabricar una ballestilla rudimentaria para determinar nuestra latitud. Aunque las mediciones las hacía a ojo, nunca mejor dicho, estimaba que debíamos corregir el rumbo y dirigirnos hacia el norte. Aun así, una cosa era que supiésemos lo que había que hacer, y otra bien distinta que pudiésemos hacerlo, pues éramos una marioneta en manos del mar.

Poco tiempo después de abandonar Sayamoa, llegamos a lo que parecía un archipiélago de aguas poco profundas, un laberinto de islas protegidas por arrecifes que impedían que pudiésemos desembarcar. Sorteábamos a duras penas los islotes, pero nos dimos cuenta de que el océano nos empujaba contra una isla más grande sin que hubiese posibilidad de evitarla. El galeón, o lo que quedaba de él, se introdujo por entre dos rocas verticales, una suerte de Escila y Caribdis, y tras atravesar el paso, enfiló hacia unos bajíos que se interponían entre nosotros y la costa. Comenzaron a sonar las voces de alarma por todo el barco mientras veíamos cómo rompía el mar contra la barrera de coral delante de nosotros. Sólo quedaba asirse con fuerza. La nave se frenó con un impacto brutal que partió la quilla e hizo que saliésemos despedidos. Muchos hombres perecieron porque se amarraron antes del impacto y no pudieron soltarse después; y otros, porque saltaron por la borda presas de pánico sin pararse a pensar que los corales cortaban como cuchillas. Yo estaba aturdido por el golpe y notaba un zumbido en los oídos. Arrojé unos tablones al agua y me deslicé hasta ellos; pero en ese momento una ola me golpeó y me arrojó por los aires. Aunque no me lastimé el cuerpo, no pude evitar cortarme en las piernas y en los brazos, pero por suerte, una vez superado el arrecife, el agua se estancaba mansa frente a la playa.

Han pasado muchos años desde entonces. Ya no queda ni rastro del galeón ni de mis compañeros, pues soy el último de los supervivientes que queda con vida; y cuando termine de escribir, guardaré mi relato en una botella y sellaré su boca, con la esperanza de que se conserve hasta que alguien pueda leerlo en el futuro.

Si has tenido la fortuna de encontrarlo, te estarás preguntando qué sucedió después de naufragar.

Pues bien, lo que ocurrió fue que, a diferencia de lo que habíamos experimentado hasta entonces, los habitantes de esta tierra, que ahora considero mi hogar, pues he vivido aquí más que en cualquier otra parte, nos ayudaron y nos acogieron en contra de lo que pensábamos en un principio: que seríamos devorados por ellos. Sabiendo lo que sé ahora y habiendo vivido muchos años de felicidad en estas islas que llamamos Viti, he llegado a la conclusión de que El Turco tenía razón con respecto a las Salomón, a pesar de que nunca me creí sus historias mientras navegábamos.

En este paraíso conocí a Asor, el amor de mi vida; una mujer preciosa, morena, de formas sinuosas y ojos dulces. Aquí he echado raíces: tengo cinco hijos y trece nietos; y aquí ha transcurrido mi plácida existencia en armonía con la naturaleza. De mi anterior vida sólo conservo mis recuerdos, mi mochila de la infancia, mi daga de buen acero y el pañuelo de Inés.

La Luna de sangre se alza en el cielo y las luciérnagas iluminan la aldea. Aunque sigo sin creer en los presagios, tengo el presentimiento de que dentro de poco me reuniré con mis ancestros.